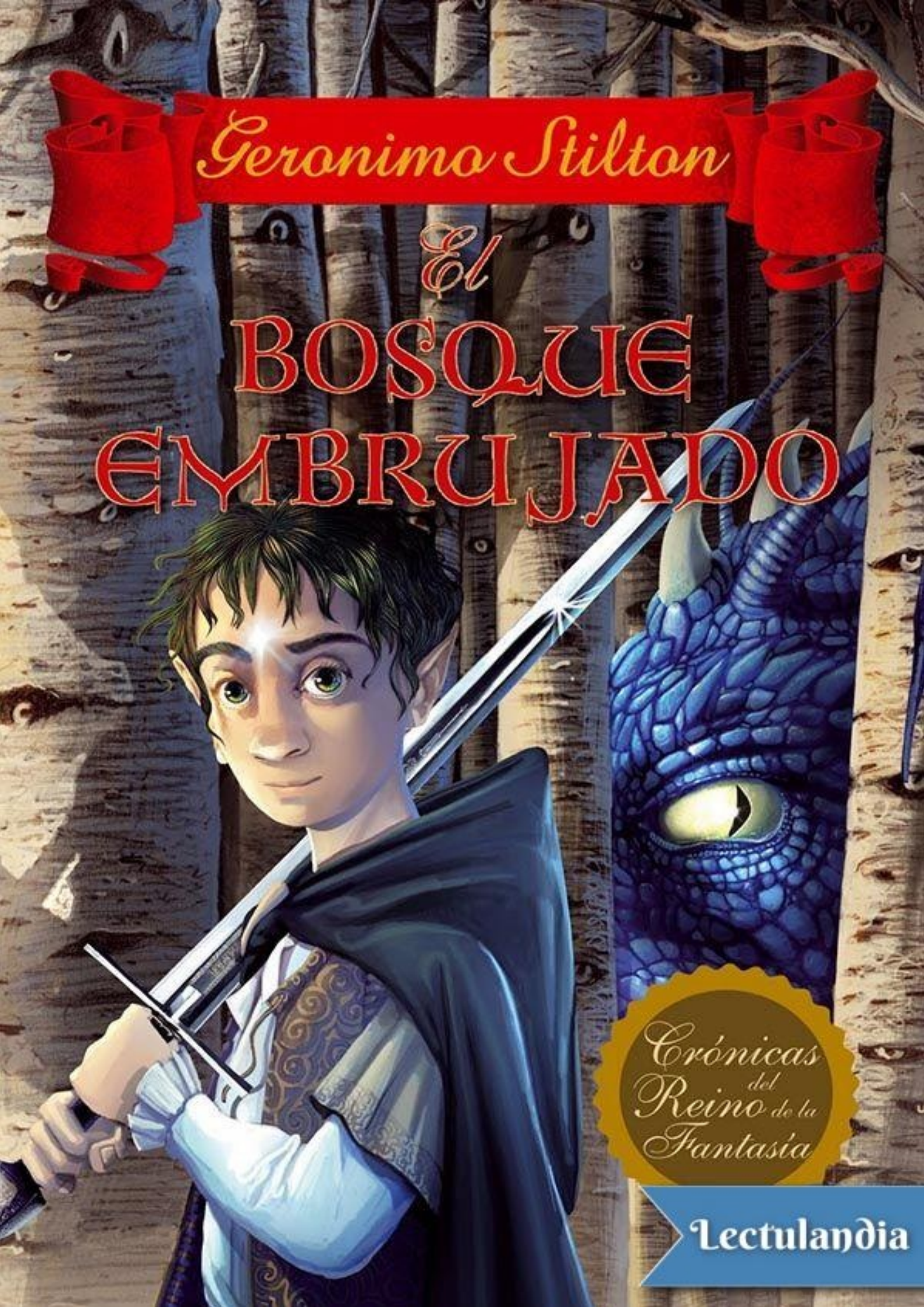




Geronimo Stilton

El
**BOSQUE
EMBRUJADO**

*Crónicas
del
Reino de la
Fantasía*

Lectulandia

Pantanos llenos de peligros, criaderos de dragones feroces, orcos despiadados, voces misteriosas que parecen traídas por el viento... A todo esto deberá enfrentarse el joven elfo Audaz en su largo camino hacia el Reino de las Brujas. Pero también establecerá alianzas inimaginables para luchar contra el poder de las tinieblas...

Lectulandia

Geronimo Stilton

El bosque embrujado

Crónicas del reino de la fantasía - 3

ePub r1.0

Titivillus 04.12.15

Título original: *La foresta parlante*
Geronimo Stilton, 2009
Traducción: Miguel García
Ilustraciones libro: Danilo Barozzi
Ilustraciones historieta: Stefano Turconi
Ilustraciones Mapas: Carlotta Casalino
Diseño de cubierta: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Geranimo Stilton

El BOSQUE EMBRUJADO



Personajes principales



SOMBRÍO

Joven y valiente elfo forestal que, a petición de Floridiana, reina de las hadas, decide luchar contra el Poder Oscuro de la Reina Negra y devolver la paz al Reino de la Fantasía.



ROBINIA

Orgullosa y testaruda elfa forestal, legítima heredera al trono del Reino de los Bosques y que, tras la liberación de su pueblo, se une a Sombrío para salvar los demás reinos perdidos.

FÓSFORO

Gracioso dragoncito plumado del Reino de los Bosques, compañero inseparable de Robinia.



RÉGULUS

Simpático elfo estrellado, hermano de Spica y el mejor amigo de Sombrío. Ha decidido acompañar al elfo forestal para luchar a su lado.



SPICA

Atrevida elfa estrellada hermana de Régulus; abandona a su familia para ayudar a Sombrío en su misión. Combate con un arco encantado.

PAVESA

Enana joven que huyó del Reino de las Brujas, donde estaba prisionera, y fue convertida en oca por un hechizo.

ENEBRO

Maestro de la corte del Reino de los Bosques que murió tras la invasión de su país, dejando misteriosas profecías.



STELLARIUS

Poderoso mago del Reino de la Fantasía que lucha desde siempre contra el Poder Oscuro y la Reina Negra.

EL CAZADOR/CABALLERO

Misterioso elfo al que Sombrío ha conocido en el Reino de los Bosques y que resulta ser uno de los antiguos caballeros de la rosa, valerosos defensores del Reino de la Fantasía.



BRAZOFORT

Viejo amigo del cazador y su primer maestro de armas en la isla donde se adiestraban los caballeros de la rosa.



NEVINA

Hada de los Picos Nevados que vive en la Cuna de Siemprinvierno. Es una de las hadas guardianas enviadas por Floridiana para la defensa del reino de la fantasía.



CALAMBRE

Pérfido orco, bajo y corpulento, que se encarga de adiestrar escorpiones venenosos.



CALAVERON

Temible jefe de los orcos, tuerto y con una larga cicatriz en la frente, cuyo

pasatiempo favorito es torturar a criaturas inocentes, desde dragones pequeños hasta prisioneros.

URTICO

Orco ayudante de Calambre, que guarda en su turbante diminutos escorpiones de veneno letal.



COLAMOCHA

Ultimo ejemplar de los antiguos y nobles dragones azules, está preso de los orcos y por ello se ha vuelto feroz y salvaje.

*«Encontrar el cetro oscuro,
¡ésa era la misión del joven elfo Sombrío!
Destruir la horrenda amenaza que representaba
en las crueles manos de la Reina Negra.
Nadie, sin embargo, sabía aún
cuán largo era el camino que hasta él conducía.
Las nubes se adensaban, amenazadoras y oscuras
como la tinta,
sobre Sombrío y aquellos que
habían decidido acompañarlo.
Con todo y con eso, el valiente elfo
no dudó en ir al encuentro de su destino,
temiéndolo y ansiándolo al mismo tiempo.
Nuevas albas lo esperaban,
nuevos peligros y nuevas decisiones dolorosas
en aquella época oscura en que el Reino de la Fantasía
a punto estuvo de hundirse en la oscuridad perenne.
Hoy sabemos lo que aconteció,
pero ¿qué sabía entonces el joven Sombrío?».»*

*Mago Fábulus, Crónicas del Reino de la Fantasía,
preliminar al Libro Tercero.*

Introducción



STA es una historia de tiempos lejanos, tiempos mágicos y misteriosos, de héroes y magos, pero también de brujas y monstruosas criaturas, tiempos de aventuras y grandes peligros. Tiempos tan siniestros que aún hoy se recuerdan como los Tiempos Oscuros del Reino de la Fantasía.

Ésta es también la historia de Audaz, un joven elfo forzado a abandonar a su familia cuando todavía era un niño y huir del Reino de los Bosques cuando éste fue ocupado por el Ejército Oscuro de la Reina de las Brujas. Pasó su infancia en el Reino de las Estrellas, donde adoptó el nombre de Sombrío y creció rodeado del cariño de una nueva familia, hasta que le llegó el momento de dejar su hogar adoptivo para volver a su reino y liberarlo del dominio de las fuerzas del Mal. Allí, con sus amigos Régulus y Spica, y la ayuda del poderoso mago Stellarius, rescató a los elfos forestales y sus tierras de los enemigos que los oprimían, granjeándose de paso la amistad de la joven Robinia y la de su pequeño dragón plumado, *Fósforo*. Y gracias a una espada misteriosa, que bautizó como *Veneno*, hizo lo que ningún héroe había logrado hacer hasta entonces: matar a uno de los caballeros sin corazón, los soldados más peligrosos de la Reina Negra, terribles armaduras sin cuerpo capaces de luchar más allá de todo límite sin que pudieran ser heridos, derrotados o muertos.

Pero su misión no había concluido aún.

Las brujas todavía eran poderosas, y seguían confabulando para conquistar el Reino de la Fantasía y sepultarlo todo en la más negra oscuridad. Sombrío, Régulus, Spica y Robinia decidieron emprender entonces la lucha por la libertad y la luz.

En compañía del mago Stellarius partieron, pues, para liberar todos los reinos oprimidos y perdidos. Así fue como llegaron al Reino de los Gnomos de Fragua, conquistado por los nefandos, horribles duendes que aprovechaban los conocimientos de aquel pueblo pacífico para fabricar las armaduras negras de los caballeros sin corazón. Allí, nuestros héroes ayudaron a los gnomos a reconquistar su libertad y descubrieron que lo que más debían temer de la Reina Negra era su poderoso cetro.

Los gnomos entregaron a Sombrío el trino de las hadas, una campanilla encantada con poder para debilitar la aleación del cetro y hacerlo vulnerable.

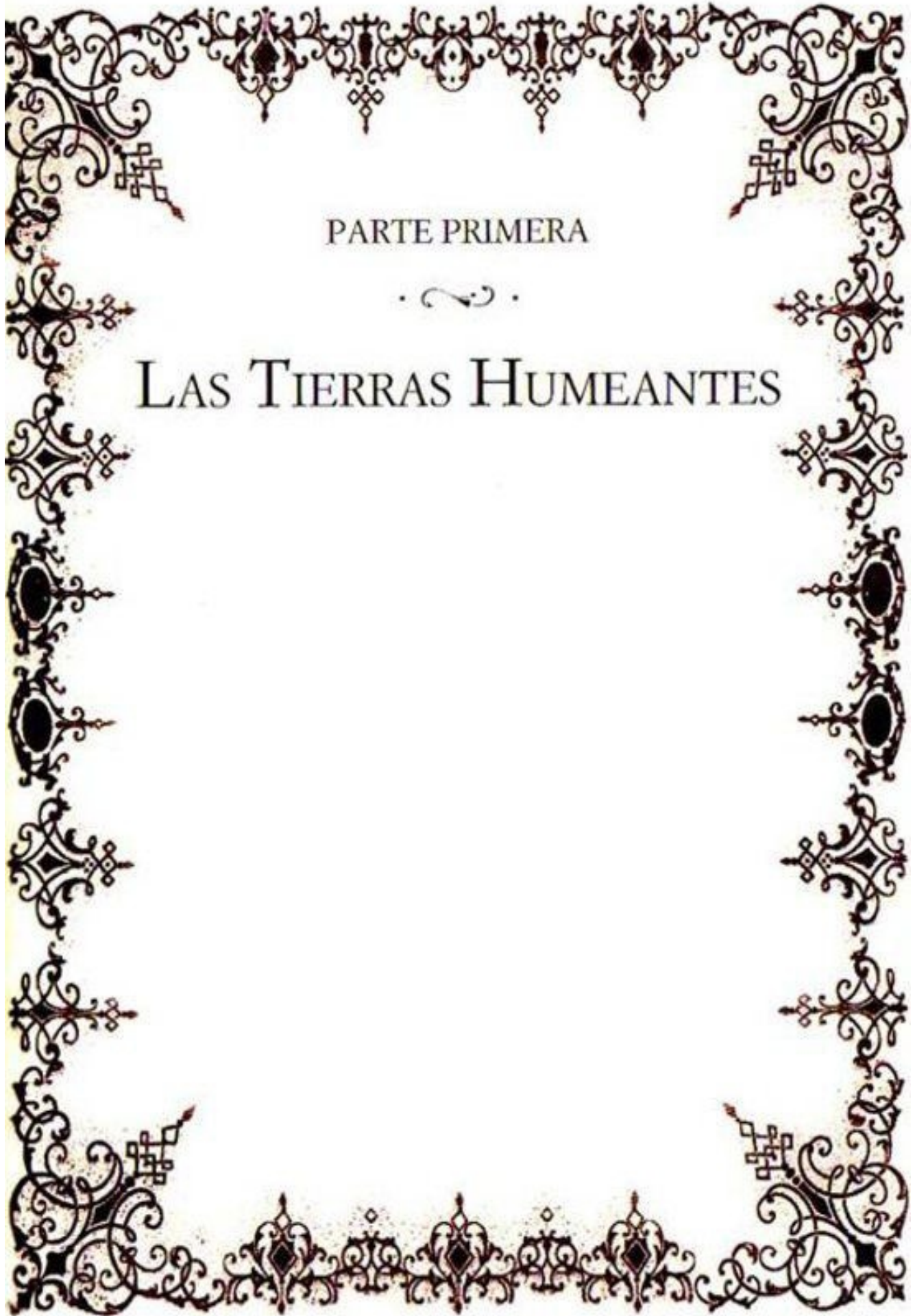
En aquella aventura se unió a la comitiva una insólita amiga: una oca gris de nombre Pavesa. Su aspecto plumífero ocultaba, a causa de un hechizo, a una enana joven que había huido del Reino de las Brujas, donde estaba obligada a servir a la Reina Negra. Pavesa tenía la esperanza de reunirse con su pueblo, ignorando que todos los enanos habían sido aniquilados o reducidos a la esclavitud. En el Reino de los Gnomos, su camino se cruzó con el de los valerosos elfos y, juntos, tomaron la decisión de regresar al Reino de las Enanos Grises, por entonces conocido ya como Reino de los Orcos, en busca del paso que los conduciría a la tierra de las brujas.

Mientras, Stellarius y el misterioso cazador ascendían hasta las gélidas cimas de los montes Nevados en busca de la ayuda de Nevina, el hada de aquellas cumbres

blancas.

Aquí comienza la narración de lo que estos valientes héroes afrontaron y descubrieron, en palabras del propio mago Fábulus, que las escribió en las antiguas y casi olvidadas *Crónicas del Reino de la Fantasía*.

Leed, pues...



PARTE PRIMERA



LAS TIERRAS HUMEANTES

1. La avanzadilla



RA temprano por la mañana y en la llanura donde Sombrío, Spica, Régulus, Robinia y Pavesa se habían detenido a descansar acababa de salir el sol, que lo iluminaba todo con su luz dorada.

Allí, en el Reino de los Orcos, la temperatura era templada, mucho más agradable que el frío con que los había recibido el Reino de los Gnomos de Fragua, aunque el aire era húmedo y un olor a podrido flotaba en todas partes.

Sin embargo, los rayos del sol habían bastado para devolver el buen humor a Régulus y a su hermana Spica, que bromeaban cerca de los restos de la Puerta por la cual, la noche anterior, habían llegado a aquel reino.

Sombrío y Robinia, en cambio, parecían pensativos. La joven elfa forestal, que estrechaba a *Fósforo* entre sus brazos, miraba la niebla que se arremolinaba formando espiras de humo, mientras que el rostro de Sombrío traslucía cierta inquietud.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Cuándo llegará? —preguntó de repente Pavesa, la joven enana transmutada en oca, que los había seguido desde el Reino de los Gnomos. Sus ojos no dejaban de volverse, impacientes, hacia los restos de la Puerta.

—No va a llegar —dijo Sombrío.

La oca dio un respingo.

Ahora la Puerta está sellada, *Stellarius* no va a llegar. Estamos solos.

Se dio cuenta, tal vez también él por primera vez, de que realmente era así. Spica lo miró y la aprensión veló sus ojos azules.

Había sido Sombrío quien, obedeciendo las órdenes del mago, había sellado la antigua Puerta tras atravesarla. Para hacerlo, había bastado con llevar a ese lado de la misma la piedra catalizadora que la había abierto: de ese modo, el mecanismo había quedado bloqueado y la magia que lo activaba se había desvanecido. La Puerta se había derrumbado, y el pasaje encantado que unía aquel lugar con el Reino de los Gnomos de Fragua se había hecho pedazos bajo los pies de Sombrío cuando éste aún estaba atravesándolo. El chico había sentido cómo se precipitaba a un terreno húmedo y podrido, y ahora estaban en el Reino de los Orcos.

En aquel lado, la Puerta, formada por un sencillo marco de hierro forjado cubierto por enredaderas, estaba sumergida en una poza negra, en el centro de una ciénaga. Todo alrededor quedaba oculto por la niebla.

—Estoy segura de que *Stellarius* encontrará otra manera de llegar hasta nosotros. Sabe dónde estamos —intervino Spica, con ojos que le centelleaban de certeza.

—Y sabe adonde nos dirigimos —añadió Robinia.

Pavesa movió débilmente sus grandes alas grises y negó con la cabeza.

—No tiene modo de llegar hasta nosotros sin este paso, la Puerta de las Ramas de Hierro, como la llamaban los enanos. Sombrío tiene razón. Las hadas crearon estos pasajes precisamente para recorrer instantáneamente las inmensas distancias que separan los reinos. Que yo sepa, la única

alternativa para viajar de uno a otro eran los dragones, pero ya no quedan. Y desde luego, no en las montañas del Reino de los Gnomos, donde se encuentra ahora Stellarius.

—Ni siquiera puede usar los Espejos de las Hordas, esos atajos inventados por las brujas, porque nos dio a nosotros la turquesa capaz de abrirlos... —dijo Robinia con un suspiro, acariciándole la cabeza a *Fósforo*.

El dragoncito bufó.

—Estoy convencida de que logrará reunirse con nosotros de alguna manera —insistió Spica—. Pero, por el momento, tenemos que arreglárnoslas solos, así que la pregunta de Pavesa sigue sin respuesta: ¿qué hacemos?

—Movernos —dijo Sombrío poniéndose en pie—. Y lo más de prisa posible.

Por un momento, sintió que los rayos del sol perforaban la niebla y lo envolvían, como dándole ánimos.

—Tenemos una misión: encontrar los Espejos de las Hordas que llevan de aquí a la guarida de las brujas.

—Sí. Y llegar al castillo de la Reina Negra, la Roca Embrujada —murmuró Robinia con la mirada perdida en la lejanía.

El elfo asintió, serio.

—Nuestra primera preocupación, por tanto, es salir de esta ciénaga sin que nos sorprendan los orcos.

—No será fácil —observó Pavesa.

—Tú conoces mejor que nosotros este reino, pues lo atravesaste después de escapar de la Reina Negra. ¿Qué sugieres? —le preguntó Régulus.

Pavesa miró a los chicos uno a uno y lamentó más que nunca tener el cuerpo de una oca. Pero había aceptado acompañarlos al Reino de los Orcos y, desde él, al de las Brujas... ¡y así lo haría!

Hay un camino que cruza los pantanos —explicó con voz seria—. Lo llaman Vía de las Armaduras, porque es el que recorren los orcos cuando van a recoger las armaduras procedentes del Reino de los Gnomos de Fragua para entregarlas luego en los campamentos del Ejército Oscuro.

—Que recorrían, querrás decir —la corrigió Robinia con una sonrisa—. Ahora que hemos destruido la Puerta, ¡ya no podrán entregar nada!

La oca asintió.

—Pero los orcos no lo saben aún. Las entregas de armaduras se hacían dos veces al año y, puesto que hace poco se ha efectuado una, sabemos que no recorrerán ese



camino al menos durante seis meses. Pero, en cualquier caso, atravesar las Tierras Humeantes no será fácil.

—¿Tierras Humeantes? —preguntó Régulus—, el nombre no promete nada bueno...

—Así es como llaman a estos pantanos —explicó Pavesa—. Aquí, las aguas del Riolento inundan los terrenos circundantes... Además, en esta estación la niebla es más densa que de costumbre y ningún orco se atreve a aventurarse hasta este sitio. — Luego, añadió en tono más bajo—: Estas tierras no solamente albergan fango, humedad e insectos... Entre los orcos tienen una fama siniestra y, si no fuese por las órdenes de la Reina Negra, ninguno de ellos se adentraría aquí por propia voluntad.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Sombrío.



Pavesa suspiró.

—Construyeron la Vía de las Armaduras, sostenida por palafitos de madera, precisamente porque tienen miedo de pasar por la ciénaga.

—Es normal, podría haber arenas movedizas —observó Spica.

—Sí, pero no es sólo eso... Percibí terror en sus voces cuando hablaban de este lugar.

—¿Terror? —repitió Spica.

Pavesa asintió.

—No sé demasiado, sólo lo que les oí a los propios orcos: al parecer, cuando el reino fue conquistado, muchos de los enanos que lo habitaban huyeron a los pantanos. El escuadrón de un viejo sargento orco, de nombre Sanguijuela, los siguió para sacarlos de sus escondites, pero nunca volvió. —Se calló un instante antes de

continuar—. Muchos otros salieron en busca del escuadrón perdido, pero ninguno regresó. Los pantanos y la niebla parecían habérselos tragado. Así que, pasado un tiempo, dejaron de intentarlo. Pero las órdenes de la Reina Negra son órdenes... y construyeron ese camino sobre estacas para ir a recoger los cargamentos de armaduras. ¡Y tendríais que ver cómo van de armados cuando lo hacen! Después de todo, ésta es una frontera con un reino aliado, no hay motivos para todas esas armas ni todos esos soldados. Sea como sea, los orcos tienen miedo de las Tierras Humeantes. Y cuando hablan de ellas, os repito, ¡hay terror en sus voces y en sus ojos! Hablan de monstruos..., de criaturas terribles tan antiguas como el mundo, que bajaron de los montes Negros a las aguas del Riolento. Yo no sé si de verdad existen, pero estamos hablando de orcos, ¡que no suelen tenerle miedo a nada!

—Evidentemente, a algo sí —murmuró Sombrío, echando un vistazo a su alrededor.

Se sentía inquieto y se dio cuenta de que también los demás se estremecían con el relato de Pavesa. En realidad, ninguno de ellos había visto nunca a un orco, pero todos sabían de su existencia y no dudaban de que eran terribles.

—Entonces, ¿qué sugieres que hagamos? —le preguntó el elfo a la oca.

Ir por la Vía de las Armaduras, y de prisa. Creo que es la única manera de salir vivos de los pantanos.

—Pero así corremos el riesgo de terminar en la boca de los orcos —observó Régulus—. Si este camino conduce a su campamento, en algún momento nos toparemos con ellos...

¿Sabes dónde se encuentran los Espejos de las Hordas, esos pasajes que debemos cruzar para llegar al Reino de las Brujas? —le preguntó Sombrío a Pavesa.

—Hacia el mar, al nordeste..., cerca de la cala de la Sombra. Pasado el campamento de los orcos —respondió ella.

—Bien... —dijo el elfo, y, agachándose, con piedras y palitos dibujó una especie de mapa—. Por aquí, dices, pasa la Vía de las Armaduras... Y aquí está el campamento de los orcos.

Con ayuda de Pavesa, Sombrío dispuso piedras y palos para señalar los puestos enemigos y los Espejos de las Hordas. Hacia el sur, siguiendo las indicaciones de la oca, colocó unos palitos cruzados que representaban las Placas Muertas, una zona desértica de la que sería difícil salir vivos y donde se arriesgarían a ser localizados con demasiada facilidad.

—Pero ¿cómo puede haber un desierto ahí? —preguntó Spica, apuntando con el dedo el mapa recién dibujado—. ¿Es que por esa región no corre el Riolento?

—No, el río desaparece bajo tierra unos kilómetros después de salir de los terrenos pantanosos, al sur de las Tierras Humeantes. Y no vuelve a aflorar hasta aquí abajo, al norte de las Tierras Abrasadas. —Pavesa señaló justo debajo de los símbolos que representaban los Espejos de las Hordas.

—Si pasamos por las Placas Muertas —la interrumpió Régulus—, moriremos de

hambre antes de haber alcanzado los Espejos. No nos quedan demasiadas provisiones.

—Pensemos: no podemos pasar por el campamento de los orcos, pero tampoco podemos rodearlo por el sur —concluyó Sombrío—. No tenemos más que una solución: dirigirnos hacia el norte a través de las Tierras Humeantes.

—¿Qué sabes de ese lugar? —le preguntó entonces Spica a Pavesa.

La oca suspiró.

Muy poco. Hay pantanos y bosques espesos. Luego, hacia el nordeste, debería haber criaderos de dragones, creo...

—¿Criaderos? —repitió Régulus abriendo mucho los ojos—. No creía que se pudiera tener a los dragones en cautividad.

—Bueno, los caballeros de la rosa, que en otro tiempo protegían el Reino de la Fantasía, cabalgaban en dragones —observó Spica.

—Sí, y ahora las brujas están tratando de criar una raza propia, más feroz que las anteriores —explicó Pavesa.

Sombrío frunció el cejo y la estrella de su frente brilló débilmente. Luego sacó de su macuto la brújula que le había dado Floridiana, la Reina de las Hadas, para que le indicara el camino y, tras observarla, dijo:

Parece que es precisamente al norte adonde debemos encaminarnos.

—¿Qué?! ¡Atravesar la ciénaga sin seguir la Vía de las Armaduras significa ir al encuentro de una muerte segura! —objetó Pavesa.

Sombrío colocó la brújula sobre el mapa improvisado para que los demás pudieran verla también: la aguja señalaba el norte. Todos guardaron silencio unos segundos. Asimismo, Fósforo dejó de jugar con uno de los palitos que representaban los Espejos de las Hordas.

—Bueno, si es eso lo que dice la brújula... —murmuró Spica.

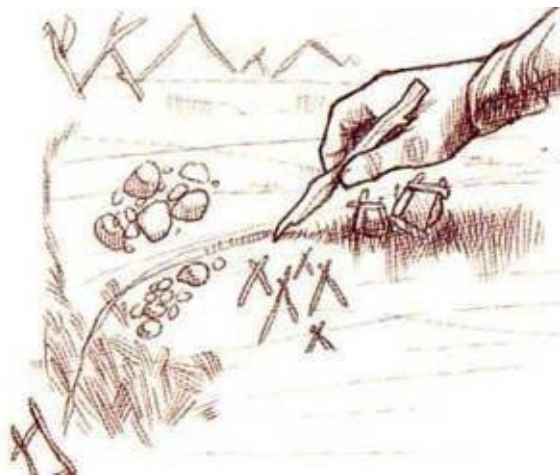
—Nos ha salvado la vida más de una vez —añadió Régulus.

—¡P-pero no es posible que queráis pasar por las Tierras Humeantes! —tartamudeó Pavesa, incrédula.

No tenemos elección —cortó en seco Sombrío. Y mientras lo decía, un leve reflejo de la estrella de su frente iluminó la brújula, en cuyo borde resplandeció la leyenda ¡Ánimo y coraje!—. No tenemos elección —repitió.

Luego guardó la brújula en su macuto, se puso en pie y contempló el paisaje a su alrededor.

Lejos, hacia el este, se alzaban columnas de humo, señal de que allí se hallaba el campamento de los orcos. Por encima de la ciénaga, en cambio, gruesas nubes de



reflejos violáceos se espesaban en un cielo oscuro por el que ningún pájaro se atrevía a volar.

Aquél era el antiguo Reino de los Enanos Grises, convertido ahora en el Reino de los Orcos tras años de ocupación del Ejército Oscuro. Y parecía esperar amenazador a Sombrío y a sus amigos.

Sombrío se detuvo, levantó la mirada y suspiró.

Estaba cansado. Desde que, siguiendo las indicaciones de la brújula encantada, se había adentrado con sus compañeros en la niebla de las Tierras Humeantes, las horas habían transcurrido lentas e insoportables.

El aire se había vuelto tan denso que les costaba trabajo respirar. El agua empapaba el suelo y hacía terriblemente fatigoso cada paso; por otra parte, evitar pozas, arenas movedizas, plantas carnívoras y setas ponzoñosas era más agotador de lo que había imaginado. Los pocos árboles que crecían aquí y allá no eran más que pálidas sombras borrosas, y el croar de las ranas y el zumbido de los mosquitos eran interrumpidos a ratos por gemidos lejanos y rugidos espantosos.

«Gritos de dragón», había dicho Pavesa.



Así, inmersos en la niebla y el légamo, pasaron dos largos días. Su marcha hacia el norte los había llevado a avanzar por terrenos pútridos y enfangados, entre brumas cada vez más espesas y nubes de molestos mosquitos.

En cada ocasión tenían que elegir la mejor vía sondeando cautamente el terreno para no hundirse en el fango.

Sombrío desconfiaba: pese a sus esfuerzos, no se habían alejado mucho de la puerta. Tanteó de nuevo el terreno con su fiel espada *Veneno*, pero la hoja se hundió en el lodo por enésima vez. Se detuvo; en aquel punto, el sendero que seguían terminaba en una ciénaga.

Sin embargo, la brújula continuaba indicando el norte, incluso allí.

El joven elfo suspiró. Frente a sí sólo veía enormes hojas de nenúfares flotando en el agua gris y espesa.

Dio un paso y no tardó en oírse un croar siniestro, mientras extrañas ranas de espalda azul asomaban del agua.

Pavesa levantó la cabeza y miró al elfo.

—Sigo pensando que si los orcos van por el camino de tablas es por alguna razón. De esta manera corremos el riesgo de perdernos —dijo en voz baja pero firme.

—Tenemos que confiar en la brújula de Floridiana. Hasta ahora siempre nos ha guiado en la buena dirección —respondió Régulus en lugar de Sombrío, que seguía evitando los ojos de sus compañeros.

—Hay otro problema: las provisiones escasean y por aquí no hay nada de comer —añadió Spica.

—Las raíces comestibles son muy escasas. Os lo repito: volvamos —insistió Pavesa mirando a Sombrío esperanzada.

Pero el elfo permaneció en silencio; sacó de nuevo la brújula de su macuto y la escrutó con expresión taciturna, como si temiera la respuesta que iba a leer en ella: norte, una vez más.

—No podemos, ésta es la dirección —murmuró.

—No te entiendo... ¡Ni tú mismo estás convencido, pero de todos modos quieres seguir! ¿Acaso tienes miedo de tomar una decisión tú solo?

—¡No se trata de eso —estalló Sombrío, irritado—, sino de que es muy probable que, si vamos por el camino de los orcos, vayamos a parar directos a sus manos! ¡No sé vosotros, pero yo prefiero ahorrármelo!

Pavesa sintió una oleada de calor bajo las plumas.

—Ah, bien —replicó despechada—. ¡En cambio, si morimos aquí, habremos hecho una bonita contribución a la lucha contra las brujas! ¿Por qué me has traído de vuelta a este lugar si no te interesan mis consejos? Yo por mí no habría venido...

La expresión de Sombrío se endureció.

—Te necesitamos. Estoy seguro de que sabes muchas cosas que nos resultarán útiles... Pero, por lo que respecta al camino, tenemos que guiarnos por la brújula. Es la única decisión de la que estoy seguro.

—¡Pues mira adonde nos ha traído tu brújula! ¡A un punto muerto! ¿Y ahora? —replicó la oca.

—Tal vez deberíamos tomar el otro lado de la bifurcación... —propuso Régulus.

—O puede que nuestro camino sea... ¡ése! —exclamó Spica, señalando la ciénaga que se extendía frente a ellos—, ¡los nenúfares!

—¿Los nenúfares? —repitió Robinia.

Fósforo gruñó y saltó al hombro de Sombrío para poder escudriñar hasta más lejos con sus ojos amarillos.

—Exacto. Son bastante grandes, quizá puedan sostenernos de uno en uno; al menos el tiempo necesario para pasar de una hoja a otra.



—¿No estaréis pensando seriamente en caminar por encima de ellos?! —Se asombró Pavesa.

—¿Por qué no? —sonrió Spica—. En una vieja historia transmitida por los elfos de río se habla de un palacio real que se alza sobre una isla, y al que sólo se puede llegar por un camino de nenúfares.

—Pero ¡eso es sólo un cuento! —exclamó Robinia.

—Bueno, mañana por la mañana lo veremos. Por hoy, ya hemos caminado bastante. Hagamos un alto aquí propuso Sombrío.

Luego le sonrió a Spica y ayudó a los demás a encender una pequeña hoguera.

La noche cayó enseguida; pronto, los chicos se encontraron rodeados por la oscuridad y se acomodaron delante del fuego, pálidos, sin fuerzas para hablar, cada uno absorto en sus pensamientos.

Y mientras esperaban, intranquilos, a que transcurriera la noche, cada sonido parecía esconder una oscura amenaza.

2. El camino sobre las aguas



AS estrellas fueron palideciendo una a una, difuminadas por la luz de la mañana, hasta que acabaron por desaparecer del todo.

Cuando Spica se despertó, se dio cuenta de que había dormido profundamente toda la noche. Se sentó y trató de ordenar sus ideas, y entonces vio a Sombrío observando atentamente los nenúfares del agua.

Nunca lo había visto tan tenso. La misión que Floridiana le había encomendado parecía imposible: llegar al Reino de las Brujas y aniquilar desde dentro el poder del cetro oscuro. Penetrar en la guarida del enemigo, allí donde, según las antiguas leyendas, ni siquiera las hadas podían llegar; pues si una hada cruzase los confines del Reino de las Brujas, lo mismo que una bruja el de las hadas, perdería sus poderes. Floridiana necesitaba por tanto otras manos para luchar contra la pérfida Brujaxe: las de Sombrío.

Y Spica deseaba con todo su ser compartir con él el peso de tal responsabilidad: si nadie lo ayudaba, también su amigo, por fuerte y valiente que fuera, sería aplastado. Se sentó a su lado.

—Estás preocupado, ¿verdad?

—Sí... Ya no sé qué camino seguir.

—La brújula siempre nos ha indicado el correcto. Estoy segura de que también esta vez es así.

Sombrío apartó los ojos de los nenúfares y los fijó en los de la chica.

—¿Quieres ayudarme?

—¿A qué? —preguntó ella, y lo miró con curiosidad.

Él sacó del macuto el pequeño libro que contenía las profecías del viejo Enebro; ya antes los versos del anciano maestro del Reino de los Bosques le habían sido de ayuda.

—¡Lo había olvidado! —exclamó Spica, contenta—. Quizá en él encontremos alguna pista.

Sombrío lo abrió. A causa de la humedad de las Tierras Humeantes, el papel se había abarquillado y los dos elfos fueron pasando las hojas con el mayor de los cuidados, hasta que encontraron una página aparentemente en blanco con sólo un círculo enmarcado por ramas secas pintadas con tinta azul.

Entonces, la estrella de la frente de Sombrío se iluminó e inundó la página de luz. En medio del círculo de ramas, ante sus ojos tomó forma una profecía:



*TIEMPO ES YA DE COMENZAR
Y CIEGOS E INERMES MARCHAR*

*POR EL CAMINO DE LAS GRANDES HOJAS
HASTA DONDE LA MUERTE DE INFINITAS PATAS ATRAPA,
POR LA SENDA DE LOS HUESOS ABANDONADOS
HACIA EL LUGAR DONDE NACEN LAS GOTAS HELADAS.*

*MÁS ALLÁ AÚN EL CABALLERO DEBERÁ ACUDIR,
ALLÍ DONDE EL AIRE HABLA A QUIEN SABE ESCUCHAR
Y QUIEN ESCUCHA, HABLAR TAMBIÉN SABRÁ.*

*MÁS ALLÁ AÚN EL CABALLERO DEBERÁ ACUDIR,
LA CALAVERA DE ÓRBITAS VACÍAS QUEBRAR DEBERÁ
Y CON SU ARDOR DOBLEGAR LA INSENSIBLE LLAMA.*

*Y MÁS ALLÁ AÚN EL CABALLERO DEBERÁ ACUDIR
HASTA LAS AGUAS IMPETUOSAS PROSEGUIR SU VIAJE,
DONDE EL VUELO SOBRE ALAS DE CRISTAL EMPRENDER DEBERÁ
SI ENFRENTARSE A LA MUERTE Y EL DOLOR NO QUIERE.*

—«Más allá aún el caballero...». —Murmuró Sombrío. Su mente viajó enseguida hasta el cazador, el misterioso elfo que había conocido en el Reino de los Bosques y que había vuelto a encontrar en el Reino de los Elfos de Fragua: no sabía mucho de él, sólo que había sido un caballero de la rosa compañero de su padre.

—¿Y si tú fueses el caballero de esta profecía? —le preguntó Spica interrumpiendo sus pensamientos.

—Yo no soy caballero.

—Tal vez no, pero llevas una espada del destino al cinto, combates para proteger y liberar a los débiles, luchas contra las brujas... —Señaló la profecía y añadió—: ¡Todo cuadra! «Tiempo es ya de comenzar y ciegos e inermes marchar...». Mira a tu alrededor, la niebla nos vuelve ciegos, y los pantanos, inermes.

Sombrío posó de nuevo los ojos en la página del libro.

—«Por el camino de las grandes hojas...». ¡Tienes razón! Tenemos que andar sobre los nenúfares.

En ese instante, una sombra atravesó los ojos azules de Spica.

—«Hasta donde la muerte de infinitas patas atrapa...». ¿Crees que se trata de uno de los monstruos del pantano de los que hablaba Pavesa?

—No tengo ni idea, Spica.

Acababa de pronunciar esas palabras cuando un espantoso rugido los sobresaltó, y fue seguido por el sonido lejano de un cuerno.

Fósforo abrió los ojos bruscamente, erizó las plumas y arqueó la espalda al tiempo que emitía un pequeño gruñido, para después esconderse detrás de la bota manchada de barro de Sombrío.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Régulus, que se había puesto en pie de un salto, despertado por aquel ruido atronador.

—Vienen... los orcos —murmuró Robinia, todavía medio dormida.

—No —dijo Pavesa—. Ese sonido venía de lejos, de los campos de adiestramiento... Quizá algún dragón se ha rebelado contra su adiestrador. —Luego, volviéndose hacia Sombrío y Spica, añadió—: ¿Que tenéis en la mano?

Los chicos les mostraron a los demás la profecía y Régulus suspiró.

—¡Otra adivinanza! Como siempre, no me dice gran cosa...

Robinia asintió.

—A ti, Pavesa, que ya has estado aquí, ¿te dicen algo esas alusiones, huesos abandonados, gotas heladas...?

La oca negó con la cabeza.

—Las Tierras Humeantes son un misterio incluso para los orcos, y yo permanecí muy poco en este reino. Pero las «aguas impetuosas» podrían ser las del mar... Siento no poder ayudaros más.

—No te preocupes —la tranquilizó Sombrío—. Probablemente entenderemos la profecía conforme avancemos. Mientras tanto, lo mejor será darse prisa y atravesar ese «camino de las grandes hojas». No sabemos lo largo que será y es mejor intentarlo con la luz del día.

Los otros asintieron y se dispusieron a tomar un pobre desayuno.

—Bien, ya estamos listos. Iré yo primero —decidió Sombrío dando un paso adelante.

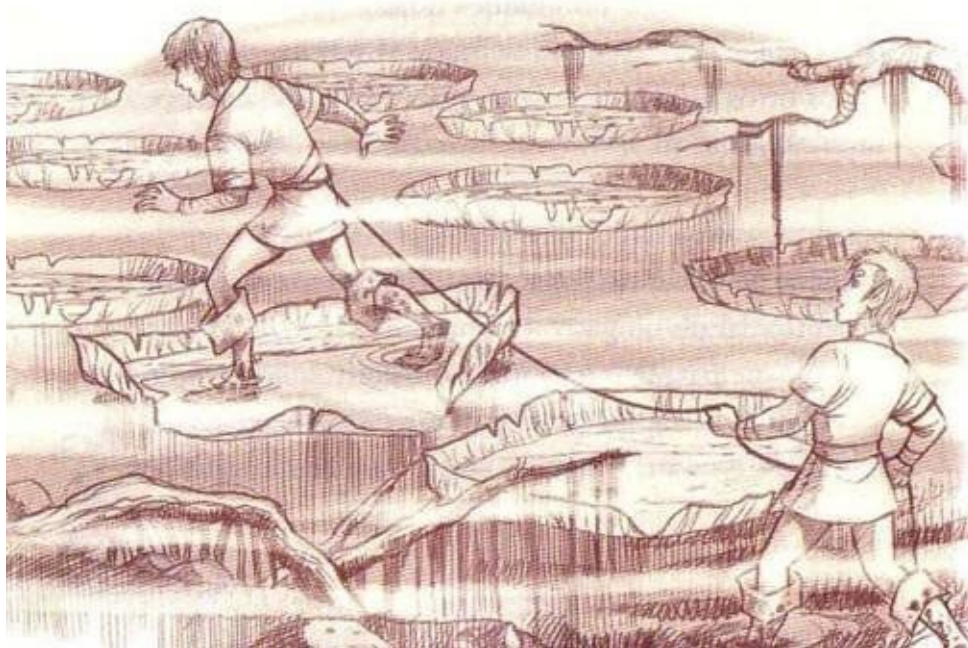
—No me parece buena idea —lo contradijo Régulus.

—Peso lo bastante como para poner a prueba la resistencia de esos nenúfares y, sea lo que sea lo que nos aguarda al otro lado, más allá de la niebla, voy armado —zanjó el elfo antes de que algún otro protestara.

Cerró los dedos en torno a la empuñadura de Veneno, que permanecía quieta en su vaina. Era una buena señal, porque su vibración habría significado peligro.

—Me ataré esta cuerda a la cintura y vosotros la sujetaréis por el otro extremo —añadió, mientras se anudaba la soga.

No se sentía valiente. Y tampoco fuerte. Sin embargo, tenía que intentarlo. Saltó de la roca al nenúfar más cercano a la orilla. Cuando aterrizó sobre ella, la hoja aguantó el impacto y apenas se balanceó.



Sombrío oyó a los otros celebrarlo, pero luego notó que unos reguerillos de agua empezaban a inundar la hoja y se percató de que debía moverse enseguida y saltar al nenúfar siguiente.

—Si estamos demasiado tiempo encima se hunden, ¡tendremos que ser rápidos! —les gritó a sus amigos—. ¡Soltad cuerda!

Régulus dejó correr la sogá y Sombrío saltó a la segunda hoja un instante antes de que la primera se llenara de agua. Dos, tres, cuatro saltos consecutivos, luego uno más largo, y atisbo una orilla. La alcanzó de un último brinco y cayó hacia adelante, enfangándose manos y rodillas.

Se levantó y limpió como mejor pudo. Luego miró a su alrededor. Donde estaba, parecía una pequeña isla en medio de un océano de niebla y nenúfares. Se volvió; ya no veía a los demás.

—Se ha parado... —oyó decir a Régulus.

—¡Eh! —llamó Pavesa.

—¡Hay una islita en medio de los nenúfares! —gritó en respuesta—. ¡Tratad de llegar hasta mí!

Con cierto esfuerzo y algún que otro susto, pronto estuvieron todos en la islita.

—Ahora tendríamos que continuar en la dirección que indica la brújula —sugirió Spica.

—Sí —contestó Sombrío, y consultó rápidamente el instrumento—. Seguiremos así hasta que pasemos esta charca. —Y desapareció de nuevo, tragado por la niebla blanca y fluctuante, brincando con agilidad de un nenúfar a otro. La cuerda ondulaba como si colgara de la nada, y el sonido de sus saltos iba atenuándose según se alejaba.

Cuando el sol empezó a ponerse, los chicos estaban exhaustos y de mal humor.

—Da la impresión de que avancemos en círculo... ¿Seguro que esa brújula no

está rota? —preguntó Pavesa.

—¡Es una brújula de las hadas, no puede romperse! —respondió Spica.

—¿Y eso quién lo dice? —masculló la oca.

—Lo cierto es que se rompió cuando la alcanzó la flecha de los caballeros sin corazón, en el Reino de los Bosques, aunque luego la reparamos —recordó Robinia.

—Precisamente, ¡está arreglada! Así que ahora funciona —replicó Spica.

—¡Basta ya! —dijo Sombrío. Pero estaba tan cansado que no lo oyeron y la discusión prosiguió en un tono cada vez más alto, hasta que intervino de nuevo, alzando más la voz esa vez, e hizo callar a Spica, que estaba a punto de responder por enésima vez a Robinia.

—Ahora es inútil discutir.

—Ah, claro, si lo dices tú...

¡Siempre tenemos que hacer lo que tú dices!

—¿Qué...?

—¡Tú sabes lo mismo que nosotros! Vagas a tientas en la niebla esperando acertar con la dirección. Pero ¡en cambio sigues dándonos órdenes! —gritó Spica.

—Pero ¡si ha sido idea tuya la de atravesar el estanque de los nenúfares! —Se enfadó él.

—¡Podrías haberte negado! —se empecinó ella.

—Sí, ¿estás totalmente seguro de que ésta es la buena dirección? —intervino Régulus.

Sombrío se obligó a no hacer caso de las críticas.

—Todos estamos cansados, pero tenemos que seguir.

Los demás lo miraron con ojos de quienes están hambrientos y sedientos, les duelen los pies y tienen ganas de detenerse para descansar.

—Sombrío tiene razón —asintió Robinia—. Si en vez de quejarse, algunos caminasen en silencio, sería mejor.

Las chicas intercambiaron miradas furiosas, aunque sin decir nada más.

Sombrío se aseguró de que la cuerda siguiera bien atada a su cintura, miró la brújula y reanudó la marcha.

El último salto fue el más difícil, pues se notaba las piernas más pesadas que nunca. Terminó en el agua, por suerte allí poco profunda, pero fangosa. Alcanzó trabajosamente la orilla y se dejó caer en el suelo a la espera de que los otros llegaran. Seguía oyéndolos discutir en la niebla y se preguntó si sería por culpa de su indecisión.

Pero ¿qué podía hacer?



3. Pelo de bruja



A niebla seguía rodeándolos y volviendo más lúgubres los ánimos de los chicos.

—¿Cómo es posible que sigamos aquí en medio después de toda una jornada de viaje? —se lamentó Robinia, sentándose lejos de los demás.

—Odio esta niebla... Y, además, ¡tengo barro y musgo hasta en el pelo! —añadió Spica.

Régulus resopló.

—¡Dejad de quejaros! ¿Qué creéis, que sois las únicas que tienen hambre y están cansadas?

Sombrío no podía más. Los pensamientos bullían en su interior, estaba empapado de la cabeza a los pies y sus botas no eran más que pesados lastres de barro. Y ellos seguían haciéndose recriminaciones. Sólo Pavesa había dejado de protestar y se había enroscado detrás de una piedra, para limpiarse de barro las plumas; ella era la única que permanecía en silencio, como él.

Quizá debería irse y dejarlos allí, solos. Podrían volver atrás y... Se estremeció: ¿cómo podía pensarlo siquiera? Eso significaría su muerte. ¿Qué podrían hacer sin la brújula? ¿Y qué habría hecho él sin su ayuda?

Se cogió la cabeza con las manos y volvió a pensar en el día anterior: habían hablado, intercambiado opiniones y se habían consolado unos a otros. Ahora, en cambio... ¿Qué había ocurrido? Había algo que no iba bien.

Acarició distraídamente a *Fósforo*, que estaba hecho un ovillo junto a él, y la mano se le cubrió de una extraña pelusa gris.

En ese instante se percató de que también su ropa y la cota de malla que le había dejado el cazador y que llevaba como protección debajo de la túnica, estaban cubiertas de aquella materia desconocida. Observándola mejor, vio que en los lugares donde había estado en contacto con el agua empezaba a secarse. Alzó los ojos hacia los otros y sintió que se le helaba la sangre. También ellos estaban cubiertos por aquella finísima red grisácea.



Se levantó como un resorte, fue hasta Pavesa y, enseñándole una madeja de pelusa filamentosa, le preguntó:

—¿Tienes idea de qué es?

Ella abrió unos ojos como platos.

—¿Dónde la has encontrado?

Sombrío se agachó y pasó la mano sobre una ala de Pavesa, luego se la enseñó.

—La tenemos encima. Todos —contestó con los dientes apretados, señalando a los demás—. Tú, Régulus, Robinia, Spica, *Fósforo* y yo, ¡todos!

—Será una especie de alga que crece en este pantano. Unos antes y otros después, todos nos hemos caído al agua —observó la oca.

Sombrío asintió.

—De acuerdo, pero lo que quiero saber es si puede ser algo que tenga efecto sobre nosotros.

—¿Efecto?

—Sí, no me digas que no te has dado cuenta. Todos estamos desquiciados. Ninguno de ellos ha sido nunca así. Ni yo tampoco.

Los ojos de Pavesa centellearon con amargura.

—Es decir, que buscas explicación en una causa externa. Oh, sería estupendo que la hubiera, pero todas las criaturas somos un poco egoístas, ¿nadie te lo ha dicho nunca, elfo?

—Las personas no cambian tan de golpe. ¡Ya hemos afrontado antes situaciones difíciles y ninguno de nosotros ha reaccionado nunca de esta manera!

—Bueno, a mí esa madeja de pelo no me dice mucho, pero, como te he dicho, sé poco de estos pantanos. Nunca había estado en esta zona... ¡ni quería venir! —dijo en voz cada vez más alta.

Sombrío se sentó a su lado, esforzándose por no replicarle groseramente.

—El hecho es que ni siquiera deberíamos estar aquí, en este reino desolado —

prosiguió Pavesa en tono beligerante. Luego se calló, pensativa—. Espera... —murmuró—. Pelo de bruja...

—¿Qué?

—Podría ser pelo de bruja —repitió ella afirmando con la cabeza—. Es una alga rara. La he visto en el palacio de Brujaxe; las brujas la guardaban en tarros llenos de agua. Cuando se sumergen en un líquido, parecen largos cabellos blancos. Y para propagarse se pegan a cualquier cosa que se mueva.

—Como nosotros... —dijo Sombrío.

—Si de verdad nos hemos topado con pelo de bruja, ¡estamos en peligro! Es tóxico: cuando se seca, desprende un polvo que, al respirarlo, provoca cambios de humor y puede llevar a la locura... Pero me temo que, si nos sacudimos la ropa, se levantará más aún —añadió Pavesa.

—Entonces, ¡tenemos que lavarnos enseguida con agua limpia! —exclamó, poniéndose en pie—. Pero sólo nos quedan unos sorbos y los necesitamos para beber... ¿Tú no puedes hacer nada?

—No conozco ningún encantamiento para anular el efecto de esas algas...

El elfo se alejó unos pasos. Tenía la mente ofuscada. Si Stellarius estuviera con ellos, seguramente habría sabido qué hacer.

Él, en cambio... Spica tenía razón, él se movía a tientas. Pero si aquella sensación de disgusto consigo mismo era un efecto del pelo de bruja, entonces debía luchar para vencerla. Hacía falta una idea brillante para resolver la situación... Sí, hacía falta...

—¿Y la lluvia? ¿Podrías hacer que lloviera? —le preguntó de improviso. Pavesa lo miró.



—¡Sí, creo que eso sí! Estiró su sinuoso cuello y palabras arcanas salieron de su pico mientras de su cuerpo parecía emanar una luz bermeja. Sombrío observó las inmediaciones. Una densa nube se formó en el cielo y una lluvia abundante empezó a caer sobre ellos, mojándolos de la cabeza a los pies. Y limpiándolos de pelo de bruja.

En la oscuridad de la noche, suspiró de alivio.

A la mañana siguiente, bajo una lluvia menuda pero incesante, los chicos se pusieron de nuevo en camino. Atravesaron un último trecho de ciénaga y llegaron finalmente a un punto de las Tierras Humeantes más elevado que el terreno circundante.

Por fin andaban otra vez sobre suelo más firme.

Ya era casi mediodía. Las protestas y expresiones de enojo habían desaparecido casi del todo, dando paso a caras cansadas y pocas ganas de hablar. Sombrío les había explicado a los demás lo que había ocurrido por culpa del pelo de bruja.

—A propósito de las cosas que dije ayer... —murmuró Spica—, me gustaría

pediros disculpas.

—Bueno —farfulló Robinia—, no fue culpa nuestra, sino de esa especie de alga, ¿no es así?

Sombrío y Régulus asintieron, pero Spica negó con la cabeza.

—Pero de todos modos os dije cosas horribles a todos. Si Sombrío no se hubiera dado cuenta de lo que estaba pasando, todos habríamos muerto.

—Robinia tiene razón —contestó él para consolarla—. No le des más vueltas.

Spica lo miró y luego esbozó una sonrisa.

—Tal vez ahora pudiéramos hacer que cesara esta lluvia. Estoy más empapada que una esponja.

Sombrío miró a Pavesa.

—Ya hemos dejado atrás el pelo de bruja, creo que ya no hay peligro.

—Sí, a mí tampoco me gusta la lluvia —afirmó ella y, con un gesto, hizo que el cielo se despejara de nubes.

Pero el rostro de Spica no se serenó. Miró de soslayo a Sombrío y luego a Robinia, y se puso en marcha tras los demás con el arco bien apretado entre los dedos, preguntándose por qué se le encogía de aquella manera el estómago cuando Sombrío le hablaba o le sonreía a Robinia.

4. Al servicio de las brujas



O se detuvieron hasta que el crepúsculo oscureció de nuevo el ciclo. Encontraron refugio bajo las raíces de un árbol de tronco retorcido y salpicado de pequeños hongos verdes.

Se trataba de «botones de pantano», les explicó Pavesa, y eran comestibles. Los elfos los arrancaron del tronco y los asaron al fuego de una hoguera, junto con algunos espárragos verdes y unas ortigas que Spica había recogido a lo largo del camino. La lluvia mágica de Pavesa, además, les había permitido llenar las cantimploras de agua.

Quizá las cosas empezaban a ir por buen camino.

Robinia miraba el rostro de Régulus, iluminado por la reverberación de las llamas, y tuvo la impresión de que la estrella de su frente resplandecía. Qué raras eran aquellas estrellas de la frente de los elfos estrellados. Al principio, había pensado que eran tatuajes, pero no era así: parecían hechas realmente de luz de estrella, como decían las antiguas leyendas. Y lograban levantar el ánimo de quien las miraba, igual que las estrellas del cielo. Eran... bonitas.

Régulus la sorprendió mirándolo y le dirigió una gran sonrisa, tan grande que Robinia sintió que se ruborizaba y tuvo que apartar la vista.

—Y bien, ¿qué nos espera ahora? —preguntó el chico.

Sombrío recitó parte de la profecía de Enebro:

—«Por el camino de las grandes hojas, hasta donde la muerte de infinitas patas atrapa, por la senda de los huesos abandonados...».

—La «muerte de infinitas patas» es lo que más miedo me da de toda la profecía —murmuró Spica.

—A lo mejor se trata de un mosquito gigante... —Trató de bromear Régulus.

—O de alguna monstruosa criatura de las brujas, como el escorpión gigante que encontramos en el Reino de los Bosques —dijo Spica, seria. ¿Cómo podía su hermano tener ganas de gastar bromas con algo así?

El silencio temeroso que siguió a esa afirmación fue roto por un grito proveniente de lejos.

Un escalofrío recorrió al grupo.

Robinia miró de reojo a los demás y se dio cuenta de que todos pensaban lo mismo: aunque superaran la muerte de infinitas patas, tendrían que vérselas con orcos y dragones... ¿Cómo se les ocurría confiar en salir vivos?

El humo que subía del fuego encendido se hacía cada vez más denso y parecía tomar la forma de las monstruosas criaturas con que ya se las Habían visto, pero también de las amenazas que aún los aguardaban.

—¿Por qué no nos cuentas tu historia?

La voz tranquila de Sombrío los devolvió al presente. Sus ojos verdes y oscuros miraban a Pavesa, que se estremeció,

asombrada por su sugerencia.

—Tú sabes muchas cosas de nosotros, pero nosotros poquísimas de ti. Y decidiste acompañarnos en este viaje pese a saber que tenemos escasas probabilidades de regresar a casa.

—Bueno, en realidad yo no tengo casa a la que regresar. Nunca la he tenido —murmuró Pavesa.

—Eso no significa que no vayas a tenerla nunca —la consoló Régulus.

Ella sacudió las alas, un tanto cohibida.

—No os he contado mucho de mí porque no hay mucho que contar... Como os dije, nací en el Reino de las Brujas y mi madre pertenecía al pueblo de los enanos grises. Fue hecha prisionera y llevada a la corte de la Reina Negra cuando el Ejército Oscuro ocupó estas tierras. No recuerdo a mi madre, murió cuando yo nací. Llegué al mundo en un año especial y por eso crecí entre las brujas, a su servicio...

—¿Qué significa eso de un año especial? —le preguntó Sombrío.

—Fue el año de la Estrella Caída: ese año, una estrella cruzó el cielo y cayó al mar, al otro lado del pico del Fantasma Pálido, levantando una ola tan alta que casi todo el Reino de las Brujas se vio sumergido por las aguas. —Pavesa permaneció un instante en silencio, con los ojos cerrados, y luego continuó—: Calíope, la más anciana de las brujas de la corte, que le lee el destino a la Reina de las Brujas, dijo que era una señal: había nacido una bruja que haría grandes cosas. Así que todas las niñas que vinieron al mundo ese año, hijas de las esclavas capturadas por el Ejército Oscuro en los varios territorios del Reino de la Fantasía, fueron llevadas al palacio real para que Brujaxa en persona las vigilara. Por eso crecí allí en la corte de la Reina Negra, para aprender las artes de la brujería. Un privilegio concedido a muy pocas.

Todos la escuchaban en silencio.

—Pero lo que habría debido ser un privilegio resultó un infierno casi desde el principio. Al final, sólo quedamos cuatro, las «cuatro hermanas», como nos llamaban con una pizca de maldad... Conmigo había otra chica del pueblo de los enanos grises, Melenita; luego estaba Anguila, alta, con las orejas puntiagudas, como las vuestras, y el pelo plateado, creo que era una elfa, mientras que Punzada pertenecía al pueblo de los espejismos y cambiaba tanto de aspecto que no sabría decir cuál era el suyo verdadero. Dormíamos en la misma habitación, una especie de calabozo detrás de las



cocinas, y estábamos estrechamente vigiladas. Trabajábamos todo el día, sin parar ni un instante. Pero lo que más nos intranquilizaba era que no nos enseñaban nada, al contrario, nos miraban con suspicacia, precisamente porque, como descubrí luego, temían que una de nosotras pudiera convertirse en la bruja más poderosa de todos los tiempos. Mis «hermanas» mostraron enseguida inclinación por la hechicería, mientras que yo empezaba a pensar que las viejas brujas se habían equivocado conmigo, que yo no tenía ningún don. Pero sentía curiosidad por saber qué era la magia, por lo que, a escondidas, empecé a hojear los libros de Calíope.



—Y de ese modo aprendiste las brujerías que sabes hacer. —Dedujo Sombrío.

Pavesa asintió y siguió contando:

—La primera de nosotras en desaparecer, el día en que logró su primer hechizo auténtico, fue Melenita. De repente, no volvimos a verla, pero no sospechamos nada, pensamos que la habrían mandado a otro lugar para el aprendizaje. Casi nos daba envidia..., ¡qué tontas! —Suspiró antes de continuar—: Un día, casi por casualidad, para que no me descubrieran mientras curioseaba donde no debía, me escondí en un armario de la despensa de ingredientes y oí una conversación entre Brujaxa y Calíope. Sólo entonces comprendí quién era ella realmente... Me refiero a Brujaxa. Podría decirse que hasta aquel momento, en cierto sentido la admiraba: era muy guapa y altiva, todos la respetaban... Pero ese día comprendí por qué precisamente

ella era la reina. Porque era la más páfida... y estaba fuera de sí. Descubrí que Punzada había realizado también su primer hechizo, pero, en vez de ponerse contentas, Calíope y Brujaxa estaban preocupadas.

—Quería evitar que alguna de vosotras se convirtiera en una auténtica bruja... —murmuró Régulus mirando a Pavesa.

—Eso es —confirmó la oca—. Brujaxa quería encontrar a la gran bruja anunciada por la Estrella Caída, pero sólo para matarla antes de que se volviera tan poderosa que representara una amenaza para ella. ¿No es gracioso? ¡La gran Brujaxa tenía miedo de nosotras! Así que Punzada había sido pasto de las tarántulas de los Hondos Fosos, los pozos que se encuentran en los sótanos del palacio real.

—Es... ¡es monstruoso! —exclamó Spica.

Pavesa no hizo ningún comentario. Se limitó a reanudar su relato con los ojos fijos en el fuego, como si reviviera cada acontecimiento.

—Probablemente Melenita había corrido la misma suerte, la que también correríamos Anguila y yo. Aterrorizada, comprendí lo que tenía que hacer: en vez de esforzarme por mostrarme capacitada, mi única esperanza era parecer una inútil. Traté de advertir a Anguila, pero ella era ambiciosa y no lo entendió, creyó que le mentía para engañarla. Y así, un día, ella también desapareció... No volví a verla.

—Y entonces ¿decidiste huir? —preguntó Sombrío.

Pavesa hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Calíope me vigilaba, pero no de cerca, puesto que me consideraba una torpe sin remedio, así que podía moverme más a mis anchas. También Brujaxa parecía haberse olvidado de mí. Era el momento idóneo para huir. Sabía que nunca conseguiría salir viva del Reino de las Brujas, porque, como a todo esclavo, un hechizo me retenía en aquellas tierras, pero en unos textos antiguos descubrí que había una manera de cruzar los confines sin morir: comer raíces de mandrágora. Con paciencia, recogí una cantidad suficiente para salvar mi vida, o al menos ésa era mi esperanza. Para escapar, elegí una noche sin luna, porque es cuando las brujas están más ocupadas... Fingí que me encerraba en mi habitación, me comí las raíces de mandrágora y me escabullí. Logré pasar a través del Espejo de las Hordas siguiéndoles los pasos a unos soldados de la Reina Negra. Y llegué aquí.

—Al reino de tus padres —susurró Robinia.

—No exactamente. Ya se había convertido en el Reino de los Orcos... Cuando me repuse del viaje a través del Espejo, me di cuenta de que el hechizo que me ataba al Reino de las Brujas no me había matado, pero... me había transformado en una oca.

—¿Y las raíces de mandrágora? No lo entiendo —murmuró Robinia.

—Tal vez estaban verdes. O quizá fueran pocas. Creo que, de alguna manera, hicieron que siguiera con vida, aunque no con mi verdadera forma.

—¡Por todas las estrellas del cielo! Pero ¿por qué en oca? —preguntó Régulus rascándose la nariz.



Pavesa se encogió de alas, como si no le interesara la cuestión.

—Trabajaba en las cocinas, quizá tenía alguna pluma de oca encima, quién sabe.

—Por tanto... ¡eso significa que eres tú! —observó Régulus tras un momento de silencio.

—¿Yo? ¿Yo... qué? —preguntó Pavesa.

—La bruja más poderosa —aclaró él.

—No, me temo que te equivocas —murmuró la oca con una sonrisa—. Yo no seré nunca una bruja —añadió con voz tranquila y profunda—. Me he prometido a mí misma que lucharía contra ellas, contra las brujas, si alguna vez tenía oportunidad de hacerlo.

Además, no tengo grandes poderes. Nunca seré una bruja —repitió, más para sí que para los demás.

Sombrío esbozó una sonrisa y la estrella de su frente centelleó con luz cristalina.

5. En el viento



la mañana siguiente, se despertaron bajo una copiosa llovizna. El cielo estaba plomizo, y aunque la niebla de las Tierras Humeantes se había aclarado algo, la humedad era insoportable.

Se pusieron inmediatamente en marcha detrás de Sombrío, que con su espada sondeaba el terreno, aún blando.

Spica seguía pensando en lo que había descubierto la noche anterior. Pensaba en la vida de Pavesa, en lo terrible que debía de haber sido vivir en el castillo de la Reina Negra. Pensaba en la «senda de los huesos» y en la «muerte de infinitas patas»... Pensaba en Sombrío y en sí misma. En cómo había dejado que la rabia la cegara. En su fuero interno sabía que estaba un poco celosa de Robinia: ésta era una princesa, era hermosa y tenía un carácter fuerte y generoso... Mientras reflexionaba sobre todas estas cosas y escrutaba la niebla reptante, de repente le pareció descubrir algo. Se detuvo, pero no vio nada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Pavesa.

—Nada..., me ha parecido ver algo.

—Habría sido alguna rana de espalda azul. —Trató de quitarle importancia Régulus.



—No obstante, estemos atentos —murmuró Sombrío mientras volvía a consultar la brújula de las hadas. La dirección seguía siendo la misma desde hacía horas.

El joven tanteó con Veneno el fango que tenía delante y que escondía peligrosas arenas movedizas, y localizó una franja de terreno más firme. Avanzó con cautela, hundiéndose en el lodo hasta media pantorrilla, seguido de los otros.

Spica, que ese día cerraba la fila, echó una ojeada intranquila detrás de ella y se estremeció. No estaba segura, pero tenía la impresión de que había algo. Algo que los observaba. Instintivamente, empuñó con fuerza su arco encantado y reanudó la marcha en aquel silencio angustioso, lista para disparar.

Caminaron todo el día y, cuando por fin se detuvieron, el sol ya se ponía. El cielo se oscureció de golpe, como si alguien hubiese dejado caer un telón, y se levantó un ligero viento frío que, sin embargo, no logró disipar la niebla, sino sólo agitarla, como si alguien estuviese removiendo un gran puchero humeante.

Los chicos acamparon sobre un gran peñasco que afloraba del fango y encendieron fuego, pero ni siquiera éste logró caldear sus corazones. Por más que avanzaran, la ciénaga parecía infinita.

Spica, en particular, estaba tan tensa como la cuerda de su arco. Sombrío se dio cuenta y esperó a que los demás se durmieran para hablar con ella. Se sentó a su lado

y la chica dio un respingo.

—¿Estás bien? —se interesó.

Ella asintió, y un mechón de pelo rubio le cayó sobre la frente.

—Es extraño, tengo la impresión de que algo o alguien nos está observando.

—Puede que así sea —murmuró él frunciendo el cejo—. No sabemos qué hay en estos pantanos, y la niebla, desde luego, no facilita las cosas.

Spica agachó la cabeza.

—En medio de todo este gris me parece estar ciega y sorda.

—Vamos por el camino que señala la brújula. Es sin duda lo mejor que podemos hacer —murmuró él tratando de animarla.

Ella se quedó en silencio, apretando con fuerza el arco entre sus manos.

—Pero no es sólo eso, ¿verdad? —añadió el elfo.

Spica lo miró a los ojos un instante, pero luego apartó la vista.

—El hecho es que, verás...

Pero no le dio tiempo a terminar la frase, porque sus ojos percibieron una sombra moviéndose rápidamente por detrás de Pavesa, que dormía plácidamente. Se puso en pie de un salto, empuñando el arco con la flecha ya cargada, pero, antes de que pudiera hacer nada, la sombra se había esfumado.

—¿Tú también la has visto? —murmuró.

Sombrío asintió. Sí, él también la había visto.

Luego no sucedió nada más y Spica decidió irse a dormir.

—Estoy muy cansada... —se disculpó.

Sombrío le sonrió, volvió a sentarse y escrutó la oscuridad frente a él.

Unas horas más tarde, Régulus lo relevó. Sombrío se acostó para descansar, pero apenas le había dado tiempo a cerrar los ojos cuando una especie de fuerte susurro, que por un instante sonó particularmente intenso, lo despertó de golpe. Se frotó los ojos y se sentó, pero aquel susurro incomprensible dejó de oírse repentinamente como había comenzado.

—¿Pesadillas? —se burló Régulus.

Él no respondió y se secó la frente, empapada de sudor.

—¿No has oído nada? —le preguntó a su amigo.

Régulus negó con la cabeza. Sombrío suspiró, se tumbó de nuevo y fijó los ojos en el cielo oscuro.

«Qué pesadilla tan rara», pensó, mientras el cansancio volvía a apoderarse de él.

A la mañana siguiente, tras un magro desayuno, reanudaron el viaje. Su estómago protestaba y tenían el ánimo por los suelos. También Sombrío, pese a que nunca había dudado de la brújula de Floridiana, empezaba a temer que no salieran nunca de las Tierras Humeantes.

Por suerte, al poco aparecieron unos arbustos con algunas hojas verdes y el humor del grupo mejoró. Pero el terreno aún era húmedo y blando. Un par de veces, Sombrío, quien, como siempre, iba delante tanteando el camino, estuvo a punto de

caer en pozas que se abrían de improviso ante ellos.

Los chicos avanzaron hasta lo que parecían unos escalones de piedra, bajos e irregulares, que emergían del fango.

Sombrío se detuvo. Lo embistió un viento templado que llevaba olor a hojas. Pero con el viento le llegó otra vez aquella especie de susurro que había oído por la noche y que ahora le pareció hecho de palabras y gritos. Ese rumor confuso lo envolvió y aturdió hasta tal punto que le hizo perder el equilibrio; Régulus lo agarró por un brazo justo antes de que se desplomara.

—¡Necesitas descansar! —le dijo.

La silueta de los arbustos, ahora cercanos, le pareció a Régulus una visión tranquilizadora, sobre todo porque significaba que se acababan los pantanos.

—¡Hemos llegado! —exclamó. Las chicas se apresuraron a acercarse a ellos, pero Sombrío las detuvo y les indicó que guardaran silencio.

—Esperad. ¿No habéis oído?

—¿Oído el qué? —preguntó Robinia frunciendo el cejo.

—Ese sonido, ese... rumor. —Murmuró Pavesa sin saber cómo definirlo.

Sombrío asintió.

—¡Escuchad! —exclamó la oca, saltando hacia adelante con las alas medio abiertas. Y a sus oídos llegó de nuevo el rumor, que creció como una ola hasta que las palabras se volvieron más inteligibles.

También la cabeza de Sombrío se llenó de lamentos, rugidos rabiosos y cantos de muerte.

—¡Orcos! —gimió Pavesa—. ¡Entonan sus canciones de guerra! Se acercan, ¡tenemos que escondernos!

Pero de pronto las voces se fueron diluyendo y acabaron apagándose.

Sombrío recuperó el control.

—No —dijo, mientras en su cabeza aún pululaban palabras confusas—. No están cerca. Veneno no tiembla. No estamos en peligro. Todavía no, al menos.

Y sólo en ese momento, al mirar las caras de sus compañeros, el joven elfo se dio cuenta de que ellos no habían oído nada. Y que no sabían de qué canciones estaban hablando Pavesa y él.



6. Oscuros presagios

A última hora de la tarde llegaron por fin a terreno seco y por la noche ni Sombrío ni Pavesa oyeron las misteriosas voces traídas por el viento. Se encontraban en los límites de las Tierras Humeantes y allí sólo se oían, a lo lejos, los últimos cantos de las ranas de espalda azul, el siniestro rugido de los dragones y el espeluznante ulular de los cuernos de los orcos.

Por fin, los chicos se durmieron.

Cuando la mano de Spica lo despertó con las primeras luces del alba, Sombrío había pasado una noche agitada a causa de extraños sueños.

La chica se llevó un dedo a los labios con expresión cautelosa. Los ojos aún soñolientos del elfo rastrearon el gris paisaje circundante y susurró:

—¿Qué ocurre?

Ella le habló en voz muy baja.

—Otra vez esas sombras. He visto un par de ellas en la niebla. —Y con la punta del arco indicó en qué dirección.

Sombrío captó un temblor de miedo en su voz.

—¿Qué pueden ser? —preguntó mientras echaba un vistazo a los demás, que dormían tranquilos: *Fósforo* se había acurrucado contra un tronco de árbol cerca de Robinia; Pavesa había girado el cuello hasta posar la cabeza sobre su espalda y respiraba plácidamente; Régulus musitó algo en sueños y alargó un brazo.

—Creo que son crepusculares, los murciélagos rojos que hacen de centinelas para las brujas —respondió la chica.

Sombrío recorrió la niebla con los ojos y enseguida descubrió dos llamas rojas. Después, inesperadamente, se convirtieron en cuatro, centelleantes como brasas. Cuatro... ¡Como los malvados ojos de los crepusculares!

Sintió que se le encogía el estómago y alargó la mano para tocar a Veneno, que vibraba ligeramente.

También Spica los había visto.

—Me pregunto por qué no nos han atacado todavía —susurró pasando los dedos por una de sus flechas.

—Quizá nos vigilan.

Ella asintió.

—¿Qué hacemos?

Sombrío apoyó la mano en la empuñadura de Veneno y se puso en pie despacio.

—Hay dos en aquel viejo árbol seco, allá arriba, colgados de las ramas, ¿los ves?

Spica se levantó a su vez y echó una ojeada alrededor, con el rabillo del ojo.

—Y por lo menos otro en el arbusto a tu espalda.

—Si abatimos a uno, los demás nos atacarán o huirán para avisar de nuestra presencia a quién sabe quién.

—Puede que no sean lo bastante numerosos para atacarnos —sugirió Spica.

—Veneno tiembla levemente. ¿Podrás encargarte por lo menos de uno de los dos antes de que alcen el vuelo?

Ella los observó.

—Quizá de ambos, si el segundo no es demasiado rápido... Pero el tercero está a mi espalda y echará a volar en cuanto hiera a los otros.

—De ése me ocupo yo —murmuró Sombrío—. Pero tendré que acercarme para poder alcanzarlo con Veneno.

Spica sacó otra flecha del carcaj. Sombrío se movió y dio la espalda al crepuscular del arbusto. De pronto, dio la señal:

—¡Ahora!

Sólo un instante después, los brazos de Spica ya estaban tensos; la cuerda del arco vibró y la primera flecha salió disparada; y mientras ésta aún volaba, una segunda flecha traspasó la niebla. En ese preciso momento, la chica oyó un chillido maligno a su espalda. Se volvió justo a tiempo para ver el reflejo verde de Veneno relucir a la luz del alba.

La espada cayó y tajó, pero otro murciélago salió entonces de los arbustos y se precipitó sobre ellos. Spica disparó otra flecha y lo abatió.



Aterrorizada, se preguntó cuántos crepusculares quedarían aún escondidos en los alrededores, pero ningún movimiento más agitó los arbustos.

Segundos después, todo estaba en silencio. Los otros dormían aún y no se habían percatado de nada. Sombrío buscó los ojos de Spica y ella los de él.

—¿Estás bien? —le preguntó el elfo.

La chica asintió en silencio, luego alzó el rostro al cielo y les dio las gracias a las estrellas, que estaban desapareciendo a la débil luz del alba.

—¿Qué? —exclamó Robinia, alarmada, después de que Spica les contara a los demás su enfrentamiento con los crepusculares.

El aire era fresco y el cielo, libre ya de los vapores de las Tierras Humeantes, se veía despejado y límpido.

—Probablemente estaban de guardia en los pantanos —murmuró Pavesa con un estremecimiento.

—Bueno, ahora ya no —dijo Sombrío.

—Mejor así. —Trató de darse ánimos Robinia.

Reemprendieron el viaje. Avanzaban trabajosamente, abriéndose camino entre arbustos resecos y nudosos, casi desprovistos de hojas, que les arañaban las manos y los brazos, por un terreno que se volvía cada vez más árido. Sólo *Fósforo* parecía a sus anchas y se escurría ágilmente bajo las ramas, olfateándolo todo con curiosidad, como si no hubiese ningún peligro en aquel lugar desolado.

Aquella noche, en torno al fuego, la atmósfera fue similar a la de una velada cualquiera en cualquier sitio, lejos del peligro. Los chicos rieron y bromearon, y hasta Pavesa tuvo que admitir que se sentía aliviada. Después de todo, habían salido de las Tierras Humeantes. Vivos.



Sombrío decidió hacer el primer turno de guardia y los otros se acostaron. Estaban exhaustos y se durmieron enseguida. También el elfo sentía que le pesaba el cansancio, y estaba a punto de rendirse al sueño cuando creyó oír que alguien lo reprendía. Se enderezó y atizó brevemente el fuego, esperando que el movimiento lo ayudase a mantenerse despierto. Pero al oler el humo se mareó. Confuso, tuvo la impresión de oír de nuevo una voz... Se puso en pie, con Veneno en la mano.

Sólo era el viento. El viento que acariciaba las hojas como una gran mano, con amabilidad. Los arbustos rumoreaban, parecían hablar.

En ese momento, Sombrío reconoció una voz, la misma que ya había oído traída por el viento. Apagó el fuego a toda prisa. La luz desapareció y, con ella, también el consuelo de las llamas. Pero alguien, a quien aquella voz pertenecía, podría descubrirlos y atacarlos. Matarlos.

La voz volvió a dejarse oír otra vez, acompañada del viento, y cantó largamente aquella noche. Sombrío no entendió todas las palabras, pero estuvo seguro de haber oído:

... asesinados, descuartizados,
retorcidos y despedazados,

a ello condenados,
ni muertos ni vivos,
dolientes y míseros...

Si de verdad aquello era un canto de orcos, entonces debían de estar cerca. Sombrío echó una ojeada a sus amigos, que seguían durmiendo. Mejor no despertarlos, pensó.

7. La Senda de los Huesos



N los días siguientes, los chicos procedieron con cautela. Encontraron bayas comestibles e incluso huevos de codorniz, y llenaron sus macutos cuanto pudieron.

Pese a los temores de Sombrío, el viaje fue tranquilo. Casi se habían acostumbrado a los rugidos monstruosos de los dragones y a las negras columnas de humo que se alzaban hacia el este y rayaban el cielo como arañazos, y ni Sombrío ni Pavesa oyeron esos días los susurros y cantos que los habían turbado. Así que los ánimos se serenaron y hasta las amenazas que anunciaba la profecía de Enebro parecieron volverse distantes e irreales.

A última hora de la tarde, fatigados, pararon a descansar y se sentaron en unas grandes piedras que bordeaban el sendero.

Sombrío aprovechó para adelantarse a explorar. Estuvo alejado de los demás sólo unos minutos, pero al regresar se lo veía taciturno y tenso.

Nadie se percató. Nadie salvo Spica, que notó cómo la estrella de la frente del joven elfo no relucía, señal de que estaba preocupado. Pero, antes de que pudiera preguntarle nada, Sombrío dijo:

—He encontrado la Senda de los Huesos.

Tras estas palabras, se hizo un silencio cargado de ansiedad.

—¿Dónde? —preguntó Pavesa.

—¿Qué dice la brújula, tenemos que pasar por ella? —Se sumó a la pregunta la voz de Régulus.

Sombrío fijó sus ojos en los de sus amigos.

—Sí —contestó con un suspiro—. Primero los he tomado por ramas, porque estaban amarillentos, astillados y medio enterrados, pero enseguida me he dado cuenta de que eran huesos. Entonces he mirado mejor y he visto lo demás.

—¿Lo demás? —preguntó Pavesa con los ojos rebosantes de inquietud.

Él asintió.

—Restos de armaduras y flechas rotas. Un escudo rajado y herrumbroso. Un viejo puñal con la punta mellada... Quizá las tropas de Sanguijuela pasaron por aquí.

—Qué monstruosidad —dijo Robinia.

—«Por la senda de los huesos abandonados...», como decía la profecía de Enebro —murmuró Spica más bien para sí.

Sombrío volvió a asentir.

—Forman una especie de camino...

—¿Tienes intención de que lo sigamos? —preguntó la chica.

—Sí. La brújula señala en esa dirección.

Régulus percibió terror en las caras de Robinia, Pavesa y Spica: recorrer ese camino significaba correr el riesgo de encontrarse con la muerte de infinitas patas.

—Bueno, si tenemos que pasar, lo

mejor es hacerlo de prisa... ¿Hacia adónde conduce? —preguntó Régulus.

—El camino desaparecía bajo los arbustos, hacia los árboles —contestó Sombrío indicando el noroeste.

Spica sacó de su macuto las provisiones que habían reservado para aquel día.

—Bueno, la dirección parece la adecuada, debería llevar a los Espejos de las Hordas. Está decidido, pues; seguiremos la Senda de los Huesos. Ahora, lo mejor es comer. Luego dormiremos bien y mañana por la mañana afrontaremos lo que haya que afrontar —dijo con determinación.

—¡Por fin algo de sentido común! —aprobó Régulus con una sonrisa—. ¿Qué tenemos para llevarnos a la boca?

—Setas colmenilla, bayas y algún espárrago del pantano.

—Bueno, he comido mejor, pero ¡menos es nada! —exclamó su hermano, estallando en una carcajada contagiosa.

A la mañana siguiente, el grupo reanudó el viaje y muy pronto llegaron a la Senda de los Huesos.

Spica palideció al ver el macabro espectáculo.

—Según vosotros, ¿qué puede haberles hecho esto a los orcos? —preguntó.

Pavesa movió las alas.

—A saber.

La jornada fue larga y extenuante. El sendero no les deparó ninguna sorpresa desagradable, aunque la cantidad de huesos fue creciendo y al final no pudieron evitar avanzar pisándolos mientras producían un lúgubre crujido.

A media tarde, el camino empezó a subir y los arbustos dieron paso a árboles, pero, por más que mirara a su alrededor, Robinia no lograba avistar ni pájaros, ni ardillas ni ningún otro animal. A pesar de que toda aquella vegetación la hacía sentirse como en casa, el extraño silencio reinante y aquella quietud irreal le ponían la carne de gallina. Pero no dijo nada.

Hasta última hora de la tarde, cuando ya caía la oscuridad, no notaron que había un extraño resplandor en los huesos. Sombrío se agachó para observarlos mejor y descubrió que estaban recubiertos por una pátina tersa y reluciente.

—¿Es escarcha? —preguntó Régulus.

La oca negó con la cabeza, y otro tanto hizo Sombrío.

—No, me parece que no, pero no sabría decir qué es.

Los chicos reanudaron la marcha en fila india. Empezaban a estar cansados, pero no se detuvieron. Antes de que la oscuridad fuera total, llegaron a lo alto de un cerro; al otro lado se abría un valle con árboles grises y secos, salpicado de huesos rotos. En



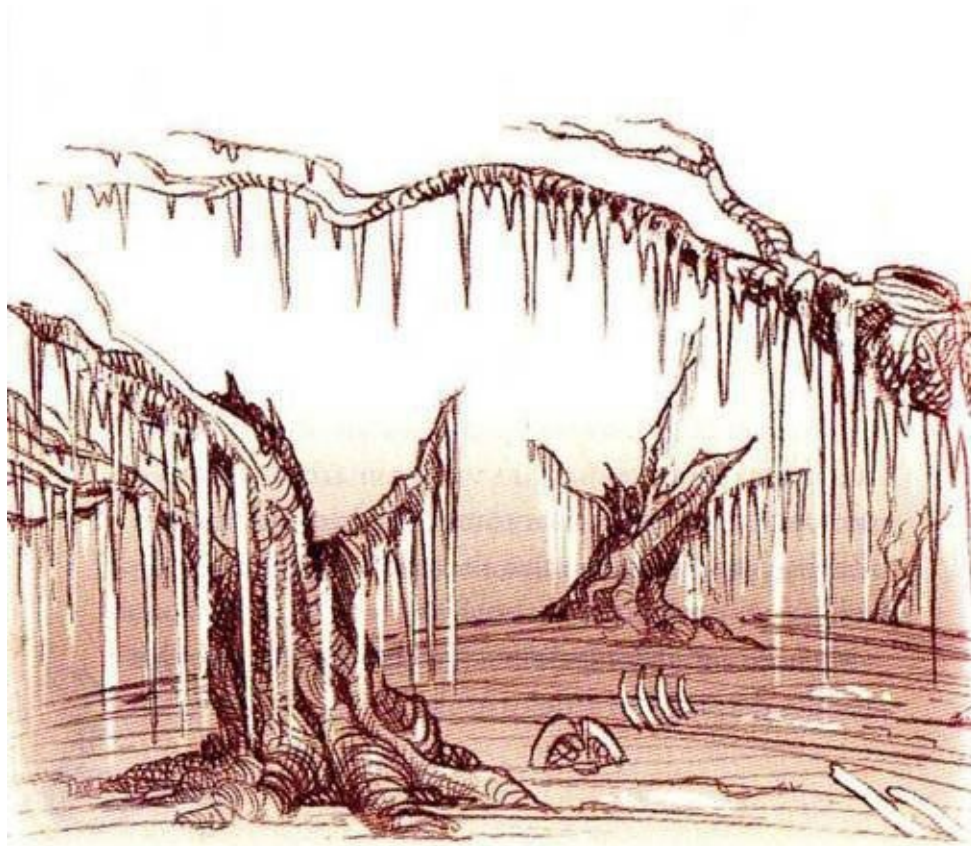
las ramas sin vida brillaban preciosos cristales, semejantes a colgantes de hielo.

Mientras miraban, la última luz del día se apagó y los cristales despidieron reflejos azules.

—Las «gotas heladas...» —murmuró Sombrío, fascinado y asustado al mismo tiempo.

Spica observó los árboles, semejantes a fantasmas grises, y sintió escalofríos.

En su fuero interno, los chicos se arrepintieron de no haberse detenido antes.



8. La muerte de infinitas patas

Lectulandia

OMBRÍO se dio cuenta de que, igual que él, sus amigos se habían quedado sin aliento. El espectáculo que se presentaba ante sus ojos, por incomprensible y en cierto modo inquietante que fuera, ejercía sobre ellos una extraña fascinación.

Un ruido a su espalda lo hizo volverse. *Fósforo*, acurrucado en la rama de un árbol, saltó a su hombro y olfateó el aire.

—Bueno, aquí es donde nacen las «gotas heladas» de la profecía, no cabe duda —dijo *Pavesa*, alargando el cuello para ver mejor, mientras las mil luces centelleantes del valle se reflejaban en sus ojos.

—Lástima que no nos haya dicho también qué son y sí debemos mantenernos alejados de ellas... —murmuró *Robinia*. Aquellos reflejos lunares le daban una expresión extraña a su cara.

—Por la cantidad de huesos que hay en este lugar diría que, en todo caso, lo mejor es tener los ojos bien abiertos —dijo *Sombrío*, que luego añadió—: Veneno no vibra, así que no debe de haber peligro, al menos por el momento.

En ese instante, en el silencio nocturno resonó un rugido de dragón, inquietante y melancólico, seguido de un extraño ulular, quizá de otros dragones.

—¿Y si la muerte de infinitas patas fuese un dragón? —susurró *Spica*.

Todos callaron, y aquel rugido áspero y casi doloroso cortó el aire otra vez.

—Por hoy nos detendremos aquí, mañana bajaremos al valle —decidió *Sombrío*—. Tenemos que descansar, comer algo y esperar a que pase la noche. Sería imposible continuar ahora, con la oscuridad no veríamos dónde ponemos los pies.

Spica se quedó atrás con *Sombrío*, que la tranquilizó:

—Veneno no tiembla, ya verás como todo va bien.

Fósforo saltó de su hombro y echó a andar delante de todos olfateando con curiosidad cuanto encontraba. *Spica* trató de sonreír. En realidad, y aunque se esforzaba por demostrar cierta tranquilidad, también *Sombrío* estaba preocupado.

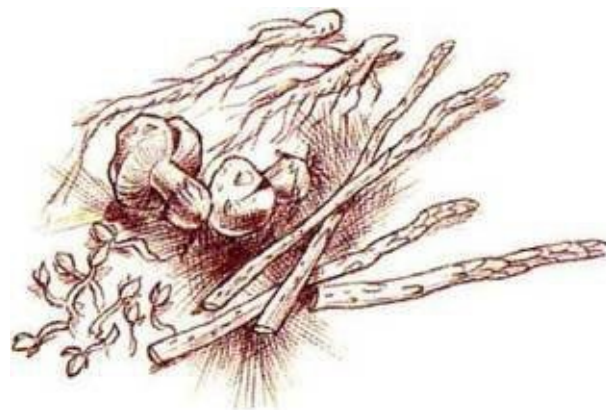
Para cenar comieron más insípidas setas colmenilla a la brasa, los últimos espárragos de pantano, algunos brotes y pequeñas raíces blancas, terriblemente amargas, que habían encontrado por la tarde en los márgenes de la Senda de los Huesos. Después, *Sombrío* le pidió a *Spica* que contara una historia, con la esperanza de que eso la distrajera de sus negros pensamientos. La chica apartó los ojos de los cristales, que se habían vuelto más brillantes al hacerse más intensa la oscuridad, y suspiró.

—¿Qué historia queréis oír?

Tras una breve discusión, eligieron la leyenda del Príncipe de la Estrella Negra y la Princesa de la Estrella Blanca, un viejo cuento que hablaba de la fundación del Reino de la Estrellas y de un amor

prohibido.

A Robinia le encantó, pero a quien más impresionó fue a Pavesa, que se quedó mirando a Spica durante todo el cuento con el corazón en un puño y los ojos desorbitados, sin poder creerse que una simple historia pudiera provocarle tantas emociones.



Al terminar Spica, Régulus dijo que haría el primer turno de guardia y todos los demás se abandonaron al sueño.

Régulus se embelesó contemplando las gotas, tan bellas, luminosas y cambiantes, y el tiempo fue pasando lentamente en la noche silenciosa.

Sombrío abrió los ojos despacio. Era muy entrada la noche. El resplandor azul de las gotas heladas lo llenaba todo de reflejos celestes.

La temperatura era tan baja que se arrebujó en su capa, temblando. Luego, el pensamiento de que también los otros podían tener frío lo despertó del todo: podía darle su capa a Spica, o bien a Robinia, que era terriblemente friolera. A él se le pasaría en cuanto se pusiera en pie.

Así que se estiró. Las ramas cristalizadas centellearon sobre su cabeza. Parpadeó y dejó entrar el aire gélido en sus pulmones, para espabilarse. Y en ese instante tuvo la impresión de que había algo que no iba bien...

Oyó un extraño crepitar y después un repiqueteo. Con el rabillo del ojo vio moverse una sombra. Un movimiento rapidísimo, pero suficiente para percibirlo.

Sólo entonces recordó que había dormido con Veneno apretada entre sus brazos, con la esperanza de que lo avisara en caso de peligro. Y se dio cuenta, con horror, de que no había sido el frío lo que lo había despertado, sino la vibración de la espada. ¡Estaban en peligro!

Con esfuerzo, logró conservar la calma y volvió despacio la cabeza en la dirección en que le parecía haber visto moverse la sombra. Era inútil reaccionar instintivamente sin saber dónde estaba el peligro y, sobre todo, qué era. Un grito y sus amigos podían ser liquidados... Volvió los ojos hacia ellos; bien, todavía dormían. *Fósforo* roncaba sereno; Robinia y Spica estaban tendidas una cerca de la otra y parecían descansar tranquilas.

Aliviado en parte, Sombrío trató de respirar con regularidad. Alargó la mano para aferrar de nuevo a Veneno y buscó a Régulus con los ojos: su amigo seguía allí, sentado donde lo había dejado horas antes, pero con su cabeza rubia hacia arriba y la mirada absorta. Parecía que no hubiese ocurrido nada, que ni siquiera hubiese pasado el tiempo.

Oyó de nuevo un crujido y notó un leve movimiento en los huesos al pie de los árboles.

Y entonces lo vio. Una especie de repugnante ciempiés, mucho más grueso que

un brazo y con un caparazón amarillento, llegó hasta la capa de Régulus y se detuvo un instante para luego alzar su cabeza plana y mover sus largas antenas junto al chico como si lo estuviera... catando.

Detrás de uno de los árboles sonó otro crujido y Sombrío se sintió desfallecer. La muerte de infinitas patas..., ¡aquello era a lo que Enebro se refería en su profecía! No habría podido encontrar mejor nombre para describir a aquellas horribles criaturas que se deslizaban sobre sus patitas repiqueteantes, colándose por todas partes.

Tragó saliva y trató de pensar lo más de prisa que pudo. Pero cuando el gusano cercano a la capa de Régulus se movió y trepó ágil y ligero por su brazo, no pudo esperar más.

Apretó los dientes y, con un grito mudo, se puso en pie. Desenvainó rápidamente la espada, la volteó y la dejó caer. La hoja fue tan veloz que la criatura ni siquiera se dio cuenta. Su cabeza se separó del cuerpo y rodó por el suelo, salpicando de espuma grisácea la capa de Régulus.

—¡Eh! —Se recobró éste con un sobresalto, como si se despertara en ese momento.

—¡Estamos rodeados de monstruosos ciempiés! —gritó Sombrío mientras otros largos cuerpos cilíndricos asomaban desde detrás de los árboles.

Régulus se dio cuenta entonces con horror de qué era lo que le había corrido por el brazo y echó mano a la ballesta al tiempo que se ponía en pie.

También las chicas se despertaron, sobresaltadas. Robinia gritó, tratando de sacudirse un ciempiés que tenía en la bota y Spica golpeó con el codo a uno a punto de atacar a *Fósforo*, que se escondió entre los pliegues de su capa.

Sombrío ordenó:

—¡El fuego! ¡Encended fuego!

—¡Apartaos de ahí! —les gritó desesperadamente Régulus a Robinia y a Pavesa.

Por encima de ellas, un ciempiés estaba bajando por las ramas de un viejo árbol cristalizado. La oca gritó y, con un rugido, Sombrío saltó hacia adelante y descargó a Veneno sobre la horrible criatura cortándola por la mitad. Robinia se apartó justo a tiempo para evitar que el cuerpo del ciempiés la golpeará y recibió una lluvia de gemas de cristal que se habían desprendido del árbol como vidrios rotos.

—¡El fuego! —dijo otra vez Sombrío—. ¡Quizá las llamas los espanten!

Pavesa abrió las alas y, con una de sus brujerías, arrojó lejos a un par de ciempiés, que aterrizaron totalmente aturcidos.

Spica se arrastró entonces hasta la hoguera y trató de encenderla, pero las manos le temblaban demasiado. Por suerte, en aquel momento *Fósforo* acudió en su ayuda: asomó de la capa y envió una espesa bola de fuego verde sobre las ramas apagadas. Las llamas prendieron en la madera y centellas de color rubí brotaron por todas partes.



Los reflejos de las gotas heladas se volvieron de un rojo intenso y, entre chillidos amenazadores y malignos, las horribles criaturas se detuvieron, dudando y agitando las antenas frenéticamente.

A la luz de las llamas, los jóvenes vieron entonces con horror que el valle era una infinita e hirviente extensión de cuerpos planos y coriáceos, de patas y antenas en movimiento. Spica no logró contener un grito.

9. Susurros y troncos



IENTRAS Sombrío tajaba por la mitad a otro ciempiés, y la estrella de su frente fulguraba con una luz casi cegadora, Régulus agarró uno de los tizones ardientes y lo esgrimió a su alrededor, rugiendo.

—¡Fuera, alimañas! ¡Fuera!

Como si lo hubieran comprendido, los ciempiés giraron sus cuerpos amarillentos y, en espirales vertiginosas de patas revolucionadas, se esfumaron tal como habían aparecido. Los chicos, aún temblorosos por el peligro que habían corrido, se quedaron inmóviles largo rato.

—También en los bosques de mi reino existen los ciempiés, pero, en comparación, éstos crecen muchísimo más. —Rompió finalmente el silencio Robinia.

—Hemos estado a una pluma de... —suspiró Pavesa, echando un vistazo a la estrella refulgente de la frente de Sombrío.

Régulus, con el tizón aún en la mano y la respiración jadeante, se volvió para mirar a los demás.

—La muerte de infinitas patas... de eso se trataba. Y yo ni siquiera me he dado cuenta, pese a estar de guardia —dijo para sí, trastornado. Luego, mirando a Sombrío, añadió—: Si no te hubieras despertado...

—La culpa no es tuya, sino de esos cristales —le respondió su amigo—. Cuando he abierto los ojos, he visto que los estabas observando y parecías como... hipnotizado. Procuremos no mirarlos mucho.

—Cristales con poderes hipnóticos... —murmuró Régulus.

—Y tratemos de dormir un poco —añadió Sombrío, esbozando una sonrisa—. Faltan por lo menos dos horas para el amanecer y es mejor emprender el camino descansados.

El otro asintió con aire abatido, se sentó y apoyó la cabeza en un viejo tronco.

—Siempre que ahora pueda pegar ojo...

Ninguno de ellos podía evitar lanzar ojeadas a las ramas engarzadas con cristales luminosos, pero apartaban enseguida la mirada. Sombrío recogió algunas de las gotas heladas hechas añicos y se las metió en el macuto. Cuando Pavesa le preguntó por qué, respondió encogiéndose de hombros.

—Tal vez puedan servirnos.

En realidad, no sabía para qué. Había sido un impulso.

—Buena idea, dan luz —asintió Robinia.

Spica se acercó.

—Parece que sea esa espuma que sueltan los ciempiés la que crea las gotas —observó, haciendo revolotear su capa, en la que se había incrustado aquella masa grisácea. Luego añadió—: Aquí deben de haber muerto centenares de orcos.

—Sí —dijo Sombrío mirando los huesos que los rodeaban.

—Hemos tenido suerte —comentó Pavesa.



El joven elfo suspiró.

—Esperemos para alegrarnos, todavía no hemos salido de aquí. —Y acarició la empuñadura de Veneno.

La espada todavía vibraba, pero muy débilmente.

Cuando el sol despuntó por encima del manto verde de las colinas y la luz se derramó sobre el valle de los ciempiés, los chicos reanudaron la marcha. Nadie quería quedarse más tiempo en aquel lugar. Mientras se iban, todos se volvieron al menos una vez con la impresión de que los observaban. Pasada la Senda de los Huesos, en la dirección que señalaba la brújula de Floridiana, el camino volvió a empinarse y la vegetación pronto se volvió verde, con muchos árboles.

El sol penetraba por el techo de hojas oscuras y se filtraba entre las ramas. A trechos, el suelo se veía cubierto aún de huesos, señal de que aquellas horribles criaturas habían llegado hasta allí persiguiendo a sus presas. Luego, poco a poco, los macabros restos desaparecieron y con ellos también la sensación de ser vigilados. Veneno dejó de vibrar repentinamente y empezaron a oírse los sonidos del bosque, el rumor de la fronda y los gorjeos de los pájaros.

Era primavera y allí el calor ya no era húmedo y espeso como en las cercanías de los pantanos, sino seco y abrasador.

Desde el punto elevado en que se encontraban podían vislumbrar, al este, una verde meseta que caía en picado sobre el mar de los Vientos Tempestuosos, donde los acantilados se erguían blancos contra las olas. Sin embargo, en aquel paisaje de belleza sobrecogedora el Ejército Oscuro había construido sus puertos, de los que zarpaban barcos cargados de provisiones y de orcos que marchaban a la conquista de islas desconocidas. A esos mismos puertos arribaban embarcaciones repletas de cajas cerradas y selladas que contenían huevos de dragón procedentes de los reinos más remotos conquistados por las brujas. Al menos, eso era lo que había descubierto Pavesa en su breve estancia en aquel reino.

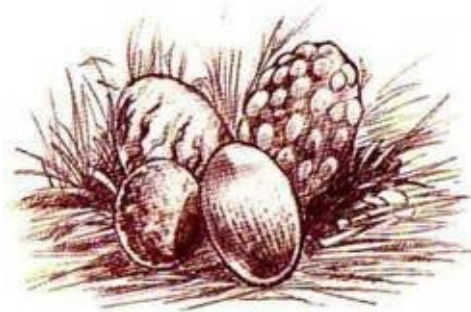
La oca también les contó a los chicos experimentos que hacían con los dragones:

—No se limitan a criarlos. La Reina Negra pretende tener dragones fuera de lo común para sus tropas: fuertes, terribles, monstruosos y... obedientes.

—¿Obedientes? —repitió Régulus con una carcajada—. Pero ¡si los dragones son famosos precisamente por ser criaturas independientes y libres!

Fósforo levantó la cabeza y resopló en señal de aprobación. Pavesa añadió:

—No obstante, los antiguos caballeros de la rosa cabalgaban sobre ellos... La



Reina Negra quiere algo parecido, creo.

Spica sacudió su rubia melena con una sonrisa triste.

—No lo conseguirá. Esos dragones eran criaturas especiales, ligadas a los caballeros por una relación de aprecio y hermandad... Las brujas jamás podrían obtener una confianza semejante.

—Pero son capaces de torturar y amenazar. Y, créeme, con sus métodos también pueden ser convincentes —dijo Pavesa.

—¿Tú viste algún dragón cuando llegaste aquí? —le preguntó Robinia.

—Sí. Cuando me llevaban al campo de los orcos, después de capturarme, pasamos junto a un claro donde los adiestraban... Fue una visión horrible.

—¿Y qué tipo de experimentos hacen? —volvió a preguntar Sombrío.

—Intentan cruzar las diversas razas para obtener dragones con características distintas. Por ejemplo, con cuello largo lleno de espolones, como los dragones rojos, y sople venenoso como los negros. Y con alas más grandes. Nidadas enteras son criadas para convertirse en cabalgaduras fuertes, despiadadas y obedientes sólo a su dueño.

Cuando la voz de la oca se apagó, el grupo caminó un rato en silencio.

Pavesa sentía que se le encogía el corazón cada vez que hablaba de los dragones; como ellos, también había conocido la prisión. Y la soledad. Recordó las largas noches en el Reino de las Brujas, pensando en su familia, a la que no había conocido. Ahora, en cambio, por primera vez en su vida, ya no se sentía sola. Aquellos elfos la comprendían. Así que, casi sin darse cuenta, los ojos se le llenaron de lágrimas y se volvió para que no la vieran llorar. Un borbotón de sentimientos demasiado tiempo reprimidos le brotó del pecho y volvió a pensar en su madre, que había muerto en la esclavitud...

«¡No es justo!», se dijo. Y en ese momento, más resuelta que nunca, se reafirmó en su decisión de luchar contra las brujas mientras le quedara aliento en el pecho y fuerza en los músculos. ¡Lucharía por sí misma y por todos aquellos que estaban presos!

Los chicos se detuvieron para comer un bocado y hacer un breve alto, luego prosiguieron. Recogieron más setas, bayas, algunas raíces y, con el ánimo más ligero que la tarde anterior, saboreaban anticipadamente el descanso de aquella noche. También Sombrío se sentía mejor, pero de repente, mientras sus amigos discutían sobre cómo cocinar aquellos pocos alimentos que parecían un gran tesoro, se sobresaltó.

Oyó un rumor... Escuchó atentamente: lo oyó de nuevo, y esta vez le pareció que no era sólo un rumor, sino un susurro, como si alguien le murmurase al oído. Se quedó a la espera mientras Pavesa, como de mutuo acuerdo, se acercaba a él dejando a los demás discutiendo de raíces y cocina.

—¿Tú también lo has oído? —le preguntó ella.

El joven asintió. La voz cesó y ambos reanudaron la marcha, con los sentidos

alerta y los ojos escrutando los claroscuros del bosque. No les dijeron nada a los demás para no preocuparlos y porque no habrían sabido qué decirles.

A la puesta de sol, la tupida arboleda dio paso a una extensión de troncos blancos y delgados, con pinceladas de rayas más oscuras que dibujaban imágenes extravagantes. Las copas de hojas verde claro crecían hacia lo alto y dejaban ver aquí y allá el cielo, que empezaba a oscurecerse.

Sombrío se paró.

—Abedules...

—Acampamos aquí, ¿verdad? ¡Adoro los abedules! —exclamó Spica acercándose a Sombrío con una gran sonrisa.

Él asintió, de modo que la chica eligió el que le pareció el mejor sitio y se quedó observando a los demás, que se pusieron a encender el fuego.

Pese al cansancio, Pavesa no conseguía permanecer sentada, y seguía lanzando vistazos a su alrededor. Al final, se acercó a Sombrío con sus andares bamboleantes.

—Quizá sólo nos lo hemos... imaginado... —le susurró.

Él negó con la cabeza.

—¿Ambos?

—¿Por qué no? Además, Veneno no tiembla, ¿no? —dijo la oca.



Sombrío iba a darle la razón, cuando *Fósforo* lanzó una llamarada sobre las ramitas que Robinia y Régulus habían recogido.

Y entonces volvió a ocurrir. En un instante, la voz que llegaba a sus oídos chilló. Y a ella se sumaron otras, más fuertes, que aumentaron de intensidad, como una multitud que gritara de dolor. La sensación lo hizo desfallecer, hasta el punto de tener que taparse los oídos y, con un gemido ronco, cayó hacia adelante sin sentido.

Pavesa gritó:

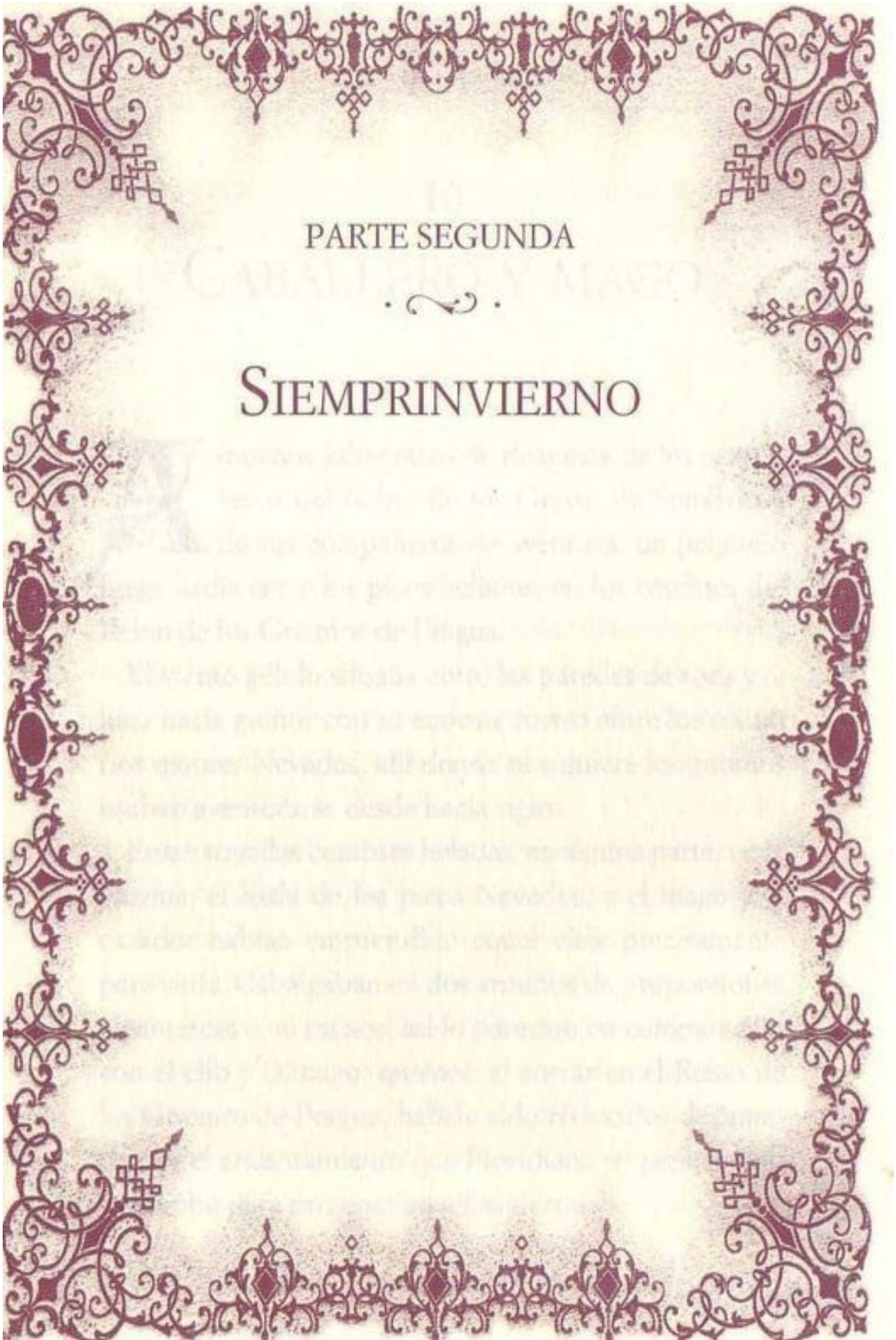
—¡Apagad el fuego! ¡Rápido, rápido!

Luego, también ella se desplomó.

Las ramas de abedul susurraron y se movieron con voracidad. En las mentes de Sombrío y de Pavesa resonaban voces que gritaban:

... ¡extirpa y desmiembra, ahoga y quiebra a aquel que con el fuego el bosque desprecia!

Muerde y destroza, descuartiza y trincha a quien con el acero la madera aflige...



PARTE SEGUNDA

• ~ •

SIEMPRINVIERNO

10. Caballero y mago



muchos kilómetros de distancia de los acantilados del Reino de los Orcos, de Sombrío y de sus compañeros de aventura, un pequeño fuego ardía entre los picos helados, en los confines del Reino de los Gnomos de Fragua.

El viento gélido silbaba entre las paredes de roca y la luna hacía guiños con su enorme rostro entre los solitarios montes Nevados, allí donde ni siquiera los gnomos osaban aventurarse desde hacía siglos.

Entre aquellas cumbres heladas, en alguna parte, vivía Nevina, el hada de los picos Nevados, y el mago y el cazador habían emprendido aquel viaje precisamente para verla. Cabalgaban en dos armiños de proporciones gigantescas o, al menos, así lo parecían en comparación con el elfo y el mago, quienes, al entrar en el Reino de los Gnomos de Fragua, habían sido reducidos de tamaño por el encantamiento que Floridiana en persona había hecho para proteger aquellas tierras.

El armiño de Stellarius, Mordiente, y el del cazador estaban tumbados en la nieve con las orejas tiesas. La fría luz de la luna brillaba sobre las paredes de hielo y se mezclaba con los reflejos cálidos de la fogata en torno a la cual estaban sentados, silenciosos, los dos viajeros.

Habían hablado poco hasta entonces, e incluso en ese momento cada cual estaba sumido en pensamientos lejanos y oscuros. De improviso, el mago reavivó el fuego y dijo en voz baja:

—Así pues, conoces a Nevina.

El cazador asintió y alzó los ojos.

—Nunca la vi entre las hadas de la corte... ¿Cómo la conociste? —le preguntó el mago.

El elfo apretó los labios, luego suspiró y comenzó a contar:

—Me ayudó. Hace mucho tiempo. Pero la conocí por casualidad. —Sus ojos negros relucieron a la luz del fuego—. Me salvó la vida. La primera vez que la vi, entre estas montañas, creí que era un espejismo, un reflejo del hielo... —dijo suspirando—, creía que estaba muerto. Pero, si quieres conocer toda la historia, es mejor que vaya por orden. Me hallaba lejos cuando la isla de los Caballeros fue atacada y destruida. Estaba en una misión en una de las islas de los mares Septentrionales, junto con mi maestro, Brazofort, que hacía poco me había nombrado caballero y lugarteniente suyo... Nos dimos cuenta de que debía de haber ocurrido algo grave, porque nuestro comandante no respondía a las misivas. Entonces regresamos, sobrevolando durante días el océano, y cuando avistamos desde lejos la isla de los Caballeros ya era demasiado tarde. —Hizo una pausa y luego continuó—: La isla donde caballeros y dragones eran adiestrados desde hacía siglos estaba... muerta. La última vez que la había visto estaba llena de voces y colores, pero lo que entonces se presentó ante mis ojos no lo olvidaré jamás.

El fuego crepitó y el cazador agachó la cabeza.

—¿Habían sido las brujas? —preguntó Stellarius.

El elfo asintió.

—Esas terribles criaturas sin corazón habían destruido e incendiado el puerto del golfo Azul; los barcos se recortaban como esqueletos negros contra el azul brillante del mar. De las casas de madera de los pescadores no quedaba casi nada. Sólo la Ciudadela de los Caballeros, con sus casas excavadas en la piedra oscura, parecía intacta, pero también de ella se alzaban preocupantes hilos de humo. Mientras sobrevolaba la isla tuve la impresión de que había supervivientes. Había gente por la calle... Reconocí al viejo Sexto, el zapatero, a la vivaz Güendalina, con su cesto de pan, a algunos caballeros y escuderos... Por un momento, tuvimos la esperanza de que estuvieran vivos. Pero nos engañábamos.



La voz del cazador, rota de dolor, tardó un instante en retomar el relato.

—Cuando nos acercamos, nos dimos cuenta de que las figuras que habíamos avistado desde arriba estaban inmóviles, grises..., ¡convertidas en frías estatuas de piedra! Personas que en otro tiempo habían cantado, hablado y reído juntas... ahora carecían de vida. Había ocurrido mientras estaban atareadas en sus labores cotidianas, como si una gran mano las hubiese paralizado.

—Un hechizo repentino... Insólito en las brujas —murmuró Stellarius arrugando el entrecejo.

—No sabría decir, Pero la última esperanza de que hubiera supervivientes nos fue arrebatada en un momento, cuando descubrimos unas siluetas moviéndose en el interior de la muralla. Llevaban largas túnicas, sus cabellos ondeaban como serpientes hambrientas y tenían los ojos vacíos...

¡Brujas! —Gruñó, cerrando los puños como si estuviera refrenando toda la rabia y el dolor que aún experimentaba—. Creo que buscaban algo —siguió contando—, pero no logramos saber de qué se trataba, porque nos vieron. Empezaron a lanzar contra nosotros toda clase de sortilegios, luego alzaron el vuelo y mi maestro ordenó que nos retiráramos. Sólo en ese instante me di cuenta de que si la isla de los Caballeros había caído, ¡también el resto del Reino de la Fantasía debía de estar en grave peligro! Nosotros dos, con sólo dos dragones, jamás podríamos batir a aquella horda furiosa de brujas. Luchamos, luchamos desesperadamente... Acabamos con algunas, pero no las suficientes —el rostro del elfo se contrajo en una expresión más dura—, y las brujas muy pronto se volvieron demasiado numerosas. Incluso nuestras armaduras, hechas para resistir los encantamientos más potentes, se agrietaron y el yelmo que yo llevaba se rajó por la mitad. Mi dragón, Alicante, fue alcanzado y, si no hubiese sido por Fulminante, el dragón de mi maestro, habría

muerto; me precipitaba cuando él se lanzó en mi rescate y me recogió con sus poderosas alas.

Un breve silencio se hizo en las montañas. Luego, el cazador prosiguió su triste historia:

—Nos persiguieron hasta que sobrevolamos montañas que yo no conocía, donde nos engulló una tormenta de nieve. Creo que nos dieron por muertos. Y en verdad estábamos más muertos que vivos. Mi maestro estaba herido de gravedad, Fulminante estaba cansado y aterrorizado, y, por si fuera poco, empezó a formarse hielo en el borde de sus alas. Yo mismo estaba herido y no veía bien a causa de la nieve y de la sangre que me caía sobre los ojos. Caímos en picado. «Éste es el fin de todo», pensé. Pero me equivocaba.

—Hum... habíais llegado a estas montañas, ¿verdad? —le preguntó Stellarius.

—Sí, exacto. Recuerdo la sensación de estar cayendo, ver a mi maestro que salía despedido de la silla, el viento áspero, la nieve, el hielo, las ramas de los árboles, las rocas cortantes y el impacto contra el suelo. Abrí los ojos y miré alrededor buscando a Brazofort, pero fue en vano... Luego... luego no recuerdo nada más que un rostro dulce y luminoso, dos ojos de límpido cristal que me miraban fijamente y manos frías que me daban la vuelta en la nieve. Pensé que era una bruja que nos había alcanzado, pero incluso en mi confusión me di cuenta de que no podía serlo.

—Nevina —murmuró Stellarius atizando el fuego.

El cazador asintió de nuevo y calló largo rato.



—Fue ella la que me salvó... Me llevó a su morada, y allí viví algún tiempo, entre los picos nevados, en la Cuna de Siemprinvieno. Me curé totalmente. Y también Fulminante. Nevina es una criatura solitaria y de pocas palabras, pero con ella me sentía a gusto. Era consciente, sin embargo, de que no podría quedarme mucho tiempo. Era un caballero..., quizá el último. Y sentía arder en mi pecho el juramento que hacía poco había prestado a la reina Floridiana: la promesa de

defender a toda costa el Reino de la Fantasía. Así que, cuando llegó el verano, le dije a Nevina que iba a marcharme. Ella me informó de que otros caballeros, pocos, se habían salvado. Le pregunté qué había ocurrido, de qué manera las brujas habían logrado descubrir dónde estaba la isla de los Caballeros y cómo habían podido conquistarla pese a sus protecciones encantadas, pero ella no me dio ninguna respuesta. Sólo me dijo que, pocos meses después de la derrota de nuestra isla, otros reinos habían caído y que yo y los pocos caballeros supervivientes debíamos proteger en secreto algunas de las tierras aún libres; ése sería nuestro cometido. Hasta que llegara el momento de la reconquista.

11. No hay lugar seguro



A noche envolvía al mago y al cazador con su gélido abrazo, del que sólo los aliviaba el calor del fuego.

El elfo siguió contando, con voz cada vez más grave.

—Y así, aunque lo único que deseaba era enfrentarme a las brujas y aniquilarlas, obedecí las órdenes de la Reina de las Hadas. Como me hizo entender Nevina, en aquel momento mi muerte no habría servido para salvar a nadie. Con Fulminante, frenético por volver a surcar los cielos azules, me puse en viaje para llegar al Reino de los Bosques. Allí conocí a otra hada que me ayudó a proteger aquellas tierras...

—Sí, Saltarina —dijo Stellarius serio.

El elfo suspiró y asintió, triste. Luego continuó.

—Durante algún tiempo todo marchó a la perfección. Los bosques y los pacíficos elfos que habitaban en ellos parecían lejos de cualquier amenaza. Me encontraba bien en aquel lugar. Durante un tiempo, casi olvide que una guerra subterránea amenazaba todo el Reino de la Fantasía. Pero ningún sitio es seguro, ya debería haberlo sabido. No habría tenido que olvidar que las brujas tienen ojos en todas partes, no habría debido distraerme...

—No debes sentirte culpable por lo que ocurrió. Está claro que no ibas a dejar de vivir. Y aunque lo hubieras intentado, tú solo nunca habrías podido evitar la invasión del reino por parte del Ejército Oscuro —lo interrumpió Stellarius—. Brujaxa es muy poderosa y había proyectado su plan de conquista hacía tiempo y con sutil astucia...

El cazador no respondió, pero añadió:

—Sé que no fue culpa mía que la isla de los Caballeros fuera destruida, pero sí lo fue que centenares de elfos forestales encontraran la muerte a manos de los hombres lobo y que Fulminante tuviera que sacrificarse para sellar la puerta que conduce desde aquel reino hasta las tierras de los elfos estrellados. No estuve lo bastante alerta...

Stellarius negó con la cabeza.

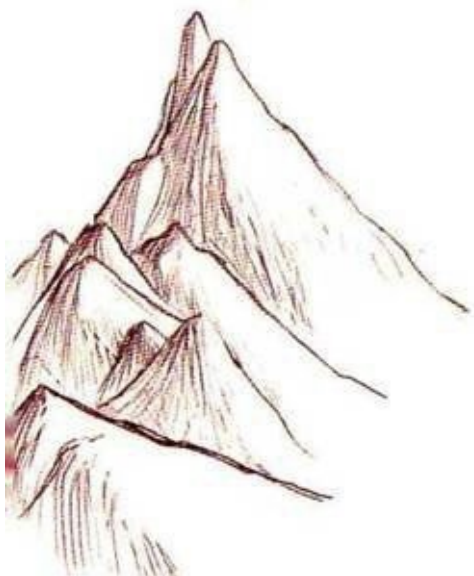
—Ésa no es la verdad. Eso es lo que te repites, consumiéndote en tu dolor. Pero eres demasiado inteligente para no superar de una vez todo eso y mirar adelante. No tienes nada de lo que culparte. Es más, es mérito tuyo que los reinos perdidos ahora tengan una esperanza, porque tú salvaste a Sombrío.

El cazador sonrió con amargura, deslizando nerviosamente los dedos por el puño de la espléndida espada historiada que los gnomos le habían regalado en el momento de la partida.

—Pero por el momento, basta de recordar acontecimientos lejanos —dijo Stellarius interrumpiendo el flujo de recuerdos—. Debes centrarte en nuestra ruta. Sólo tú sabes orientarte en estas montañas y llegar hasta Nevina. Y eso es lo que ahora importa.

El elfo lo miró.

—No es tan sencillo, mago. Si algo aprendí en mi estancia en Siemprinvierno es que las montañas pueden ser muy hostiles. Sobre todo éstas.



Sólo sé que la morada de Nevina se encuentra entre estos picos, en alguna parte..., pero, como te he dicho, nunca he hecho a pie el recorrido e ignoro cuál es el camino que conduce allí, igual que lo ignoran los gnomos.

—Pero te acordarás de algún detalle, ¿no? —insistió el mago, hosco—. Has sobrevolado esta zona, debes de haber entrevisto el sendero marcado en las montañas. —Luego, en tono más conciliador, añadió—: Pero ahora durmamos, mañana nos espera una larga jornada.

El cazador permaneció en silencio mirando las llamas y una extraña luz brilló en sus ojos.

El nuevo día trajo consigo un viento glacial y un cielo de un azul intenso. Stellarius y el caballero, que ya no tenía necesidad de ocultar su identidad bajo la apariencia de un cazador de dragones, se habían puesto en camino con las primeras luces del alba, y ahora avanzaban rápidamente por el camino que discurría por las montañas.

A primera hora de la tarde, empezaron a ascender por un estrecho sendero flanqueado por la pared rocosa y, al otro lado, por escarpados precipicios que se hundían en barrancos aparentemente sin fondo.

A mitad de la subida, los dos viajeros se detuvieron en una plataforma de hielo para que los armiños descansaran. El caballero dio unos pasos en dirección al borde del abismo, escudriñó los alrededores y trató de reconocer algo que lo ayudase a recordar el camino que había visto muchos años antes.

«Es difícil llegar aquí, las montañas me protegen. Sólo quien sabe ver lejos podría alcanzar este lugar y las criaturas de las brujas no ven más allá de su nariz. Por eso estoy a salvo», le había dicho en una ocasión Nevina.

Stellarius se levantó para llegar hasta él, pero nada más moverse se oyó un débil crujido. En la cara del caballero apareció una expresión de alarma.

Se dieron cuenta de lo que iba a ocurrir un instante antes de que ocurriera. Mordiente soltó un grito y se echó para atrás. Fragmentos de hielo, pequeños como esquirlas de cristal, rodaron desde la pared a su espalda, sobrepasaron las botas del caballero y terminaron en el barranco.

Un instante después, la plataforma sobre la que se encontraba el elfo se fragmentó y los pedazos de hielo se revelaron como lo que realmente eran: minúsculas orugas blancas como la nieve, con los cuerpos revestidos de cristales brillantes. ¡Larvas del hielo, pequeñísimos gusanos que vivían en las paredes de las montañas nutriéndose de nieve helada!

El armiño del caballero lanzó un gemido y resbaló de golpe hacia el vacío. Él lo sujetó instintivamente de las riendas, tratando de retenerlo.

Los ojos aterrorizados del animal fueron lo último que vio, mientras también él se veía arrojado hacia adelante, a punto de precipitarse al abismo.

—¡Déjalo! —gritó Stellarius.



Consciente de que no había esperanza para el animal, el elfo soltó las riendas e intentó agarrarse a la pared por la que resbalaba, pero el hielo, agujereado por las voraces bocas de las larvas, era blando y frágil, y resbaló y resbaló, desgarrándose la ropa y arañándose la cara.

Luego, sorprendentemente, se frenó en su caída. Sin embargo, no había aterrizado en ninguna parte, no notaba bajo sus pies ni suelo ni árboles...

—¡Animo, sube! —oyó gritar al mago.

Entonces se dio cuenta de que algo lo sostenía. Al verse envuelto por un resplandor dorado, comprendió que había sido la magia de Stellarius la que lo había salvado.

Acercó la mano a la pared de hielo y encontró una grieta que le sirvió de apoyo para subir.

Un paso, dos, tres... Después, una mano lo agarró por el cuello de la túnica y lo ayudó a alcanzar lo que quedaba de la plataforma helada. El caballero cayó boca abajo en la nieve. Del extremo superior del bastón del mago irradiaba un pálido resplandor.

—Una idea realmente brillante intentar sujetar a un armiño que, a simple vista,

pesa cuatro veces más que tú, para evitar que se despeñe por un abismo. ¿Qué pretendías hacer? —le recriminó Stellarius con su potente voz. Luego, más tranquilo, añadió—: Sé que querías salvarlo, pero no lo habrías conseguido y te habrías condenado a ti mismo.

Mordiente se acercó al elfo y le lamió la cara.

—Han sido las larvas del hielo —refunfuñó él, rabioso, pasándose una manga por el rostro para enjugarse la sangre de los arañazos—. Han sido las que han erosionado y excavado el hielo, haciendo que se desmenuzase.

—Sí. No son especialmente peligrosas en sí mismas, pero sí traicioneras. Se esconden en el hielo. Y no hay modo de percatarse de su presencia salvo cuando es demasiado tarde... —comentó Stellarius.

—Ahora, sin embargo, tenemos un problema, sólo nos queda un armiño —dijo el caballero poniéndose en pie y a continuación sacudiéndose la nieve y el hielo de la ropa.

—Bueno, Mordiente podrá transportarnos a ambos. Reducidos como estamos al tamaño de gnomos, no pesamos demasiado.

El elfo echó un vistazo preocupado a la cuesta que tenían delante.

—Esperemos que podamos llegar lo antes posible —murmuró. Y volviéndose de nuevo a contemplar lo que quedaba de la plataforma de hielo que había sido derrumbada, añadió—: Y que no se produzcan más accidentes.

El mago asintió. Se cubrió la cabeza con la capucha y carraspeó. Luego, sonriendo, dijo:

—¡Vamos, caballero! Ahora ya puedo llamarte así, ¿verdad?

12. El Paso Velado



L viaje por las montañas se hizo más dificultoso. El camino estaba cortado en varios puntos que habían sido sepultados por derrumbes y avalanchas, causados con toda probabilidad por las larvas del hielo.

El tercer día, Stellarius se detuvo y miro hacia el sur. Desde las cumbres en que se encontraban, el espectáculo era, como mínimo, magnífico: la cegadora extensión de cimas nevadas parecía un océano infinito de rocas, nieve y hielo. Se estaba levantando viento y la nieve caída recientemente se alzaba formando espirales granulosas. Pero en la belleza de aquel paisaje el mago notó algo que no encajaba.

Algunas nubes oscuras, poco distantes, formaban una amenazadora muralla de estratos superpuestos.

Agarró por el hombro al caballero y lo obligó a volverse. El rostro del elfo, que aún mostraba las señales de la última caída, pareció ensombrecerse más aún y, entre sus delgados labios, las palabras susurrando como una condena.

—Se está acercando una tormenta de nieve. Sólo nos faltaba eso.

—Las montañas, como tú mismo has dicho, saben ser crueles —comentó el mago. Pero una ráfaga de viento más potente que las demás lo forzó a gritar para que lo oyera. Las nubes transitaban rápidas. Demasiado rápidas. En poco tiempo alcanzarían el lugar donde estaban y verterían su aterradora carga de nieve y hielo sobre los dos indefensos viajeros.

Mordiente soltó un gruñido e hizo ademán de salir disparado.

—No, amigo —lo retuvo Stellarius tirando de la brida y acariciándole el cuello—. Nunca conseguiríamos dejarla atrás, ni siquiera corriendo más veloces que el viento.

—Tenemos que cavar un refugio en la nieve. ¡Es nuestra única esperanza! —gritó el caballero por encima de las ráfagas.

El mago asintió.

—¡Eso puedo hacerlo con mi magia sin ningún problema!

Y mientras lo decía, su bastón chisporroteó con una luz dorada: sobre la pared de hielo se abrió un orificio circular, lo bastante grande para que por él pasara incluso un armiño.

Antes de que la tormenta los arrollara con su furia, entraron en el refugio y sellaron la entrada con un encantamiento. Stellarius encendió entonces un fuego mágico, que quedó suspendido sobre la nieve sin deshacerla, iluminando el espacio con brillos dorados. Así que mago, caballero y armiño descansaron y repusieron fuerzas, cruzando apenas unas pocas palabras, mientras el viento rugía fuera. Pasaron así dos días, hasta que un silencio casi total les indicó que la tormenta se había aplacado.

Cuando salieron del refugio para reanudar su viaje, la blancura de la nieve los deslumbró y dejó boquiabiertos.

Aquel día, el camino fue más fácil.

Antes de que anoheciera, llegaron a un punto desde el que descubrieron que el trecho siguiente era llano.

—Por fin esto mejora —observó Stellarius.

El elfo no dijo nada y siguió escrutando el recorrido. Luego murmuró:

—El camino mejora, pero se dirige hacia el este.

—¿Y eso es malo?

El caballero tendió la mano para indicar la cima de una montaña puntiaguda y dijo:

—Recuerdo esa montaña, el Dedo Apuntando al Cielo; la vi cuando me dirigía a Siemprinvieno. Y desde allí, nuestra ruta debería virar hacia el noroeste. Tal como vamos, en cambio, nos hemos desviado hacia el sur antes de alcanzar el pico, y ahora nos estamos encaminando al este.

Stellarius miró en esa dirección y negó con la cabeza.

—Por ahí no veo caminos.

El caballero suspiró.

—Detengámonos aquí a hacer noche. Mientras, volveré atrás a echar un vistazo. Quizá se nos haya pasado algún camino secundario.

—Mordiente y yo también vamos. Nos detendremos sólo cuando se ponga el sol. —Rebatió Stellarius.

Volvieron sobre sus pasos, pero no encontraron nada distinto de lo que ya habían visto, y acamparon en cuanto el sol se ocultó tras las montañas.

El mago encendió fuego con su bastón. Y en ese momento, el elfo se puso en pie ahogando un grito de estupor. Entre la muralla insalvable de los montes había descubierto algo. Por un instante, había visto resplandecer un camino.

—¡Qué ingenioso! ¡Un paso disimulado! —rió Stellarius complacido mientras con su bastón iluminaba la pared rocosa—. ¡Muy ingenioso!

A la luz mágica, las rocas revelaron un estrecho desfiladero que, por un juego de sombras e ilusiones, de día había permanecido oculto al experto ojo del mago.

—Se dirige hacia el norte —asintió el caballero—. ¡He aquí el camino a Siemprinvieno!

Stellarius cruzó el umbral del paso.

—¡Tenías razón! —masculló, escondiendo una sonrisa bajo su tupida barba—. Pues bien, iremos al norte, pero ¡mañana! Ahora estamos cansados y necesitamos recuperar fuerzas.

Al elfo se le escapó una sonrisa.

—Como quieras, mago.

Stellarius posó los ojos en él y asintió con la cabeza. Luego le dio una palmada a



Mordiente en el morro. Se sentía aliviado. Al día siguiente entrarían en el territorio protegido de una hada, viajarían más seguros. Más tarde, Nevina ayudaría al caballero a llegar al Reino de las Brujas y a él a reunirse con los chicos. Desde que se habían separado, Stellarius no encontraba la paz. Estaban solos y, más aún, en un reino hostil conquistado por los orcos.

Suspiró y apartó de su mente esos pensamientos.

Cuando una alba despejada y gélida inundó con su luz rosada las montañas, los viajeros retomaron el camino para aventurarse al otro lado del Paso Velado. Durante algunas horas, avanzaron entre altas paredes de roca. Luego, de improvviso, el camino se ensanchó y mostró las tierras de Siemprinvieno en toda su belleza.

El mago y el caballero se quedaron mudos; después de días y días recorriendo estrechos caminos encerrados entre rocas y hielos, ahora se presentaba ante ellos un amplio valle circundado por una corona de montañas: Siemprinvieno. Enormes alerces llenaban la cuenca y, más lejos, se vislumbraban abetos de copas verdes, con largas ramas dobladas por las últimas nieves. Todo brillaba a la luz del día. Stellarius y el elfo sentían aligerado el corazón.

Desde allí se veía que el sendero, asomado al borde de una impresionante escarpadura, avanzaba hacia el noroeste y, en determinado punto, atravesaba un puente.

Lo siguieron, aliviados por la idea de haber encontrado la forma de llegar a la morada del hada; al atardecer, los dos viajeros acamparon para pasar la noche, no lejos del puente, mientras las estrellas empezaban a aparecer en el cielo despejado.

El cansancio se adueñó de ellos y ninguno de los dos advirtió que los resplandores del pequeño fuego habían atraído la atención de alguien. Minúsculos ojos de color azufre se encendieron y apagaron.

13. Devoradores



CUANDO el caballero abrió los ojos, todavía estaba oscuro. Mordiente ya estaba despierto y olisqueaba el aire. Con estupor, se dio cuenta de que, por primera vez desde hacía días, aquella noche realmente había dormido.

Stellarius estaba sentado junto a él, con la pesada capucha echada sobre el rostro. Sus ojos miraban el puente.

—¿Una noche tranquila? —le preguntó el elfo mientras observaba los primeros rayos del sol asomar por detrás de las cimas blancas.

El mago asintió mientras él hurgaba en el macuto y le tendía el desayuno.

—Bueno, estamos en los territorios de Nevina —observó el caballero—. No hay razones para preocuparse.

—Yo no estaría tan seguro —murmuró Stellarius con aire taciturno.

El elfo se quedó desconcertado por su tono.

—Nevina protege su territorio —masculló a disgusto.

El mago se volvió y le sonrió.

—Cierto, pero en estos tiempos oscuros, también las hadas se han debilitado.

Los negros ojos del caballero se nublaron.

—¿Crees que está en peligro?

—No lo sé, pero no me fío de este sitio. Y no estaré tranquilo hasta que encontremos a Nevina.

—Por lo que parece, Mordiente comparte tu opinión —observó él.

—Sí, está nervioso... Una razón más para estar alerta.

El caballero suspiró, se levantó y pateó el suelo con las botas incrustadas de hielo, para entrar un poco en calor.

—Bien, es mejor partir, mago. Tenemos mucho camino por delante.

Al cabo de no mucho, el sol iluminaba las tierras de Siemprinvierno en todo su esplendor.

Los dos viajeros lo guardaron todo en sus macutos y partieron. Cuando alcanzaron el puente que habían divisado el día anterior, se dieron cuenta, estupefactos, de que era de hielo y se alzaba sobre una oscura quebrada.

Empezaron a cruzarlo, pero, de repente, Mordiente se paró y mostró los dientes. Su gruñido era tan amenazador que indujo al mago y al caballero a mirar alrededor. Pero no vieron nada.

Después, se detuvieron y el elfo echó mano a la espada mientras apretaba los dientes.

—¿Qué clase de trampa es ésta? —dijo de improviso, mientras sus ojos oscuros miraban el puente bajo sus pies.

Su mente, habituada a la lucha, esperaba un asalto, pero desde luego no algo como aquello: parecía que la pasarela de hielo bajo sus pies estuviese empequeñeciendo a ojos vistas...

—¡Shhh! Tranquilo, pequeño amigo mío —susurró Stellarius acariciando el morro de Mordiente para calmarlo. Y luego, de cara al caballero, dijo—: Rápido, tenemos que darnos prisa en recorrer este puente y salir de él lo antes posible.

Sólo entonces, al ver al mago inclinarse hacia el armiño, el elfo también lo comprendió.

—¡Sí estamos volviendo a nuestro tamaño real! —le confirmó Stellarius.

En pocos instantes, su mano fue tan grande como el hocico del armiño y siguió creciendo. El mago añadió:

—Aquí pierde efecto el encantamiento que las hadas pusieron a la entrada del Reino de los Gnomos de Fragua y que nos redujo al tamaño de sus habitantes. Mordiente, en cambio, al ser originario de este lugar y no estar sometido a ninguna magia, permanece como está, aunque a nosotros nos parezca que sea él el que vaya menguando.

El caballero miró cómo, bajo sus pies, el enorme puente se convertía en un delgada tira de hielo.

Stellarius tendió el brazo hacia Mordiente, que ahora, en comparación con ellos, era del tamaño de un perro. El armiño olisqueó inquieto la mano del mago, luego lo reconoció y se le acercó, tranquilizado.



El puente resistió, y los dos viajeros lo cruzaron con rapidez, alejándose luego por el estrecho sendero que se adentraba en el territorio de Siemprinvieno.

Stellarius se volvió hacia el armiño, y éste lo miró a su vez, como en un diálogo sin palabras.

—Ahora te puedes ir. Vuelve a Belpañón. Allí serás útil a los gnomos y reencontrarás tu hogar. ¡Gracias por habernos acompañado hasta aquí!

El elegante animal pareció comprender, agachó el morro y bufó. Luego se volvió y, con saltos rápidos y sinuosos, desapareció.

Tanto el mago como el caballero reanudaron su camino a pie, estudiando el terreno en que estaban entrando. Los árboles, que de lejos parecían recubiertos de un manto verde y mullido, observados de cerca se veían enfermos, con manchas en los troncos y con las ramas quemadas.

Mientras pensaba en el rostro pálido y dulce de Nevina, al elfo le pareció ver brillar algo. Stellarius se le acercó.

—¿Lo has visto? —le preguntó él.

El mago asintió.

—Nos sigue desde hace media hora por lo menos. Ojos amarillos..., ¿qué crees que son? Tú conoces estos caminos mejor que yo.

—Son ojos de felino. Y los únicos felinos que viven en estos parajes son los devoradores. —Luego explicó—: Son como grandes lince de piel blanca, con rayas azules y dientes de un palmo de largos. Cazan en manada, lo que quiere decir que si hay uno es que estamos rodeados. Por lo que sé, empujan a sus presas hacia una trampa, donde espera el resto de la manada. Y no les dejan escapatoria.



Durante largos instantes sólo se oyó el sonido leve de sus pasos y el soplo del viento que a ratos sacudía las copas de los alerces. Luego, los ojos amarillos se aproximaron, centelleando siniestros en la oscuridad del bosque.

Y aparecieron los devoradores.

En la punta de sus orejas, largos penachos de pelo ondeaban al viento. Hombros poderosos y patas sólidas sostenían cuerpos enflaquecidos por el hambre. El jefe de la manada se adelantó hasta los troncos más cercanos, avanzando casi en paralelo con el caballero. El mago golpeó el suelo con el bastón, y un fuego rojo brilló en su curvatura iluminando a los temibles felinos. Pero éstos no se alejaron, es más, gruñeron coléricos.

—¡Por todas las montañas! —exclamó el caballero con voz ronca—. No es normal, deberían temerle al fuego.

—Sí, pero tal vez tienen tanta hambre que no se dejan atemorizar por nada —dijo Stellarius.

El jefe de la manada emitió un leve gruñido y sus ojos famélicos miraron fijamente al elfo.

Tiempo atrás, el caballero casi había matado a uno. Nevina lo había detenido y se lo había reprochado: los devoradores eran criaturas de las montañas, terribles pero

maravillosas al mismo tiempo, que tenían derecho a vivir en aquel lugar. Para espantarlos, bastaba con el fuego.

O al menos siempre había sido así. En cambio ahora ya no. ¿Qué había sucedido en Siemprinvieno? ¿Y a Nevina?

No tuvo tiempo de pensar nada más. De repente, como de común acuerdo, los devoradores reaccionaron y saltaron sobre sus presas. Eran unos cuarenta por lo menos. Delgados y hambrientos.

El caballero se echó a un lado, empuñando la espada.

Stellarius también se movió. Rodó sobre sí mismo e hizo girar su bastón mágico como una hoz.

Un gran felino fue alcanzado en un hombro y arrojado hacia atrás, y terminó estrellándose contra un tronco. El jefe de la manada se paró y observó la espada que el caballero había desenfundado con un movimiento rápido y ligero.

Se lanzó sobre él, mientras que el resto rodeaban a Stellarius. El mago tendió su bastón y su voz atronó en el camino. Varios hechizos se materializaron en el extremo de la vara y se abatieron sobre el grupo de enemigos que lo cercaba. Los demás atacaron entonces con mayor rabia aún y Stellarius a duras penas consiguió mantenerlos a raya. Pensó, horrorizado, que ni siquiera la magia los asustaba.

Luego, palabras oscuras en una lengua desconocida salieron de su boca y se elevaron hacia el cielo. Espantosos filos luminosos cortaron el aire y desgarraron pieles y carne como si fueran de mantequilla. Sangre azul tiñó la nieve. Ojos amarillos se apagaron.

Pero el ataque no acabó ahí. El resto de la manada aulló y se arrojó hacia adelante.

14. Nevina



IENTRAS los encantamientos del mago hendían el aire, el caballero se batía cuerpo a cuerpo con el jefe de la manada de devoradores. El felino saltó hacia él, que lo esquivó echándose a un lado y rodando, sin apartarse mucho, para luego ponerse inmediatamente de pie y blandir la espada.

Su enemigo dio otro salto al que esta vez el elfo no pudo escapar. Fue arrollado y derribado.

La sangre azul se mezcló con la roja en una lucha a muerte, mientras, a su alrededor, la manada se abalanzaba sobre Stellarius.

Casi asfixiado por el terrible felino, el caballero se dio cuenta de que estaba a punto de ceder: sentía en la cara el aliento de su enemigo, veía los colmillos a pocos centímetros de su garganta, la vista se le ofuscaba y su peso sobre el pecho le impedía respirar.

Entonces se oyó un silbido alto y agudo, y luego un relámpago blanco perforó la oscuridad de la espesura.

El bosque pareció inmovilizarse de golpe, pero las garras del felino permanecieron dolorosamente hincadas en la cota del elfo. Los demás devoradores retrocedieron, se retiraron y desaparecieron entre los árboles, pero el jefe no se movió. Levantó la cabeza sin dejar de sujetar a su presa con sus poderosas garras y después lanzó un rugido que hizo temblar la tierra.

Un borbotón de sangre azul empapó al caballero. La bestia se tambaleó y cayó al suelo. Muerta.

Stellarius corrió junto a su compañero y lo ayudó a levantarse. El elfo tosió y tomó aire. Sus ojos se cruzaron con dos límpidos ojos azul claro, del color del hielo. Los ojos de Nevina.

—Creía que no matabas devoradores... —dijo él, casi sin respiración.

—Yo también lo creía —respondió amargamente el hada—. Como también creía que no volvería a verte. Pero me alegra encontrarte, caballero, aunque sea en tristes circunstancias. Y tú también sé bienvenido a estas tierras heladas, mago —añadió luego, acercándose.

El hada de los picos Nevados, como toda hada, emanaba una especie de halo azul y luminoso. En su cara pálida, enmarcada por cabellos celestes, resaltaban sus ojos, de un turquesa cristalino. Nevina vestía prácticas prendas blancas que le permitían mimetizarse con la nieve: sobre los gruesos pantalones caía una túnica aterciopelada y cálida que le llegaba a las rodillas, ceñida a la cintura con un sencillo cinturón de plata; las anchas mangas estaban recogidas a la altura del codo con cintas y una capa blanca le cubría los hombros. Su larga y rebelde cabellera le caía libremente por la espalda. Un leve rubor, debido tal vez al frío o a la carrera, le coloreaba las mejillas.



Stellarius la vio inclinarse sobre el jefe de la manada, que ella misma había abatido con una de sus flechas de plata. El hada posó una mano en el cuello de la bestia y, negando con la cabeza, pareció disculparse por su acción.

—Tenemos que irnos. Se han asustado, pero pronto volverán. Tienen hambre.

—Yo... no recordaba que los devoradores fuesen tan feroces. ¿Qué ha sucedido aquí, Nevina? —preguntó el caballero, preocupado.

—Han cambiado muchas cosas en Siemprinvieno —respondió el hada—. También aquí ha llegado el malvado poder de las brujas. Pero no es éste el momento de hablar. Tenemos que intentar alcanzar cuanto antes un refugio, éste ya no es el bosque Manchado de otros tiempos. Nada es como antes...

Y dicho esto, se levantó y dio media vuelta con rapidez.

—Venid.

El caballero asintió con el cejo fruncido, turbado por lo que había visto en los ojos de Nevina. Sin embargo, quedó aún más trastornado en el momento en que la vio de espaldas.

—¿Qué les ha ocurrido a tus alas? —preguntó con la voz rota, viendo que las alas ligeras e impalpables del hada estaban ahora reducidas a jirones.

Nevina agachó la cabeza y dijo:

—Ya te lo he dicho, caballero, han cambiado muchas cosas...

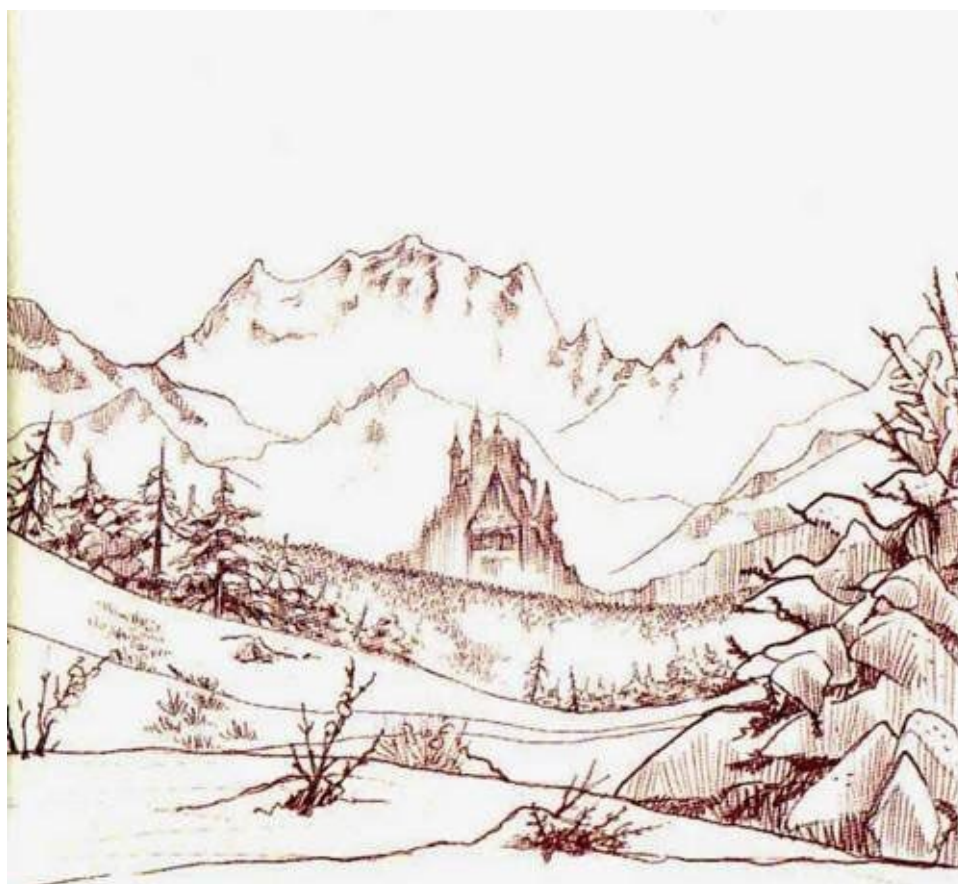
—Pero ¿quién ha sido capaz de hacer tanto daño?! —exclamó Stellarius sintiendo una punzada en el corazón.

El hada permaneció inmóvil.

—Fueron las brujas. Pero no tenemos tiempo para hablar ahora. ¡Venid, os digo! —Y entonces empezó a alejarse.

El mago y el caballero la siguieron. Caminaron durante horas antes de llegar a la

cúpula coronada por un pináculo de plata, pero, cuando por fin la vieron, supieron que habían llegado a la morada de Nevina: la Cuna de Siemprinvierno.



15. La casa del hada



QUELLA misma tarde, cuando el sol se ponía tiñendo el cielo y las montañas de un rojo encendido, Stellarius, el caballero y Nevina salieron de la espesura del bosque y se encontraron frente a la morada de ella. Se erigía sobre una especie de pico rocoso rodeado por un amplio foso. Altas ventanas se abrían en los muros de la casa, que brillaban a la luz del ocaso.

En otra época, recordó el caballero, no había foso y la casa estaba cuidada y resplandecía como un diamante; ahora, en cambio, los muros estaban desconchados y los cristales se veían opacos. El pináculo de plata que remataba la cúpula se veía ligeramente ladeado y el estandarte que ondeaba al viento estaba rasgado. Una de las pequeñas torres gemelas que se alzaban a los lados de la cúpula se había derrumbado, y el techo yacía arrancado, con las vigas de madera al descubierto.

Con el corazón lleno de tristeza, el caballero pensó que realmente todo había cambiado. Por todas partes.

Nevina aceleró el paso y saltó con agilidad a una piedra al borde del foso. Súbitamente se oyó un sonido como de cristal haciéndose añicos. Stellarius y el caballero se acercaron: ante sus ojos, pequeños fragmentos de hielo iban subiendo de las profundidades del foso para soldarse, uno con otro, hasta formar un puente curvo y elegante.

Lo cruzaron rápidamente y, nada más llegar al otro lado, el paso encantado desapareció. Atravesaron la que había sido entrada principal, ahora obstruida por largas raíces retorcidas y por relucientes estalactitas de hielo.

Nevina los precedió al interior. La habitación en que se encontraban estaba desnuda e iluminada sólo por los reflejos de fuego del ocaso. En las ventanas y las puertas, largos filamentos de hielo se entrecruzaban para formar sólidas barreras.

—Sed bienvenidos a la Cuna de Siemprinviento —dijo finalmente el hada con un tono tranquilo—. O a lo que queda de ella... —añadió, en voz más baja—. Venid, estoy segura de que necesitáis calentaros y comer algo.

Mientras subían la escalera de caracol que conducía a la cúpula, Stellarius le preguntó qué le había ocurrido a la casa.

—Devoradores —dijo ella—. Pero de eso hablaremos después. Antes, es preciso que os cambiéis; tenéis la ropa empapada. No debe de haber sido fácil viajar hasta aquí. Después de la cena hablaremos de lo que os apremia.

Los hizo entrar en la gran estancia del primer piso de la cúpula, luego les llevó ropas abrigadas y limpias y los dejó solos.

Cuando el caballero salió de la habitación, Nevina estaba acabando de poner la mesa. También ella se había cambiado de ropa y ahora llevaba un sencillo vestido blanco. Las alas arruinadas estaban ocultas por una capa blanca y su pelo, suelto a la espalda, le caía en largas ondas de reflejos azules.

—No tengo demasiado para ofreceros —dijo al ver al caballero.

—Para nosotros será un banquete. No era necesario que prepararas tanto —contestó él avanzando un paso. Y añadió—: No debes de haberlo tenido fácil estos años.

—No, no lo he tenido fácil —confirmó ella.

Luego se volvió y vio que el elfo estaba observando los grandes jarrones rebosantes de «llores de hielo».

Sólo conseguí salvar éstas del gran seto que cercaba el jardín... —dijo—. ¿Te acuerdas, caballero?

Él rozó una de aquellas delicadísimas flores. Su forma le recordaba la de una estrella.



En el fondo de su corazón siempre había pensado que no existían peligros mortales para las hadas. Su belleza, su fuerza, el hecho de que vivieran tanto...

Eran criaturas eternas, como eterno era el paso de las nubes en el cielo. Y precisamente por su naturaleza eran las guardianas del Reino de la Fantasía. Pero ahora era más consciente que nunca de que también ellas necesitaban ayuda para que el Bien triunfase. Tenían grandes poderes, pero también grandes responsabilidades, y a menudo sufrían acometidas tan duras que se veían obligadas a renunciar a todo para hacerles frente.

De algún modo, eran semejantes a los caballeros de la rosa, pensó mientras se acercaba a la ventana: también ellas habían jurado proteger siempre el Reino de la Fantasía de las fuerzas del Mal.

Una voz grave se unió a la conversación.

—He echado un vistazo a tu invernadero, realmente hermoso —dijo Stellarius.

—En otro tiempo era mucho más rico..., pero incluso ahora consigo cultivar un número suficiente de plantas para alimentarme. —Luego, amagando una leve sonrisa, añadió—: Bueno, las saborearéis dentro de poco. ¡Sentaos a la mesa!

Y tras estas palabras, sacó del horno un pan humeante y dorado que olía a setas y hierbas. Los dos viajeros sintieron que se les caldeaba el corazón y se sentaron por fin a la mesa.

—Cuéntanos pues, ¿cómo has hecho para salvarnos a tiempo? —le preguntó Stellarius.

—El puente de hielo por el que pasasteis es mágico, me muestra a todos aquellos que entran en el territorio de Siemprinvierno. Por él he sabido de vosotros y he ido hasta donde estabais —respondió ella.

—Pero ¿qué es lo que ha ocurrido en Siemprinvierno? —quiso saber el caballero. Nevina suspiró y empezó a contar.

—Ocurrió tres inviernos después de que abandonaras este lugar. En la medida de lo posible, yo intentaba ayudar a los gnomos a resistir el intento de los nefandos de ocupar otras tierras, pero también debía, al mismo tiempo, mantener a salvo Siemprinvierno, porque sabía que llegaría el día en que sería importante para la reconquista del Reino de la Fantasía... Y eso fue lo que hice. —Suspiró—. Las noticias que recibía eran pocas y fragmentadas, pero siempre terribles. Supe que, uno tras otro, muchos antiguos reinos habían caído. Muy pronto también, supe que los caballeros de la rosa supervivientes, que Floridiana había enviado a las distintas zonas del Reino de la Fantasía en un último esfuerzo defensivo, habían sido capturados o asesinados. Mi corazón se llenó de desasosiego, porque en este lugar, lejos de todos, no podía ser de ninguna ayuda. Me habría gustado estar al lado de mi valiente reina, luchando, pero Floridiana había elegido este destino para mí y yo tenía que obedecerla. —El hada se calló un instante, como si esos recuerdos fuesen demasiado dolorosos; luego prosiguió—: Todo ocurrió un caluroso día de verano. Estaba inspeccionando el bosque de los Abetos Blancos, en el claro de los Unicornios: allí es donde mana el río Cielazul, que proviene del Reino de las Hadas y forma un pequeño lago. Lo recuerdo como si fuera ayer... Se desencadenó un temporal. Fue repentino y aterrador como sólo lo son las tormentas de verano. Pero jamás en mi vida había visto algo así: las nubes eran azuladas y la lluvia caliente y húmeda apestaba a azufre. Asustada y empapada, me refugié en el interior de una vieja gruta y eso, creo, me salvó... Sin embargo, aquella lluvia maligna debilitó mi fuerza de hada y estropeó mis alas, las quemó. Enferma, caí en un largo sueño doloroso y cuando me desperté todavía llovía. Pasaron muchos días antes de que las nubes se abrieran y aquella lluvia embrujada cesara.

—¿Embrujada? —repitió Stellarius.

Nevina asintió.

—Cuando por fin se levantó viento y se llevó las nubes, me di cuenta de que la lluvia lo había destruido todo: los árboles y los prados estaban pelados y secos. También los abetos blancos del claro de los Unicornios estaban dañados. Y los animales estaban muertos. Sólo se salvaron aquellos que la lluvia no había tocado... Ayudada por mis fieles unicornios Coletín y Misela, que habían ido a buscarme, llegué a mi casa y la encontré semidestruida: mostraba las marcas dejadas por los arroyos negros de la lluvia corrosiva, los alerces estaban deshojados, las flores habían muerto... Además, en los meses sucesivos me di cuenta de que algunas rocas habían cobrado vida y se movían: dejaban surcos en el suelo, levantaban la tierra y desplazaban caminos y sendas, engañándome incluso a mí.

—Se trata de brujería, no hay duda —asintió Stellarius.

—Sí. Y por si fuera poco, los devoradores habían sido infectados: de grupos de esquivos felinos que cazaban en los bosques, peligrosos pero también nobles, pasaron a ser bestias sanguinarias y terroríficas dispuestas a atacar a quien fuera...

—Y atacaron tu casa —concluyó el caballero.

—Sí, hubo un asedio del que salí viva de milagro. Mi magia parecía incapaz de frenarlos y estuve a punto de perder toda esperanza. Pero al final conseguí repelerlos. Desde entonces, entre esas fieras y yo hay una guerra abierta.



Trato de no matarlos, porque, pese a todo, siguen siendo criaturas de las montañas y mi deseo es preservarlas, pero a veces no me dejan elección. Se han convertido en monstruos al servicio de las brujas.

—¿Qué fue lo que ocurrió después? —preguntó el mago.

—Logré curarme como mejor pude con las pocas plantas de mi invernadero que se habían salvado. Construí el foso para proteger este lugar de los devoradores y las piedras vivientes. Entretanto, la lluvia se había desplazado, descargando su maligna brujería mucho más al sur, sobre los montes de la Esperanza, y desde entonces sé que también los nefandos temen ese lugar, porque las rocas están vivas.

Stellarius y el caballero cruzaron una mirada de preocupación.

Los chicos habían pasado por allí.

—¿Y dónde se encuentran los unicornios? —preguntó el caballero.

—¿Los unicornios?

—Sí, hemos venido a verte precisamente para pedirte su ayuda. Sólo los unicornios pieveloz podrán conducirnos en poco tiempo a donde tenemos que ir —explicó Stellarius.

El caballero asintió y fijó sus ojos en las llamas que crepitaban en la chimenea.

—Esta tragedia debe llegar a su fin —murmuró con resolución.

16. Una esperanza



—O veo el cristal resonante en tu cuello —dijo Stellarius de repente.

—¿El cristal resonante? —repitió el caballero, saliendo de sus pensamientos.

Nevina se llevó la mano al pecho, como para apretar un colgante que ya no estaba allí.

—Tus ojos ven bien, mago. Ya no tengo el cristal resonante, el medio por el que las hadas guardianas, repartidas por los más lejanos reinos, hablan con Floridiana. La lluvia ácida rompió el enganche y, sin que me diera cuenta, lo perdí. Desde ese día estoy sola.

El caballero frunció el cejo.

—Entonces no tienes noticia de los últimos hechos.

—Sólo noticias fragmentadas. He podido saber algo escuchando la voz del río Cielazul. Sé que Floridiana está triste, que los reinos caídos bajo el oscuro yugo de las brujas siguen aumentando y que el Ejército Oscuro avanza por las tierras del Reino de la Fantasía como un veneno que todo lo infecta. No sé más. Habladme de lo que habéis visto, pues... Y de qué pretendéis hacer para derrotar a la Reina Negra —añadió con cierta ansiedad.

Stellarius le contó lo que sabía y lo que había descubierto en los últimos tiempos. Habló de la misión que Floridiana le había encomendado al joven Sombrío, de la liberación del Reino de los Bosques y de la ciudad del Reino de los Gnomos de Fragua, Belpañón. Contó también la derrota del primer caballero sin corazón y, ante esa noticia, vio al hada abrir de par en par sus grandes ojos. Luego le habló de la amenaza del cetro, que tenía que ser destruido para impedirle a la Reina Negra extender su oscuridad a todas las tierras del Reino de la Fantasía. Le recordó el trino de las hadas, la campanilla que ella misma les había regalado a los gnomos en tiempos remotos y que era el único instrumento capaz de debilitar la aleación de aquella arma terrible.

Cuando terminó, Nevina calló un rato y luego dijo:

—De mí obtendréis toda la ayuda que pueda daros, ésa es la finalidad de mi presencia aquí, desde siempre...

—Y nosotros, ¿qué podemos hacer para ayudarte? —preguntó Stellarius—. Quizá pudiéramos acompañarte a un lugar más seguro... No queremos dejarte aquí bajo la amenaza de los devoradores.

—No, yo debo permanecer aquí. Tengo que proteger este lugar, al menos basta que la tierra y las laderas vuelvan a estar limpias —dijo Nevina, decidida—. Pero, en efecto, hay algo que puedes hacer por mí, mago.

El hada hizo una breve pausa y miró a Stellarius con sus ojos claros y profundos.

—Con mucho gusto haré lo que pueda para ayudarte —respondió él.

—Gracias, sabía que podía contar con tu ayuda —dijo ella—. La única solución

para acelerar el proceso de purificación de estas tierras es sumergir en agua contaminada algo que pueda absorber el veneno. Algo que actúe como una esponja. Por desgracia, en Siemprinvierno no existe nada parecido, al menos en estado natural, así que deberemos recurrir a la magia. Pero... —en ese momento, los ojos de Nevina se llenaron repentinamente de tristeza y por un instante le faltó la respiración, como si le costara trabajo encontrar la fuerza para admitir lo que estaba a punto de decir—... después de la lluvia embrujada mi magia se ha debilitado demasiado y ya no tengo energía suficiente para hacer algunas clases de encantamientos, por ejemplo, cambiar el estado de un elemento natural. Eso es precisamente lo que te pido que me ayudes a hacer: transformar algunas piedras comunes en piedras-esponja.

—Desde luego —respondió Stellarius sin dudarlo—. Con tus conocimientos y mis poderes mágicos no será difícil. ¡Pongámonos manos a la obra!

—Gracias, mago —dijo el hada, agradecida—. Salgamos afuera, elegiré algunas piedras adecuadas para la transformación.

Los dos salieron al jardín de la Cuna de Siemprinvierno seguidos del caballero. Nevina se acercó a un pequeño arriate y recogió algunas piedras claras y redondeadas. Las sopesó: descartó algunas y dejó otras aparte. Luego se acercó a Stellarius y depositó las piedras elegidas en el suelo.

—¿Estás listo, mago? —le preguntó.

—Sí, empecemos.

El caballero vio un fulgor irradiar del extremo del bastón de Stellarius y expandirse a su alrededor, envolviendo las figuras del mago y del hada, antes de transformarse en una alta columna de luz y caer sobre las piedras colocadas entre ellos. Éstas empezaron a elevarse en el aire y se detuvieron a la altura del rostro de Nevina. Entonces, el hada levantó las manos y de sus palmas brotó una luz azul: al contacto con las piedras, el haz luminoso se descompuso en mil minúsculas burbujas, que se pegaron a la rugosa superficie gris de las piedras y empezaron a penetrar en su interior, haciendo que se hincharan. Luego, un relámpago más intenso, emanado del bastón de Stellarius, cubrió las rocas ocultándolas a la vista del caballero, y de golpe se apagó.

La magia sólo había durado unos instantes y todo volvía a ser como antes. A excepción de las piedras, que yacían en el suelo donde estaban, pero ahora eran mucho mayores y estaban llenas de minúsculos orificios.

Nevina las tomó en sus manos.

—Estas serán la salvación de Siemprinvierno. Me bastará con sumergirlas en el río Cielazul, cuyas aguas alimentan las faldas de esta tierra. Si logro purificarlo, la vida reanudará su curso habitual. —Se volvió a Stellarius—. Gracias, mago, sin tu ayuda no lo habría logrado.

Él sonrió.



—Por lo tanto —continuó el hada—, nuestra próxima meta es el bosque de los Abetos Blancos, donde nace el río Cielazul. Allí encontraremos también a los unicornios pieveloz. Con su ayuda, tú, mago, podrás partir en busca de los chicos, mientras que tú, caballero, alcanzarás el Reino de las Brujas.

El elfo asintió.

—Desafortunadamente, nos vemos obligados a retrasar la partida —prosiguió Nevina con un suspiro—. Aprovecharemos la tormenta para descansar y os prepararé unas provisiones.

—¿Tormenta? —preguntó el caballero echando una ojeada a las copas de los árboles, más allá de las cuales se atisbaba un retazo de cielo.

Por primera vez desde que la habían encontrado, Nevina sonrió dulcemente.

—Antes de que se ponga la luna, nevará. Id a dormir y tratad de recuperar fuerzas. Aquí estáis seguros.

El caballero suspiró. Él y Stellarius se acostaron y, mientras descansaban tranquilos por primera vez después de días de fatiga, las nubes se movieron y adensaron, hasta cubrir las estrellas y la luna. El aire no tardó en llenarse de blancos copos.

Negó dos días seguidos.

La tarde del tercer día, se levantó un viento que convirtió la nevada en tormenta.

El elfo caminaba nervioso por delante de las ventanas, cada vez más inquieto a causa de aquella pausa forzosa, y dio un respingo cuando la voz de Nevina rompió el silencio de la habitación.

—¿Estáis listos? —dijo el hada sonriendo.

Él se encogió de hombros.

—¡Se acaba de levantar una tormenta! Tu entusiasmo tendrá que esperar.

Nevina parpadeó, pero su sonrisa no se apagó.

—Caballero, siempre eres demasiado pesimista, pero te entiendo. Antes de que llegais, también mi corazón estaba lleno de inquietud. Pero gracias a vosotros he recobrado la fuerza y el coraje para afrontar lo que sea, con el fin de proteger Siemprinvierno. Floridiana ha confiado una tarea a cada uno de nosotros, y de cómo la desempeñemos dependerá, tal vez, la suerte de esta historia. A mí me ordenó proteger este lugar, al joven Sombrío liberar los reinos perdidos, a Stellarius ayudar a Sombrío y a sus amigos. Y a ti, caballero, te ordenó defender el Reino de los Bosques. Y hasta que no fue liberado, tú hiciste todo lo que pudiste. Pero lo que quieres hacer ahora es imposible... —concluyó, poniéndose seria.

—También eso debe hacerse —murmuró él—. ¡Las brujas tienen que ser derrotadas!

Nevina asintió y suspiró.

—Ten paciencia y mira lejos... —Luego volvió los ojos hacia las ventanas—. La tormenta está a punto de acabar. Confío en que mañana por la noche, como muy tarde, la nieve se haya posado y a la mañana siguiente partiremos.

PARTE TERCERA



ORCOS Y DRAGONES

17. Entre los árboles

Lectulandia

OMBRÍO se despertó antes del alba, tan cansado como si hubiese pasado toda la noche corriendo. Tiritó, helado, abrió los ojos y miró a su alrededor. Todo estaba silencioso. Se esforzó por recordar qué había sucedido la noche anterior, pero sus recuerdos eran turbios. Parpadeó y alguien cerca de él susurró:

—Se ha despertado...

Le pareció la voz de Régulus. Se concentró para recobrar la lucidez, se sentó y se frotó los ojos y la cara. Todo estaba oscuro.

—Está despierto... —repitió la voz en tono más alto.

—Sí, estoy despierto, Régulus —respondió él—. Pero baja la voz o despertarás a los demás.

Pero Régulus no contestó.

Sombrío dejó vagar la vista largo rato hasta que se le fue aclarando gradualmente: primero se perfilaron los finos troncos de los abedules, luego sus hojas verde claro, inmóviles sobre su cabeza. Lo que le llamó la atención fue sobre todo el silencio. Un silencio antinatural. Sus ojos, que poco a poco se iban acostumbrando a la oscuridad, distinguieron algunas formas agrupadas, pegadas a los troncos.

De repente, recordó una voz. Una que había entonado algo semejante a una canción de guerra:

... ¡Extirpa y desmiembra, ahoga y quiebra
a aquel que con el fuego el bosque desprecia!
Muerde y destroza, descuartiza y trincha
a quien con el acero la madera aflige...

Un violento escalofrío le corrió la espalda y una punzada en la sien lo devolvió al presente. Recordaba haber caído al suelo, arrollado por una onda de sonidos violentos que siguieron a esas palabras. Desde el desvanecimiento probablemente habían pasado horas. ¿Qué había sido de sus amigos?

—¡Régulus! —llamó.

Ninguna respuesta.

—¡Spica, Robinia! ¡Pavesa! —susurró entonces.

Una vez más, nadie respondió. ¿Qué había sucedido?

Sonó un débil rumor y una de las formas apoyadas en los troncos se sobresaltó. Sombrío intentó acercarse, pero una voz hizo que se detuviera. A pesar del aturdimiento, la reconoció: era la voz que había oído nada más despertarse. Y no era la de Régulus.

—Se está moviendo —dijo alguien a su derecha.

De detrás de él, le llegó otra voz más ruda:

—¡Detenedlo o avivará las llamas, como han intentado hacer los otros!

Él se quedó sin aliento.

—¿Quién hay ahí? —preguntó, volviéndose de sopetón y desenvainando la espada. Nadie respondió y él apretó aún más la empuñadura de Veneno—. ¿Qué les habéis hecho a mis amigos? ¿Quiénes sois? ¡Dejad que os vea!

El silencio se prolongó aún, como si aquellas misteriosas presencias se estuvieran consultando entre sí; por último, una voz más amable preguntó:

—¿Tú... oyes?

Parecía sorprendida y Sombrío se volvió instintivamente en la dirección de la que provenía, pero no vio nada.

—Sí. Por supuesto —contestó.

Hubo otra pausa y luego alguien más dijo:

—El Escuchador... ¡ha llegado el Escuchador! Golondrina lo dijo... antes de caer dijo que llegaría el Escuchador. ¿Os acordáis?

Sombrío apenas se movió.

—¿Golondrina? ¿Quién es Golondrina? —preguntó, sin dejar de escrutar.

—El hada que vivía en este lugar, el hada que lo protegía todo de las brujas —explicó la voz amable, con nostalgia.

—¡Basta! ¡No digas más! —la reprendió la voz que se parecía a la de Régulus.

—Pero ¿quiénes sois? —repitió entonces Sombrío.

—¿Y quién eres tú?! ¿Y por qué tú y tus amigos habéis venido aquí? —preguntó la misma voz, irritada.

—Pero ¿es que no lo entiendes? ¡Puede oír nuestras palabras! —intervino la voz amable. Parecía feliz de ello.

Sombrío se dio cuenta de que no era cuestión de mentir, pero tampoco quería descubrirse demasiado, pues no tenía ni idea de quiénes eran sus interlocutores.

—Estamos de viaje —explicó, temblando de frío—. Intentábamos evitar a los orcos.

—¿Habéis atravesado los pantanos? ¿Veníais de la Puerta?

—Sí —confesó él.

—¡Mientes! ¡El reino del otro lado de la Puerta está perdido! ¡El hogar de los gnomos está muerto! —chilló la voz más austera, en un tono que rebosaba odio.



—Quizá ya no lo esté. Puede que a estas horas las tierras de los gnomos sean libres —respondió Sombrío.

Súbitamente, detrás de él estalló un gran vocerío.

—¡Libres!

—¡Ah!

—¿Y cómo?

—¡Lo que dices no es posible, elfo! —volvió a intervenir la voz severa.

—¿Por qué? —Se entrometió la voz gentil—. ¡Él puede oír nuestras voces! ¡Puede entender lo que decimos! ¿Por qué iba a mentir?

—Quizá las hadas hayan conseguido...

—¡Basta! —gritó la voz parecida a la de Régulus.

Las demás voces se perdieron en un rumor sordo, de curiosidad e inquietud.

—¿Quiénes sois? —preguntó de nuevo Sombrío.

—Somos el pueblo entre los árboles, el pueblo susurrante...

—Pero ¿dónde estáis? ¿Y por qué no iba a oír vuestras voces? —preguntó entonces el joven elfo.

Quizá se tratara de minúsculos duendecillos o espíritus de los bosques... Por lo menos no parecían malvados. La pregunta, de todos modos, pareció caer en el vacío. Una vez más, Sombrío tuvo la impresión de que se estaban consultando.

—Todo habla —dijo uno.

Y otro añadió:

—Pero no todos oyen. Sólo un semejante puede oír la voz de un semejante. —Luego precisó—: O una hada...

—... o el Escuchador. —Rebatió la voz amable.

Sombrío estaba confuso.

—Un Escuchador no enciende llamas y no quema madera parlante. ¡No mata ni destruye! —Gruñó una voz.

Él se estremeció, consternado por la que de repente le parecía la más natural de las respuestas.

—¡Los abedules! —murmuró incrédulo.

He ahí por qué las voces parecían provenir de todas partes a su alrededor. He ahí por qué las había oído incluso antes de llegar al bosque: el viento les había llevado sus palabras a él y a Pavesa. Por lo tanto, también la oca era capaz de oír y distinguir aquellas voces..., pero ¿por qué los otros no?

De pronto, recordó la profecía de Enebro y el corazón se le llenó de esperanza: «Allí donde el aire habla a quien sabe escuchar y quien escucha hablar también sabrá...».

Y resultaba que ahora él estaba hablando con los árboles; una vez más, Enebro los había avisado... Pero pronto se recobró de su estupor, pues los abedules esperaban una respuesta suya.

—No queríamos hacer daño a nadie, sólo queríamos tener un poco de luz y de

calor —explicó. Se sintió escudriñado por mil miradas invisibles mientras preguntaba —: ¿Qué les ha sucedido a mis amigos?

—¡Ellos no escuchan! —dijo una voz.

—Hemos tenido que volverlos inofensivos...

—Aparte de esa extraña oca —añadió la voz amable—. Ella no se ha recuperado todavía.

—¿Volverlos inofensivos? ¿Qué les habéis hecho? —exclamó Sombrío, y su voz traslucía terror.

—¡Teníamos que detenerlos! —insistió otra voz.

—¡Había un dragón con vosotros! —añadió, casi justificándose, la voz amable, vagamente alarmada.

Sombrío sentía su corazón latiendo a toda velocidad mientras trataba de pensar lo más fríamente posible.

—¿Dónde están? —preguntó con ansiedad.

—A tu espalda, Escuchador. Nadie les ha hecho daño —contestó la voz severa.

Él se movió lentamente y se acercó a uno de los bultos que había descubierto en la semioscuridad; encontró los pies de Régulus y, al tocarlos, los notó revolverse de golpe.

—Soy yo, tranquilo —le murmuró, acercándose.

Su amigo parecía atrapado en una especie de jaula de ramas y raíces. Una red de tiernos brotes, aunque resistentes como cables de acero, les impedía hablar.

Sombrío se volvió y dijo:

—Soltadlos, os lo ruego.

—¿Para que enciendan fuego y lo quemem todo?

—No lo harán, os doy mi palabra. Liberad al menos sus rostros, quiero hablar con ellos y asegurarme de que están bien.

Tras un instante, los brotes se movieron y la maraña de ramitas que velaba los rostros de Régulus y los demás se aflojó.

—¿Estás bien, Régulus?

—¡No, nada de eso! ¿Se puede saber qué ha pasado?

—¿Qué es esta cosa que tenemos encima? —preguntó la voz de Robinia.

—Plantas, madera, creo... —contestó Spica tornando aire y escupiendo las hojas que había tratado de morder para soltarse. E inmediatamente después, preguntó—: ¿Tú estás bien, Sombrío?

—Sí, tranquila... —le murmuró él, acercándose.

—¿Se puede saber con quién estabas hablando? —quiso saber entonces Régulus—. ¿Quién hay aquí?

—El pueblo entre los árboles —respondió Sombrío.

—Yo no logro ver a nadie —dijo Robinia—. ¡Y Fósforo todavía está apresado!



—En resumen, ¿se puede saber quiénes son esos tipos?

—Os lo explicaré todo dentro de un instante, pero ahora necesitamos un poco de luz —comentó Sombrío.

—¡No vas a encender fuego, elfo! —le advirtió la voz severa—. Tendrás que encontrar un modo de iluminar sin quemar árboles, cortezas ni hojas.

Él suspiró, tratando de pensar. Pues ¡claro! Tenía un as en la manga. Dijo:

—Tengo algo en mi macuto que podría servir. ¿Puedo cogerlo?

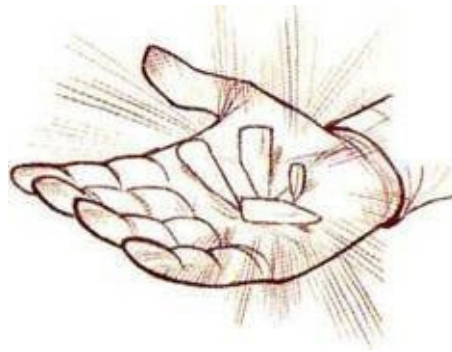
—¿Coger qué? —preguntó Robinia.

—Tengo cristales luminosos.

Los abedules murmuraron, pero no se opusieron, así que, con calma, encontró a tientas su macuto y rebuscó en su interior con dedos entumecidos. Encontró las gotas heladas que había recogido en el claro de los ciempiés y las sacó. Una luz azul se filtró entre sus dedos cerrados y los abedules susurraron como si el viento los sacudiera.

—¡Lo sabía! —exultó la voz amable—. ¡Es él! ¡El Escuchador! ¡Aquel que ilumina sin quemar! Lo estábamos esperando, ¿o no era así? Tendrá la luna en la mano y las estrellas en la frente...

Sombrío abrió la palma de la mano y la luz de los cristales formó un halo plateado en torno a él, reflejándose en las caras pálidas y ateridas de Régulus, Robinia y Spica, así como en los ojos amarillos de *Fósforo*. Las estrellas de la frente de Régulus y de su hermana brillaron y Sombrío respiró: estaban bien.



Sólo Pavesa yacía en el suelo sin sentido.

18. Corazones de savia

Lectulandia

PICA estaba sentada con la cara contra las rodillas, tratando de calentarse la nariz helada. Como habían descubierto por propia experiencia, si bien el día era cálido, la noche podía ser muy fría en el Reino de los Orcos.

La luz de los cristales destellaba en medio de ellos, vivida como un fuego, pero fría. La chica suspiró y miró a sus compañeros. También habían soltado a *Fósforo*, acurrucado ahora entre los brazos de Sombrío, que lo estrechaba para evitar que prendiera fuego a algo.

Pavesa se había recobrado, pero miraba los árboles con ojos asustados. Hablaban, le había contado Sombrío poco antes.

Todos ellos se habían quedado pasmados ante esa revelación. ¿Un bosque que habla? Spica no recordaba ninguna leyenda en la que los árboles hablaran.

—Así que eran ellos... Es decir, cuando oímos aquel canto en las Tierras Humeantes, ¿eran ellos? —preguntó Pavesa.

Los árboles susurraron de nuevo, moviendo ramas y hojas en el aire.

—Sí, eran ellos —le confirmó Sombrío.

Sólo él y la oca eran capaces de distinguir palabras en aquel rumor.

Régulus se masajeó las muñecas, hasta poco antes encadenadas por los brotes de los abedules, y masculló:

—¿Siempre reciben así a quienes vienen a verlos?

—Sólo si intentan encender fuego —le explicó Sombrío.

El porqué era evidente.

Y ellos habían intentado hacerlo. A partir de ese momento, todo había ocurrido con gran rapidez. Sombrío había gritado mientras se apretaba las sienes y se había desmayado, Pavesa había gritado que apagaran el fuego y luego se había desplomado también, golpeándose la cabeza al caer. Y, poco antes de poder decir o hacer nada, todos ellos se habían encontrado rodeados por una maraña de ramas que apretaban como cuerdas. Luego había caído la oscuridad de la noche.

Spica había pensado que Sombrío estaba muerto. Y que también ella, su hermano y sus amigos iban a morir.

Se había preguntado si de verdad todo podía terminar así. Y había llorado. Luego se había repuesto y había luchado, mordiendo aquellas verdes cadenas para intentar arrancárselas y soltarse. Pero en vano. Y había vuelto a llorar. Al final, Sombrío se había despertado y había hablado con los árboles. Y los había liberado.

—Resumiendo —masculló Régulus—: ¿Qué es lo que quieren? Y... ¿todos estos árboles hablan? —añadió, moviendo la mano en círculo para indicar ramas y hojas. Algunas de las ramas más lejanas se movieron.

—Todos no —tradujo Sombrío—. Sólo los más viejos. Las plantas nuevas son

distintas; no hablan, pero también tienen pensamientos y corazón.

—¿Los árboles pueden tener corazón? —preguntó Robinia levantando una ceja.



El bosque rumoreó.

—Dicen que no son árboles. Se definen como el pueblo susurrante —tradujo Sombrío, con una extraña expresión en la cara.

—Ninguno de nosotros ha oído hablar jamás del pueblo susurrante —intervino en ese momento Spica, dirigiéndose directamente a los abedules—, así que perdonadnos si os tenemos miedo. Es que todo es tan raro... Por ejemplo, ¿cómo es que nosotros no podemos oír vuestras voces y

Sombrío y Pavesa sí?

En vez de los árboles, que se quedaron callados, contestó la oca, mirando a Sombrío.

—Después de que el Implacable te hiriera con su espada embrujada, en el Reino de los Gnomos de Fragua, empezaste a convertirte en madera.

El joven elfo pareció fulminado por esas palabras. ¡Era verdad! Entonces, recordó, ya había oído hablar a un árbol: el abeto blanco del jardín de la casa del viejo maestro.

—Sí... —murmuró Régulus como si de golpe viera también la luz.

—Sea como sea —prosiguió Pavesa en tono dubitativo—, lo que no sé es por qué los entiendo yo.

—Pues debe de haber un motivo —observó Sombrío.

La oca se encogió de alas y Spica aventuró:

—Quizá si descubriéramos quiénes son el pueblo susurrante...

Los abedules se agitaron levemente, como interrogándose, y al final la voz amable fue autorizada a contar su historia. Así fue como los chicos conocieron el origen y el secreto del Bosque Embrujado.

—Hubo un tiempo en que en este reino vivía un pueblo antiguo, el pueblo de los enanos grises —empezó a decir la voz amable—. Eran gente pacífica y laboriosa. Amaban esta tierra y los maravillosos acantilados que se asoman al mar de los Vientos Tempestuosos.

—¿Enanos... grises? —preguntó Pavesa.

Sombrío la vio estirar el cuello, mientras los ojos le brillaban.

—Sí. ¿Has oído hablar de ellos, criatura?

—Yo... —empezó a decir la oca. Pero, conmovida y confusa, con el pico temblándole, no pudo terminar.

Los enanos grises eran su pueblo, aunque ella nunca había sabido nada de ellos, al

haber nacido en prisión, en el Reino de las Brujas.

—Sí, he oído hablar de ellos —dijo al fin, recobrándose.

—Pues bien, la historia de los enanos grises es nuestra historia. Éramos un pueblo honorable y valiente. Nuestros antepasados habían combatido en antiguas batallas, al lado de grandes héroes, para vencer al Mal. Habían viajado mucho y conocido lugares lejanos antes de enamorarse de los grandes acantilados y establecerse aquí. Desde aquel momento, nosotros, los enanos grises, llevamos una existencia pacífica en pequeños pueblos arracimados a los pies de estas montañas, cultivando las tierras del sur, las que ahora son áridas y desiertas.

»Luego, un lejano día de verano, del mar tempestuoso empezó a soplar un viento terrible y preocupante que traía olor a muerte. Nos preguntamos largo tiempo qué podía significar aquello. La vigilancia se intensificó y los centinelas escrutaban el horizonte día y noche, pero sólo vieron llegar nubes. Eran nubes extrañas, atronadoras y espesas, nubes color sangre que ocultaron el sol. Y desde aquellas nubes, volando sobre extrañas criaturas, descendieron las brujas. Entonces comenzó la guerra.



»Bandadas de brujas aulladoras arrojaron con sus lanzas hechizos de destrucción que redujeron a polvo las casas, mientras feroces murciélagos rojos se abatían sobre los guerreros y los devoraban...

»En sólo dos días, fueron aniquilados la mayoría de los enanos. El propio Riolento, que por entonces fluía cristalino, se refugió bajo tierra obedeciendo órdenes de Golondrina, el hada que lo protegía y que, al tener noticias de la batalla, acudió en auxilio de los enanos.

»Entonces pensamos que todo se resolvería. Que el hada derrotaría a las brujas y ayudaría a los pocos guerreros que quedaban a expulsar a murciélagos y demás criaturas malignas... Golondrina lo intentó. Reunió a las golondrinas y estas aves se batieron mucho tiempo contra los aliados de las tinieblas, en nubes negras, blancas y rojas que se desplazaban por el cielo.

Como si tuviera que tomar aire, la voz se paró un instante y los abedules se estremecieron. Luego reanudó el relato.

—La batalla arreció durante días. Golondrina consiguió detener el avance de aquella ola maligna. Pero todo lo que las brujas tocaban se transformaba en muerte, y el poder de una sola hada no era suficiente para salvar lo que destruía todo un ejército de brujas. Nuestras tierras hermosas y floridas pronto se degradaron. Se abrieron pozas de agua maloliente y, en ellas, extraños pasajes por los que llegó más muerte y dolor.

—Los Espejos de las Hordas —murmuró Sombrío.

—Por allí vinieron los orcos. Y con ellos llegó también nuestro fin. Golondrina combatió lo mejor que pudo, pero un día partió para la cala de la Sombra con unos pocos guerreros y nadie la vio volver. Sólo uno de los enanos que iban con ella regresó y refirió que había sido vencida. Nadie quiso creer sus palabras, pero lo que ocurrió después demostró que no mentía.

»Ninguna golondrina surcaba ya el cielo. El Mal se propagó entonces como una mancha de sangre. Los que aún resistían pronto fueron capturados o bárbaramente asesinados. Y lo que antaño había sido el Reino de los Enanos Grises pasó a ser el Reino de los Orcos.

»Los enanos que no murieron fueron hechos prisioneros y conducidos encadenados al Reino Oscuro a través de aquellos pasajes hechizados, donde se convirtieron en esclavos de las brujas.

Pavesa se estremeció violentamente.

—¿Y aquí qué ocurrió?

—Ocurrió que un pequeño grupo de guerreros no se rindió, huyó a las Tierras Humeantes y desde allí encontró el camino a este bosque, donde se refugió para pensar en cómo liberar a los prisioneros y echar a los orcos. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. Nosotros éramos esos enanos tenaces, dispuestos a combatir hasta el fin. Y el fin llegó, pero no como pensábamos. Muy pronto, las brujas se fueron, mientras que los orcos seguían viniendo. Construyeron campamentos, levantaron tiendas y horribles empalizadas de huesos allí donde en otro tiempo se alzaban nuestras bonitas casas. Luego, a través de las pozas malolientes, empezaron a traer cajas que contenían extraños huevos de toda clase...

—Huevos de dragón —asintió Sombrío.

—Exacto. Entonces, con las brujas ausentes, pensamos que teníamos alguna esperanza contra los orcos y nos organizamos para echarlos. Atacamos un campamento enemigo y lo destruimos. Eso, sin embargo, reveló nuestra existencia al enemigo y más escuadrones de orcos salieron para descubrir nuestra guarida. Pero éramos hábiles y acertamos a despistarlos en las Tierras Humeantes, donde otros enemigos los acechaban. Allí murieron muchos. Pero eso no bastó para detenerlos.

»Con ellos, de hecho, viajaba un orco al que las brujas habían transmitido el conocimiento de algunas pociones y de algunas hechicerías aterradoras. Logró sobrevivir fingiéndose muerto y, siguiendo a escondidas a algunos de nosotros, halló nuestro refugio. Nos atacó en una noche sin luna, pillándonos por sorpresa mientras dormíamos. Ni siquiera pudimos luchar. La maldición que salió de sus labios cayó sobre nosotros antes de que los centinelas pudiesen matarlo. Y el alba nos trajo una terrible sorpresa.

»Todavía estábamos vivos, pero ya no podríamos hacer nada por nuestra gente, por los prisioneros..., y jamás podríamos contar nada.

Pavesa escuchaba, conteniendo la respiración, hasta que susurró:



—Pero todavía estabais vivos...

—Las peores maldiciones son precisamente las que recaen sobre ti mientras estás vivo, no lo olvides. La muerte habría significado paz y serenidad..., reposo, quizá. — Los abedules murmuraron inquietos—. Sí, seguimos vivos. Si es que esto puede llamarse vida. Vivos y fuertes. Pero somos fantasmas de nosotros mismos, incapaces de hablar como no sea con el viento. Incapaces de llorar como no sea con nuestros corazones de savia.

Porque se habían convertido en árboles. En abedules.

Pavesa mantuvo los ojos cerrados aún un rato mientras Sombrío refería el relato a los demás.

Finalmente, dirigiéndose a Pavesa, Robinia dijo:

—Esto explica por qué también tú entiendes a los árboles.

—Son tu pueblo —añadió Sombrío.

Spica asintió.

—Lo que nosotros no podemos comprender con la mente, ella puede entenderlo con el corazón, porque tiene el mismo que estos árboles. El mismo corazón que los enanos grises.

Al oír esas palabras, los abedules murmuraron, asombrados.

19. Rojo y azul

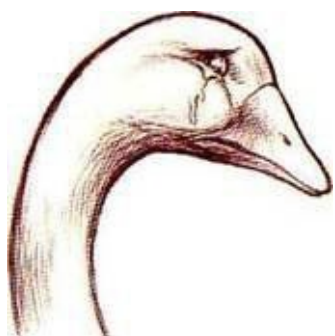
ENTONCES fue el turno de Pavesa de contarles su historia a los abedules. Narró que había nacido en el Reino de las Brujas y que luego consiguió escapar, empujada por el deseo de encontrar por fin a su pueblo, a su gente, de quienes no sabía casi nada...

Habló de la desesperación que se había apoderado de su corazón al llegar al que ahora era el Reino de los Orcos, pero también de cómo había renacido en ella la esperanza tras conocer a Sombrío y a los demás.

Y enseguida nació un vínculo sólido y profundo entre Pavesa, que había perdido su forma de enana al atravesar el Espejo de las Hordas, y los abedules, que la habían perdido combatiendo contra orcos y brujas.

Hubo lágrimas e historias, y más relatos aún, hasta que llegó la mañana y la luz del alba penetró entre las hojas.

Mientras la oca seguía escuchando las voces de su pueblo, conmovida e incrédula, los chicos se alejaron del bosque de abedules para buscar bayas y raíces para comer. Habían llegado a la linde del bosque cuando, de improvviso, un aullido feroz cortó el aire.



—De nuevo ese rugido —dijo Régulus.

—Sí, pero esta vez más cerca —observó Sombrío.

Sonaron dos cuernos, seguidos por el estruendo de muchas manos dando palmas acompasadamente.

Los chicos se miraron, y Sombrío se movió, lento pero resuelto, hacia el lugar del que provenía aquel escándalo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Régulus saltando hacia adelante y aferrando a su amigo por la manga.

—Voy a ver —respondió él, rápido.

—¡Es una imprudencia! —protestó Spica adelantándose un paso.

—Para llegar a los Espejos de las Hordas tendremos que pasar cerca del campamento de los orcos, ¡lo mejor es saber qué está pasando! —dijo serio Sombrío.

El silencio que siguió fue roto por el aplauso de muchas manos.

—Los orcos deben de ser muy numerosos —murmuró Spica.

Un nuevo rugido llenó el aire, y después otros sonidos que no se distinguían bien.

—Sí —asintió Sombrío—, pero no es sólo eso. Está ocurriendo algo. Cuernos, rugidos de dragones, palmas; se diría que están celebrando algo. Es el momento justo para echar una ojeada. Quedaos aquí.

—Ni lo pienses —dijo Régulus.

—Si voy solo, tengo más posibilidades de pasar inadvertido —protestó el chico.

—Pero no puedes hacerlo. Voy contigo —respondió Régulus.

—¡Y también nosotras! —añadieron Robinia y Spica.

Sombrío observó los ojos de sus compañeros. Asintió, apartó la mirada y dio

media vuelta para luego desaparecer entre las ramas.

Spica no se sentía nada segura. Aquellas voces la aterrorizaban pero, aunque con un nudo en la garganta, se puso en marcha.

Régulus ayudó a Robinia a saltar un viejo tronco caído y recubierto de musgo, luego hizo una seña a las chicas para que se agacharan. Se deslizaron uno tras otro, hasta que el bosque empezó a clarear y aparecieron las elevaciones de la falda de las montañas. Acucillados entre los arbustos, los cuatro observaron atentamente la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

La llanura estaba atestada de figuras macizas y sucias. Yelmos oscuros y armaduras relucían al sol. Rostros redondos de bocas desdentadas, túnicas de cuero y de piel ondeaban como olas en torno a unas piedras clavadas en círculo en el suelo.

Régulus se estremeció, sin dejar por ello de atisbar entre las hojas. En medio del cerco de piedras grises destacaba una enorme figura: un poderoso dragón de escamas azules y aspecto feroz. Gruesas cadenas de acero lo sujetaban al suelo, un collar ceñía su largo cuello, tenía las alas atrapadas en una red especial, y la cola, extrañamente corta, batía furiosamente contra la tierra. Sus gigantescas fauces estaban apretadas por una cincha de cuero, y sus ojos, rebosantes de rabia, miraban fijamente al orco que lo amenazaba con un largo tridente, cuyas puntas despedían una nube de chispas violeta.

—¿Qué hacen? —preguntó Robinia.

Nadie le respondió. En ese instante, volvieron a sonar los cuernos, los tambores redoblaron y la multitud de orcos se abrió para dejar pasar a uno de ellos vestido de negro, que llevaba de una correa a otro dragón, éste rojo oscuro, elegante y terrible con sus dos colas, pero también con las alas inmovilizadas por una red.

Los chicos entendieron por fin lo que estaba ocurriendo. Era una palestra. Y en breve habría un combate entre dragones. El dragón rojo gruñó, bajando la cabeza y erizando las espinas de la cresta. El azul forcejeó y arrancó del suelo el perno al que estaban sujetas las cadenas que lo retenían. Luego, con un rápido movimiento de sus garras, cortó en seco las cadenas, se liberó las patas y rugió. Su rugido, ronco y terrible, llenó el valle. Era el mismo sonido que habían oído desde los pantanos, pero ahora más rabioso. Incluso los orcos gritaron espantados, y Spica, aterrorizada, tuvo que taparse las orejas.



Lo demás sucedió muy de prisa. Los adiestradores abandonaron la palestra gritando y el orco vestido de negro pinchó al dragón rojo con su tridente afilado, azuzándolo para combatir. Otro rugido, más agudo y estridente, conmocionó a los chicos, y los dos animales se encontraron uno frente a otro, listos para el enfrentamiento.

Los suyos eran movimientos calculados, como los de dos guerreros experimentados que estudiaran los movimientos del adversario en un duelo a muerte.

De repente, impulsándose con las patas posteriores, el dragón rojo saltó sobre el azul. Los dos rivales rodaron por el suelo mordiéndose y gruñendo horriblemente. El rojo mordió en el cuello al otro y pareció tener la victoria a su alcance, pero el azul abrió entonces la boca, terroríficamente más grande, giró de sopetón su largo cuello y le dio una dentellada en la pata posterior al otro, arrancándosela de cuajo. Se produjo un resplandor de luz azul y la pata terminó convertida en cenizas.

El dragón rojo se zafó y golpeó repetidamente a su rival, hiriéndolo en varias partes. Luego se distanció, cojeando, y, entre quejidos, se aproximó a las grandes piedras para salir del cerco, pero fue repelido por una descarga mágica.

El corazón de Régulus se detuvo.

Exhalando vapores incandescentes, el dragón rojo llenó la palestra de una niebla queapestaba a azufre. El calor hizo que se fundiera el suelo arenoso bajo las patas del dragón azul, que retrocedió un instante, pero sólo para saltar sobre el rojo y derribarlo, apresándolo con la espalda contra la arena vitrificada. Después, nuevamente, un fulgor destelló en la palestra y un rayo surgió de las fauces del dragón azul cayendo sobre el rojo sin dejarle escapatoria. La violencia fue tal que ni siquiera hubo llamas.



Inmediatamente después, el dragón azul saltó sobre su víctima, ahora incinerada, rugió victorioso e, indiferente a sus propias heridas, se arrojó contra las piedras que, como dientes, sobresalían del suelo y cercaban la palestra.

Los orcos estaban aterrorizados, pero una descarga surgida de una de las piedras hizo que el animal se desplomara; había una especie de protección mágica alrededor para que los combatientes no pudieran escapar. El dragón azul gruñó apenas antes de apoyar el cuello en el suelo, como si estuviese demasiado cansado. Como si hubiera perdido. Sus enormes ojos amarillos miraron al cielo y de sus fauces salió un lamento que se perdió en el aire.

20. Tierra de dragones

PAVESA había oído los gritos de los orcos y los rugidos de los dragones, así que no se sorprendió cuando los chicos, de vuelta en el bosque de los abedules, le contaron lo que habían visto.

—Me lo he imaginado al oír los gritos... —dijo la oca con voz grave—. Cuando, tras escapar del Reino de las Brujas, fui capturada por los orcos y llevada a su campamento, vi un cerco de piedra que usan para el adiestramiento de dragones.

—Es horrible... —murmuró Spica—. ¿Qué ocurriría si los caballeros sin corazón montaran esos dragones en vez de sus corceles, si nubes de animales como éstos surcaran los cielos del Reino de la Fantasía? Y ese dragón azul, además..., ¡realmente terrorífico!

Todos callaron unos instantes. Pavesa ladeó la cabeza, pensativa.

—Ni siquiera a ellos debe de gustarles ese dragón azul. Nunca lo dejan salir del cerco donde lo habéis visto.

—¿Por qué? —preguntó Robinia.

—Es demasiado peligroso. Si es el mismo del que oí hablar cuando estuve prisionera en las jaulas de los orcos, entonces habéis visto a Colamocha. Los orcos le cortaron la cola cuando lo capturaron, y desde entonces es despiadado y sanguinario. Ha sobrevivido a muchos combates salvajes entre dragones. Lo sueltan sólo para probar la tenacidad y la ferocidad de los otros que adiestran, pero no aciertan a domarlo.

—¿Sabéis vosotros algo más de ese dragón? —les preguntó Sombrío a los abedules. Aquella fiera lo apenaba enormemente.

Spica hizo un gesto de impotencia; por el rumor de las hojas de abedul supo que estaba llegando la respuesta, una respuesta que solamente Pavesa y Sombrío eran capaces de entender.



—Fue el primero en llegar aquí, antes incluso que los orcos —explicó un abedul—. Era un cachorro de no más de tres metros de largo. Con grandes ojos amarillos de pupila vertical, un cuerpo largo y delgado, y escamas azules. Se veía que sus alas iban a ser grandes y fuertes. Los orcos lo capturaron cuando aún era pequeño. Luego trajeron más huevos de dragón. Llegaban en grandes cajas: había algunos parecidos a huevos de pájaro, otros a piedrecitas de un intenso color turquesa, y de ellos enseguida empezaron a nacer nidadas y nidadas de dragones negros... Llegaron unas cestas que humeaban y contenían nidos semejantes a colmenas, pero de sus pocos y enormes huevos parecidos a piedras grises y con bultitos como perlas, de los que tendrían que haber nacido dragones azules, ninguno eclosionó. Sólo Colamocha tuvo que soportar la prisión y el salvajismo de los orcos. Nadie

comprende cómo ha logrado salir adelante, pero le quedan las señales: la cola tajada, las cicatrices... Ha sobrevivido a crueldades y tormentos inimaginables, y se ha convertido en una criatura peligrosa incluso para sí mismo. Los orcos lo saben, por eso lo tienen encadenado. Desde hace años, mata a todo el mundo, incluidos aquellos que tratan de domarlo o de hacerse sus amigos. Tiene las alas inutilizadas por poderosas redes encantadas, de otro modo ya habría volado lejos después de carbonizar hasta la última brizna de hierba de este lugar. No puede huir del cerco, porque rayos embrujados se ocultan en las rocas que lo forman, creando una barrera que ni siquiera él, con su fuerza terrible, puede superar. Ahora ya casi ni intenta escapar. Gime, ulula y se lamenta, pero permanece inmóvil esperando su destino. Tarde o temprano, llegará un dragón más fuerte que él y lo matará. Y con él morirá el último dragón azul. Los dragones migratorios. Los dragones que en otro tiempo fueron las fieras cabalgaduras de los caballeros de la rosa. Pero no se puede hacer nada por él. Nada. Colamocha sólo tiene muerte en el corazón. Y muerte es lo único que reparte ya...

Sombrío bajó los ojos a las piedras brillantes y contuvo un gemido de rabia. Durante largo rato, en su mente fluctuó la imagen sin rostro de su padre volando por encima de las tierras de los elfos forestales, orgulloso y valiente como se lo habían descrito, a lomos de un dragón azul semejante al de la lid.

Pero la imagen desapareció cuando Spica dijo:

—Los antiguos caballeros... —Pero también a ella le tembló la voz y fue Régulus, negando con la cabeza y suspirando, quien concluyó el pensamiento de su hermana:

—... los antiguos caballeros criaban a sus dragones amistosamente. Yo también lo recuerdo, hermanita, lo decía la leyenda. Aquí, en cambio, son obligados a servir.

Y luego se sumó al silencio.

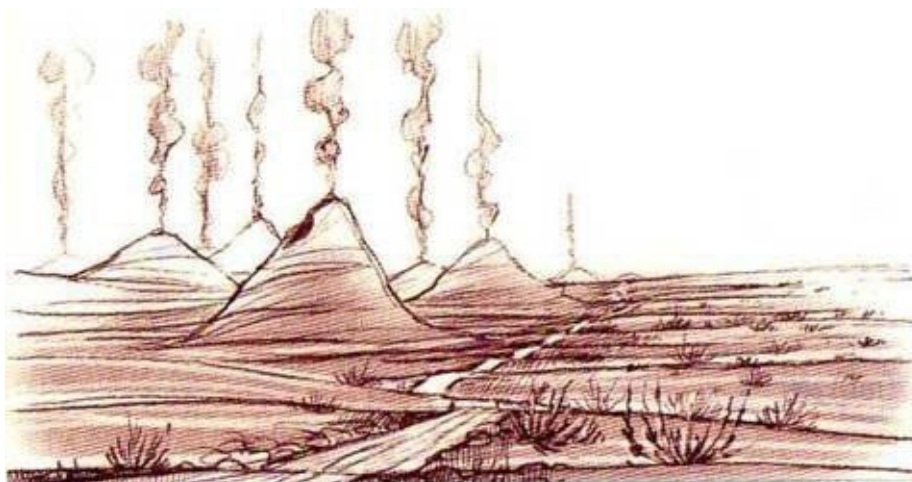
Aquella misma noche, después de la cena, retomaron la conversación. Hacía falta un plan. Un buen plan.

Los chicos tenían que seguir adelante. Su propósito era destruir el cetro de la Reina Negra y, para hacerlo, tenían que pasar a través de los Espejos de las Hordas, que conducían hasta el corazón mismo del Reino de las Brujas.

Si para ello tenían que enfrentarse a Colamocha, lo harían, pensó Sombrío. O, mejor dicho, él lo haría. No tenía elección.

Pero, como supieron aquella misma noche, eso no sería necesario. Los abedules les desvelaron la existencia de un viejo sendero que, por la orilla de un arroyuelo, pasaba entre el cerco de piedra. Los orcos lo llamaban «Olla de los Dragones», es decir, el lugar donde incubaban los huevos de dragón. El de la Olla era un terreno yermo y extraño, en el que pequeños montículos humeantes emitían chorros de vapor y el agua del arroyo hervía en algunos tramos. Unos orcos vigilaban los huevos y advertían a los otros cuando alguno eclosionaba. Algunos necesitaban humedad para abrirse, y otros, llamas. Los únicos que no se sabía cómo hacer para que eclosionaran

eran los de dragón azul, y por eso habían sido abandonados en un rincón, como viejas piedras inútiles.



El antiguo sendero llevaba más allá de la Olla de los Dragones, hasta una espesa mancha de arbustos, y desde allí al claro de los Espejos de las Hordas, donde algunas pozas de agua habían sido convertidas en umbrales embrujados que comunicaban con el reino de Brujaxa, la Reina Negra. Por ese viejo sendero, los chicos podrían evitar el campamento de los orcos.

—De acuerdo —dijo Régulus con un bostezo—. Pasemos por esa Olla, entonces. Pero no tardarán mucho en vernos, ¿no? Quiero decir, ¡alrededor de los Espejos tendremos que salir al descubierto!

—Para eso nos disfrazaremos de orcos —contestó Sombrío.

—¿Disfrazarnos d-de...? —tartamudeó incrédula Robinia.

—Pero ¡nos reconocerán a un kilómetro de distancia! —exclamó Spica.

—¡Sí! ¡Somos demasiado delgados y guapos! —añadió su hermano levantando presumido una ceja.

—Sí, tú bromea —le reprochó Robinia—, pero el problema está ahí: ¿cómo hacemos para disfrazarnos de orcos? No tenemos piojosas barbas ni tripas sebosas. Ni siquiera tenemos uniformes o yelmos de orco...

Los abedules rumorearon.

—No nos reconocerán —dijo entonces Pavesa uniéndose a las voces del Bosque Embrujado. En sus ojos chispeó una burlona señal de entendimiento con Sombrío.

—Los abedules saben dónde podemos encontrar ropas para disimular nuestro aspecto —dijo él.

—Jamás habría pensado que un día me vestiría de orco... —masculló Robinia poniendo los ojos en blanco.

21. Disfraces



QUELLA noche transcurrió tranquila y, por primera vez desde hacía muchos días, también Sombrío logró dormir. Soñó con su padre cabalgando en un enorme y fiero dragón azul. Luego, soñó con Régulus encadenado y Spica gritándole algo, pero se despertó sin oír bien qué. Miró alrededor confuso y con el corazón acelerado, y se quedó tumbado observando a sus amigos, que dormían, hasta que la luz del sol se hizo cálida y dorada.

Tenía un mal presentimiento con respecto a los demás y a sí mismo. Y se dio cuenta de que su aprensión atañía sobre todo a Spica.

Al principio había creído que temía por la vida de la chica de la misma manera que temía por la de Régulus o la de Robinia, pero aquella mañana, mientras la contemplaba dormir tranquila, comprendió que no era así. Habría preferido que estuviera en casa, a salvo, lejos de las brujas y los orcos, y lejos también de él, que estaba obligado a correr al encuentro de aquellos peligros. Desde hacía ya muchos días, la estrella de la frente de su amiga no brillaba y sus ojos estaban tristes y ofuscados. Spica rehuía su mirada igual que él rehuía la suya. ¿Qué estaba ocurriendo?

¿Por qué la seguridad de ella era para él más importante que cualquier otra cosa?

Suspiró, sabiendo ya la respuesta, y, al volverse, sus ojos se cruzaron con otros del color del cielo. Se puso en pie lo más de prisa que pudo y susurró:

—Duerme un poco más, Spica. Aquí estás a salvo.

Luego se alejó en dirección al arroyo.

La chica no se durmió; al contrario, se levantó y siguió a Sombrío, al que encontró sentado en una piedra. Tenía la cabeza gacha y sus profundos ojos estaban fijos en el agua, en cuya superficie jugueteaban retazos de sol.

Desde hacía algunos días, a Spica le parecía que su amigo se comportaba de manera distinta, que escondía sus pensamientos y preocupaciones. Hasta cierto punto era normal que todas aquellas responsabilidades y dificultades estuvieran cambiándolo, pero Spica lo había seguido para estar cerca de él y ahora, en cambio, tenía la impresión de no poder ayudarlo. O, mejor dicho, de que él no quería que lo ayudaran.

Se le acercó por la espalda, sin que él se percatara, y lo sobresaltó.

—Perdona, no quería asustarte —dijo.

La cabeza de Sombrío apenas se movió.

—No te preocupes, sólo estaba pensativo.

—¿Hay algo en el plan que no te convence?

—No, al revés, creo que el plan que han propuesto los abedules es la única posibilidad que tenemos de pasar desapercibidos y llegar hasta los Espejos.

—Sí —asintió ella—. Entonces, ¿qué te preocupa?

En el rostro de Sombrío apareció una sonrisa.

—Tardarías menos preguntándome qué no me preocupa... —murmuró, tratando de dar un giro cómico a la conversación.

Ella guardó silencio.

—Nos esperan orcos, dragones y brujas, es verdad. Pero... el hecho es que tú nunca has reaccionado de esta manera.

—¿De qué manera?

Spica se volvió a mirarlo.

—Ésta precisamente, Sombrío. ¡Te comportas como si fueses tú, tú solo, contra el mundo!

Él no dijo nada y eso hizo que ella se enfureciera.

—¿Para qué crees que hemos venido contigo? ¿Para qué, si no para ayudarte a sobrellevar todas las responsabilidades que te han caído encima de repente, y para ayudarte a derrotar a las brujas? ¿Somos amigos o no? ¡Actúas como si de golpe no te fiaras de nosotros! ¿Por qué nos evitas? —Lo atacó, como si quisiera echarle la culpa de los sentimientos contradictorios que ella experimentaba: miedo, remordimiento por las palabras dichas, incluso... celos.

—No entiendo de qué estás hablando. ¡Sólo estoy preocupado! —replicó Sombrío.

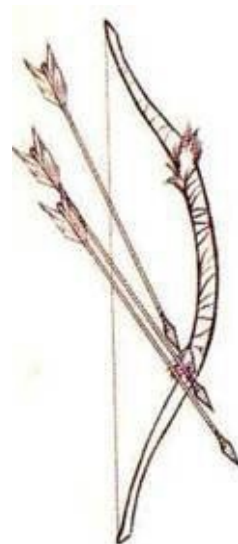


—Bueno, ¡todos lo estamos! ¡Es natural! ¡Pero tú..., tú te has cerrado como una ostra y no dejas que nadie sepa lo que piensas! Te has puesto una especie de máscara y te ocultas detrás de ella —se desahogó Spica.

Él sintió que se acaloraba.

—¿Quieres saber lo que pienso? ¡Pienso que me habría gustado mil veces más

que te quedaras en casa! ¡Que tenías razón cuando me dijiste aquellas cosas en los pantanos, que decido por todos, pero nunca estoy seguro de lo que hago! ¡Tienes razón, caramba! ¡No sé lo que estoy haciendo! ¡Voy a tientas buscando el mejor camino, pero cada situación me parece un acertijo, cada bifurcación una encerrona! No habría tenido que aceptar que vinieras conmigo sólo por darles la razón a unos versitos... En fin, me pregunto si es justo que estés aquí, empuñando tu arco encantado y siguiéndome... Spica sintió que la rabia que la había llevado a hablar de aquel modo se transformaba casi en llanto. Pero se quedó quieta, con la cabeza erguida y los ojos brillantes, desafiándolo.



—No quería decir lo que te dije. Fue culpa del pelo de bruja. Tú mismo dijiste que era por aquellas algas...

—En efecto, lo fue —confirmó él. Luego negó con la cabeza—. Pero el hecho es que... ¡tenías razón, Spica! ¡De la primera a la última palabra!

Ella notó que sus ojos verdes estaban llenos de rabia y de dolor, así que optó por decir:

—No, no lo creo. Y tampoco creo que hubiera debido quedarme en casa. Habría estado a salvo quizá, pero ¿por cuánto tiempo? Y además —añadió fijando la vista en un tronco próximo—, no había podido ayudarte..., y cuando hubieses vuelto a la Atalaya, habrías encontrado a una chica ingenua que no habría entendido nada de nada.

Sombrío se volvió para mirarla con los ojos como platos. Spica continuó, con la voz reducida a un susurro:

—Te habría parecido tonta y débil, y no habrías querido volver a hablar conmigo. Habrías conocido a chicas decididas, princesas valientes —añadió, pensando en Robinia— que habrían combatido a tu lado y habrían estado cerca de ti cuando las hubieras necesitado... Pero quería ser yo quien estuviera junto a ti. Ya no soy la chica de hace algún tiempo, interesada tan sólo en las flores con que adornarse el pelo para las fiestas y en contar historias a los demás elfos...

—Pero ¡si tú nunca has sido así! —La interrumpió él. No daba crédito a lo que oía.

—En fin —dijo Spica tratando de sonreír, parpadeando y encogiéndose de hombros mientras una lágrima le resbalaba por la mejilla—, quizá te he decepcionado, pero me gustaría intentar ayudarte y..., y... —balbuceó al darse cuenta de que estaba llorando. Dio un paso atrás, secándose los ojos y avergonzándose de todas las cosas que había dicho—. ¡Maldita sea! —exclamó finalmente, dando media vuelta para irse corriendo de allí.

Sin embargo, la mano de Sombrío la agarró delicadamente por la muñeca, reteniéndola.

—Eres la chica más valiente que he conocido. Sólo querría no haberte obligado a renunciar a todo, a la Atalaya, a la escuela para narradores de corte..., por ayudar a alguien como yo, ¡que no tiene ni idea de cómo salir de este embrollo! —confesó con una sonrisa.

Spica sintió que le temblaban las piernas. «Eres la chica más valiente que he conocido», le acababa de decir.

—Ya verás, encontraremos alguna manera —murmuró ella.

Sombrío le apretó suavemente la mano.

Tras el desayuno, todos recogieron sus cosas y se pusieron en camino para llegar a la cueva, no muy lejana, donde mucho tiempo atrás los enanos habían escondido unas ropas de orco. Mientras caminaban por el bosque, procurando seguir un viejo sendero semioculto entre las zarzas, Robinia se acercó a Spica.

—Y bien, ¿habéis aclarado las cosas? —le preguntó, echándole una ojeada a Sombrío, que los guiaba.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella parándose.

—Vamos, se ve a un kilómetro que estás enamorada de él. ¡Y no me digas que me equivoco, porque no me lo creo!

—¿Yo... enamorada? —balbuceó Spica.

—¡No negarás que antes estabas triste y ahora, después de que hayáis hablado esta mañana, has vuelto a sonreír! —dijo Robinia con aire cómplice.

—En realidad... —empezó a decir la otra chica, poniéndose cada vez más roja.

—¿Se lo has dicho? Quiero decir: la situación no hará más que empeorar; nos dirigimos al Reino de las Brujas y, si algo ocurriera... Bueno, en fin, si yo fuese tú, preferiría que el chico que me gusta lo supiera —explicó Robinia.

—Pero... —Trató de replicar la joven elfa estrellada.

Poco a poco, empezó a entender sin embargo que, en realidad, Robinia no se refería a ella, sino que estaba hablando de sí misma. Hablaba sin parar, contradiciéndose y dándose razones como para convencerse.

—... yo creo que, después de todo, una chica valiente tiene que saber cómo decir la verdad y... En fin, ¿qué tal te ha ido? —preguntó al final con un suspiro que le vació los pulmones.

Spica sonrió.

—¿Qué tal me ha ido qué?

—¡Decírselo todo! ¡La verdad! Que tú..., que él..., eso... —exclamó su amiga, incómoda.

—¡Eh, vosotras dos! ¿Queréis moveros? —gritó Régulus, que caminaba poco más adelante—. Estamos llegando...

Robinia dio un respingo. La sonrisa de Spica se hizo más ancha.

—Y tú —dijo—, ¿cuándo tienes intenciones de decirle a mi hermano que te gusta?

—¿De... de qué hablas? ¿Tu hermano? ¿Quién ha dicho que ese presuntuoso me



guste? —Y al decirlo enrojeció, por lo que dejó que el pelo le cayera sobre la cara para esconder el repentino rubor y aceleró el paso de golpe.

—Eh, ¿por qué huyes? —exclamó Spica riéndose. Negó con la cabeza y reanudó la marcha detrás de ella. Se acercó a su amiga y le susurró—: ¡Y no me digas que me equivoco, porque no me lo creo!

Robinia se volvió y la miró con expresión de asombro. Abrió la boca para protestar, pero no le salió ni una palabra.

Spica les guiñó entonces un ojo a ella y a *Fósforo*, que había saltado al hombro de la chica, y pensó que su hermano era muy afortunado.

Llegaron a la cueva apenas media hora después y no les fue difícil encontrar los viejos baúles escondidos por los enanos grises. Estaban cubiertos de tierra, polvo y hojas empujados hasta allí por el viento. Las cerraduras estaban oxidadas, pero tardaron poco en forzarlas y abrirlas.

Dentro encontraron todo lo que habían dicho los abedules. A las ropas de orco, no obstante, había que hacerles arreglos para adaptarlas a sus figuras, más esbeltas. Cogieron todo lo que pudieron y volvieron al Bosque Embrujado. La tarde transcurrió entre pruebas y preparativos: rellenaron de hojas algunas túnicas, cosieron trozos de tela y viejas pieles para alargar las mangas y entrelazaron finas ramitas de abedul para que, de lejos, pudieran tomarse por barbas de orco. En cuanto a Pavesa y *Fósforo*, seguirían a los elfos y, si alguien se acercaba, los chicos fingirían que los habían capturado en la linde del bosque.

Por último, tras una noche de preparativos y explicaciones sobre el camino que debían tomar, decidieron que estaban listos para partir.

—Gracias por todo —les dijo Sombrío a los abedules aquella mañana, antes de ponerse en camino.

—No nos lo agradezcas, elfo, y lucha por nosotros.

—¿Podemos hacer algo para devolveros vuestro aspecto? —les preguntó Pavesa.

—Nadie puede deshacer nada, a no ser quien lo hizo. Ni siquiera Golondrina, creo, habría podido... Pero no os preocupéis por nosotros: estamos ligados desde hace ya demasiado tiempo a esta forma, esta tierra y estas montañas. En cierto modo, fuimos afortunados. Pero nuestra larga vida será menos triste si sabemos que hemos servido a una causa mayor. Si nos necesitáis,



volved aquí y haremos lo que podamos... Nuestro corazón está con las hadas, no lo olvidéis. Y recuerda, Pavesa, lo que eres y lo que tu corazón viene enseñándote desde el principio. La verdad y la justicia son los mayores dones a los que se puede jurar obediencia. Libera a los enanos, si aún quedan. Libera a los esclavos, sean quienes sean..., pues ninguna vida debe vivirse en esclavitud.

Sombrío consultó por última vez la brújula encantada y, seguido de los demás, abandonó el Bosque Embrujado.

Ya estaban cerca, increíblemente cerca, de los Espejos de las Hordas que los conducirían al Reino de las Brujas, ante Brujaxa, la Reina Negra.

Y el miedo no podía frenarlos precisamente entonces.

22. Partida de la Cuna De Siemprinvierno



VANZANDO sin prisa, a muchos kilómetros de distancia de donde Sombrío y sus amigos se habían puesto en marcha con el corazón repleto de ansias y esperanzas, Stellarius, el caballero y Nevina habían abandonado la morada de Siemprinvierno.

Sólo el hada conocía el camino que recorrían, e incluso viajeros tan expertos como el mago y el elfo perdieron muy pronto la orientación. Según los trechos, iban hacia el este, hacia el norte o hacia el sur. Pero ninguno de los dos dudó que Nevina supiera hacia adónde iba. Más de una vez, Stellarius notó que una especie de magia corría junto a ellos y los rozaba, como una corriente, y entonces, cuando miraba alrededor, tenía la sensación de que algunas piedras se habían movido levemente. Eran las piedras vivientes de las que Nevina les había hablado, no cabía duda. Y la magia que las movía no era magia buena, de eso tampoco cabía duda.

Pero lo que más le preocupaba a Stellarius era lo que había dicho el hada acerca de la nube maligna: que no sólo había envenenado Siemprinvierno, sino que había descendido también hacia el sur, más allá de Belpeñón, y había derramado su lluvia embrujada sobre los montes de la Esperanza. Precisamente a donde él había enviado a Sombrío y los otros chicos. ¡Qué estúpido había sido al dejarlos ir allí solos!

Mientras reflexionaba, inquieto, con el rabillo del ojo vio que una gran piedra frente a ellos se desplazaba.

—No las miréis —dijo en ese momento Nevina en voz baja—. Hace horas que tratan de desviarnos de nuestro camino.

—Pero ¿con qué propósito? —preguntó el caballero.

—En realidad, con ninguno. Conseguir que nos perdamos, impedirnos hacer lo que debemos. Las brujas no saben que estáis aquí, porque en este lugar no pueden ver con sus bolas mágicas, pero sí saben que hay una hada guardiana. Y quieren acabar con nuestra vigilancia, porque eso es lo que les impide conquistar todo el Reino de la Fantasía.

El caballero no se pudo contener:

—Por eso tengo que destruir a Brujaxe. ¡A nadie más que a mí corresponde ese cometido! ¡Nadie tendrá que sacrificar su vida mientras un caballero de la rosa pueda dar la suya!

Nevina se detuvo.

—Por lo que me habéis dicho, Floridiana le pidió su ayuda a Sombrío. Él tiene un corazón limpio, sin nuestras amarguras ni tus desconfianzas, caballero. Tal vez, precisamente por ello, sea el único que pueda traer de nuevo la paz. Las brujas le arrebataron lo que quedaba de su familia, pero encontró otra. El joven elfo piensa con melancolía en lo que perdió, pero también piensa con gratitud en lo que obtuvo... Tú también deberías hacerlo así, caballero.

Esas palabras del hada calaron en éste, que no contestó.

—No olvides, además, que Brujaxa tiene el cetro —intervino Stellarius—. Con él conquistó la isla de los Caballeros y reinos enteros. Y sólo el chico tiene los medios para destruirlo.

—Ese cetro es lo más terrible que existe —dijo entonces el caballero—. Incluso Brujaxa teme su poder desde que aniquiló la isla. Fue una victoria para ella, sí, pero no como había pensado. La acción mortal que el cetro desencadenó la dejó sin rehenes, sin esclavos y sin lo que más ambicionaba: dragones-cabalgadura. Se quedará sorprendida al verme, pues no se imagina que aún hay un caballero en libertad.

Nevina posó sus límpidos ojos en él.

—Cada cual llevará a cabo la tarea que le ha sido asignada —dijo en voz baja. Luego añadió—. Ahora venid, ya no nos falta mucho.

Casi enseguida, apareció una escalinata en la roca.

—En otro tiempo, para llegar al valle desde el otro lado, habríamos tenido que llevar a cabo una difícil escalada —explicó el hada—. Ahora, en cambio, existe esta senda... —Y reanudó el paso.



El mago y el caballero la siguieron, y avanzaron en silencio durante casi toda la tarde.

Aquella noche bajó la niebla y los ocultó como una protección benévola. Pero a la mañana siguiente, al despertarse, las montañas aparecieron de nuevo en toda su magnificencia. Pasada la escalinata, los viajeros torcieron bruscamente hacia el oeste y, de pronto, se encontraron frente a una pequeña cuenca en la que crecían espléndidos abetos blancos. En el centro, un pequeño lago azul reflejaba en sus aguas el cielo despejado y las cimas nevadas. Una franja turquesa se elevaba desde el lago.

Estaba claro por qué el río se llamaba Cielazul.

23. Una ley despiadada



L camino que les había sugerido el pueblo susurrante resultó fácil al principio y concordaba con las indicaciones de la brújula de las hadas. Luego, pasado un arroyuelo, los abedules dejaron su lugar paulatinamente a grupos dispersos de arbustos que se volvieron cada vez más ralos, mientras en lontananza empezaban a vislumbrarse las construcciones del campamento de los orcos. Los chicos bordearon con cautela el cerco de piedra, donde se había producido el enfrentamiento entre el dragón azul y el rojo, y donde Colamocha yacía enroscado, lamiéndose las heridas y emitiendo lamentos breves e inquietos.

Por alguna razón, Sombrío se sintió aliviado al verlo aún vivo, y tranquilizado también al saber que aquella barrera de piedras embrujadas los protegía de su ferocidad.

Empezaron a oírse voces, intercaladas con los rugidos de los dragones. De pronto, hasta los arbustos desaparecieron y los chicos se encontraron casi de golpe en un amplio y abrasado claro del que, aquí y allá, surgían chorros de vapor. Infinidad de huevos se amontonaban a su alrededor: la Olla de los Dragones.

En un extremo de la explanada, algunos orcos merodeaban desganados entre las rocas. Sombrío les hizo una seña a los otros para que se detuvieran entre la hierba alta y así estudiar mejor la situación. Era cerca de mediodía y todos estaban tan sudados y cansados que decidieron reemprender la marcha sólo cuando el calor disminuyera. Mientras, aprovecharon para espiar a los orcos.

Cerca de una tienda, en una hondonada cavada en el terreno, uno de ellos estaba ocupado en mantener encendida una hoguera, y aquí y allá se veían montones de huesos apilados unos sobre otros, así como trozos de tela.

—Ésta es la Olla de los Dragones, ¿verdad? —preguntó Robinia, mirando estupefacta aquel extraño paisaje.

Sombrío asintió.

—Sí, y es justo como los abedules nos la han descrito.

—Sólo hay tres orcos, no parece una zona muy vigilada —observó dubitativo Régulus.

—No necesitan vigilarla —contestó Sombrío—, porque aquí sólo tienen los huevos.

—¿No es demasiado arriesgado detenernos en este lugar? —preguntó Pavesa, nerviosa.

—No, los orcos creen que están seguros, y si nos deslizamos entre la hierba, no nos verán. Necesitamos descansar un poco.

Después de unas horas, reanudaron la marcha despacio, siempre agachados, mientras los insectos zumbaban y los hierbajos les arañaban la cara.

El sol se estaba poniendo, pero el calor no había disminuido demasiado. El cielo estaba despejado; sólo a lo lejos, hacia las montañas, algunas nubes blancas velaban

el horizonte.

—Qué extraño olor trae el viento; ¿qué es? —preguntó entonces Robinia.

—Debe de ser el mar —dijo Sombrío con un suspiro, sentándose y constatando que, en efecto, se estaban encaminando hacia el mar de los Vientos Tempestuosos. Se apartó un mechón de pelo que se le había pegado a la frente y se volvió para observar a Spica. Ella miraba en la dirección de la que soplaba el viento como si intentara imaginarse el mar.

Le pareció oír el sonido rítmico del agua batiendo contra la orilla. Debían de estar ya cerca de los acantilados, pero una línea de cerros les impedía contemplar la gran superficie de agua.

—Quién sabe, quizá más tarde lo veamos... —insinuó.

Spica sonrió y la estrella de su frente relampagueó de alegre curiosidad.

Por fin el calor fue remitiendo. Sombrío se había enrollado una tela alrededor de la cabeza y tenía los ojos fijos en la Olla de los Dragones, espiando entre los tallos chamuscados.

Le vinieron a la mente los versos de Enebro: «Sólo el Arco, la Oca, el Dragón y la Espada vencerán un día a la Oscura Mesnada». Había encontrado la espada, el arco era el de Spica, la oca ya formaba parte de la comitiva... Tal vez estaban a punto de encontrar su nuevo aliado: ¡el dragón!

Mientras estaba distraído con estos pensamientos, uno de los orcos llamó a grandes voces a los otros, que correataron hasta él. Los chicos prestaron atención. No tardaron mucho en comprender que un huevo iba a eclosionar.

Hubo chillidos de excitación y Pavesa murmuró inquieta:

—Está naciendo un dragón...

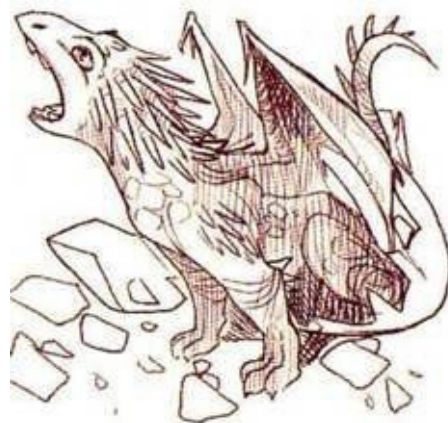
Todos sintieron un escalofrío.

Uno de los orcos corrió a coger una lanza e hizo una seña a todos para que se apartasen. Sombrío y los demás contuvieron la respiración. El orco golpeó e hizo rodar uno de los huevos que estaban cerca de las chimeneas. La cáscara se rajó y algo se movió dentro. Primero asomó una uña, luego la membrana que protegía al cachorro se rompió y una cabeza erizada de espinas oscuras salió a la luz de la tarde.

El pequeño dragón emitió un ronco pío pío y dos ojos de color rubí se abrieron al nuevo mundo.

—Es precioso, ¿no os parece? —dijo Robinia mirando fascinada el espectáculo.

Sombrío asintió sin quitarle la vista de encima al pequeño dragón que se ponía en pie sobre las cuatro patas y extendía las alas, todavía finas y transparentes, como si fueran de seda. Sus ojos rojos le produjeron escalofríos y, durante un breve instante, tuvo la impresión de que se cruzaban con los suyos, así que, por precaución, se agachó más



entre la hierba.

—Según vosotros, ¿de qué raza es? —preguntó Spica.

—De todas y de ninguna —contestó Pavesa, entornando los ojos para ver mejor.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Sombrío.

—Ojos rojos como los dragones de fuego, espinas como los de bronce, escamas oscuras como los dragones negros. A las alas, sin embargo, les ocurre algo...

—Quizá es que se tienen que engrosar —sugirió Spica.

—A mí me parecen pequeñas —respondió Pavesa en un susurro.

—En resumidas cuentas, ¿este cachorro de dragón es uno de los experimentos de los orcos? —preguntó Robinia.

—Un cruce, sí.

—¡Por todas las estrellas! —exclamó Régulus.

Sombrío vio cómo el recién nacido levantaba su largo cuello y estudiaba cuanto lo rodeaba. Estiró las alas lentamente, como si las estuviera probando. Parecía que le costara moverlas y, cuando volvió a cerrarlas, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Emitió un débil gruñido y volvió a levantarse sobre las patas.

Los orcos intercambiaron una mirada y el de más edad gritó:

—¡Sujetadlo!

Sus compañeros se movieron rápidos y distrajeron al dragoncito mientras el primero se acercaba lo bastante como para tocarle el cuello con su tridente fulminador. Una violenta descarga recorrió el cuerpo del cachorro y lo derribó. La elegante cabeza plagada de espinas golpeó el suelo. Iba a reincorporarse cuando los dos orcos más jóvenes se le echaron encima: uno le puso una rodilla en la mandíbula mientras el otro se encargaba de agarrarle la cola.

Luego, empezaron a girarlo entre sus manos poderosas para estudiarlo, siempre atentos a tenerle las fauces, las zarpas y la cola bien sujetas; por recién nacido que fuera, no dejaba de ser un dragón, y habría sido capaz de causarles serias heridas.

—¡El soplo es bueno! —dijo el que le sujetaba las fauces.

—¡La cola está sana! —añadió otro.

El tercer orco se acercó a las alas y se las examinó detenidamente. Luego las palpó, escupió en ellas y trató de estirárselas. Las elegantes membranas del dragón se le desmadejaron entre las manos.

El orco de más edad imprecó rabioso.

—¡Otro fracaso! ¡Estas alas jamás lo harán volar!

Y mientras la cría intentaba moverse, el orco levantó de nuevo el tridente y con un rápido movimiento lo traspasó.

—¡No! —gimió Spica antes de que Sombrío pudiera impedírselo.

Los chicos se tumbaron entre la hierba con el corazón en la garganta, esperando que los orcos no hubieran oído el grito. Los monstruos miraron a su alrededor, como si en efecto lo hubiesen oído, pero fue sólo un instante; luego volvieron a su trabajo.

Un débil hilo de humo salió de las narices del dragoncito mientras sangre negra

como la pez goteaba sobre el suelo. El orco mayor se alejó al tiempo que ordenaba a los otros que limpiasen.

Ante los ojos alucinados de los chicos, el cachorro de dragón fue despedazado; su carne fue puesta a secar al sol, la joven pero preciada piel escamosa fue conservada y su calavera y huesos acabaron añadiéndose a los montículos blancuzcos que se veían aquí y allá en la planicie.

Todos se estremecieron y apartaron los ojos de ese macabro espectáculo.

—Y yo..., perdonadme... —tartamudeó Spica—. Ha sido más fuerte que yo.

—No te preocupes, no nos han oído —la tranquilizó Sombrío.

—Pero... ¿por qué? —preguntó ella—. ¿Por qué lo han hecho? ¡No... lo entiendo!

—Ya los has oído —dijo Pavesa con un suspiro—. Las alas eran demasiado frágiles.

—¿Y sólo por eso era... inútil? —preguntó Robinia impresionada, mirando a la oca.

En los ojos de ésta brilló un resplandor de amargura.

—Las brujas sólo quieren lo mejor. ¿De qué les sirve un dragón que no puede volar? De nada. Es inútil. Más aún, sería un desperdicio. Comería como un dragón útil, pero sin serlo... Mejor eliminarlo inmediatamente.

—Pero quizá, al crecer, las alas se le habrían fortalecido —protestó Spica.

—Puede que sí y puede que no. Ni orcos ni brujas tienen paciencia. Y, lamentablemente, aunque hubiera sobrevivido, su existencia no habría sido buena. Ya habéis visto qué tratamiento se reserva a los dragones —murmuró Pavesa con un nuevo y profundo suspiro.

A su cabeza volvió el recuerdo del Reino de las Brujas, que le habría gustado no volver a ver nunca más, pero al que se veía obligada a regresar. También allí reinaban el terror, la esclavitud, el horror...



—Sólo era un cachorro —susurró Robinia con voz temblorosa, apretando a *Fósforo* contra su pecho.

Mientras los demás descansaban, Sombrío se quedó sentado vigilando la Olla de los Dragones. Volvió a sacar del macuto el libro de las profecías del maestro Enebro y pasó las páginas hasta encontrar los versos que había leído con Spica. En una ocasión, Stellarius le había dicho que las profecías contienen indicios y sugerencias que no resultan claras hasta que llega el momento en que se necesitan.

Y él estaba en el momento en que más las necesitaba. Releyó despacio:

MÁS ALLÁ AÚN EL CABALLERO DEBERÁ ACUDIR,
LA CALAVERA DE ÓRBITAS VACÍAS QUEBRAR DEBERÁ

*Y CON SU ARDOR DOBLEGAR LA INSENSIBLE LLAMA.
Y MÁS ALLÁ AÚN EL CABALLERO DEBERÁ ACUDIR,
HASTA LAS AGUAS IMPETUOSAS PROSEGUIR SU VIAJE,
DONDE EL VUELO SOBRE ALAS DE CRISTAL
EMPRENDER DEBERÁ
SI ENFRENTARSE A LA MUERTE Y EL DOLOR NO QUIERE.*

Quedó impresionado por una frase que casi había olvidado:

—«Donde el vuelo sobre alas de cristal emprender deberá». —Silabeó en voz baja.

Se pasó una mano por el pelo y cerró los ojos, reflexionando. Luego los abrió y escrutó el texto en busca de alguna pista que se le hubiera escapado, pero las palabras siguieron siendo las mismas. Sombrío apretó los dientes y cerró el libro. La profecía, sin embargo, se le quedó en la cabeza y no lo abandonó hasta la noche.

El resto del camino fue menos duro, porque el calor había aminorado y, al cabo de un rato, el grupo llegó hasta una zona de arbustos, cerca de la costa.

Ante los ojos encantados de Spica, apareció un inmenso manto azul de reflejos dorados que se movía sin cesar, como si una mano invisible lo agitara: el mar.

La chica permaneció unos segundos boquiabierta y con la mirada fija, hasta que se le acercó Sombrío y le dijo:

—Es magnífico, ¿verdad?

—No imaginaba que pudiera ser tan bonito... —contestó ella.

También Robinia y Régulus asintieron, y en vista de que la noche estaba cayendo, se sentaron a observar el horizonte y repasar su plan.

Esperaron a que fuera bien entrada la noche; así, gracias a la oscuridad, podrían dirigirse a los Espejos de las Hordas sin correr demasiados riesgos. A diferencia de la Olla de los Dragones, allí los orcos eran numerosos y estaban bien armados.

Sombrío se dio ánimos y dijo:

—Es el momento. Tenemos que distraer a los guardias para que, cuando un pequeño grupo de orcos con una oca y un dragón plumado salga de los arbustos, no llame demasiado la atención... Luego bastará con alcanzar uno de los Espejos y hundirnos en él lo más rápido posible, antes de que los guardias nos vean y puedan seguirnos. Stellarius nos entregó la turquesa para abrirlo —dijo sacando la piedra del macuto y tirándosela a Spica—. Será cuestión de segundos.

—¿Y cómo tienes intención de distraer a los guardias? —le preguntó Robinia—. Cerca de los Espejos la hierba es baja y no podremos escondernos. Y estos orcos están vigilantes y bien armados.

Fue la oca quien respondió en lugar de Sombrío.

—Una brujería podría engañarlos.



—¿Una... qué? ¿Qué pretendes, Pavesa? —preguntó Régulus abriendo mucho los ojos.

—Debería ser capaz de crear una sombra, una especie de ilusión...

—¿Qué clase de ilusión? —preguntó Sombrío, interesado.

—Bueno —dijo la oca—, si me concentro en un objeto, puedo crear una imagen agrandada que se le parezca, una proyección sin existencia ni materia pero que pueda engañar la vista. —Luego, mirando a su alrededor, añadió—: Aquí podría elegir una piedra, un insecto o...

—¡Un dragón! —exclamó Sombrío—. Si hacemos creer a los orcos que un dragón se ha escapado, seguramente todos correrán a capturarlo, dejando libre esta zona.

—¡Buena idea! —asintió Régulus—. Rodeados como están por huevos y dragones adultos, ni se les ocurrirá pensar que lo que ven es obra de la magia.

Spica y Robinia estuvieron de acuerdo. También Pavesa parecía convencida.



—Sí, puede funcionar. Necesito una pequeña ayuda...

—¡... de *Fósforo*! —completó la frase Sombrío.

—¡Exacto! Si el dragoncito me ayuda, lo conseguiremos. Imaginaos un enorme dragón plumado que avanza amenazador hacia los orcos... ¿No sería espantoso?

Fósforo bufó y sacudió la cola, orgulloso.

—Bueno, ¡parece que al principal interesado le gusta la idea! —dijo Spica con una sonrisa.

Robinia guardó silencio.

24. ¿Realidad o ilusión?



ÉGULUS se notaba nervioso: los orcos de guardia en los Espejos eran demasiados, estaban demasiado cerca y tenían un aspecto decididamente amedrentador. Cuando se encajó el yelmo en la cabeza, Robinia lo miró y suspiró.

—¡Nos reconocerán en cuanto nos acerquemos lo bastante! Pero quizá de lejos tengamos alguna esperanza.

Sombrío se embadurnó el rostro y la frente de barro para tapar su estrella, y los demás hicieron otro tanto. Después, se movieron a gatas entre los matojos y pronto llegaron hasta el punto más cercano a la cala de la Sombra.

Sin que los vieran, bordearon la meseta que se abría debajo de ellos. La luz de la luna descubrió dos pozas irregulares de agua: ¡los Espejos de las Hordas! Pavesa tragó saliva, asustada.

Junto a cada Espejo, tres antorchas iluminaban el terreno y tres orcos vigilaban. A su espalda, un centenar de metros más abajo, el mar rugía con fuerza al romper contra los acantilados de basalto.

—¡Son demasiados! —bisbiseó Robinia, preocupada—. ¿Cómo hacemos?

Sombrío, deseando con todo su ser que el plan funcionara, susurró:

—Lo lograremos. Ánimo, Pavesa, *Fósforo*, os toca a vosotros. Cuando estéis listos, adelante...

La oca asintió y el dragón movió la cola y exhaló un chorro de humo verde por la nariz.

Sombrío cerró la mano sobre la empuñadura de Veneno. La espada tembló.

Robinia notaba una horrible sensación en la boca del estómago. Había crecido en un bosque infestado de hombres lobo y pensaba que ya estaba acostumbrada a todo. Pero aquel olor a muerte que impregnaba el aire le resultaba insoportable. Y, sobre todo, debía reconocer que no le gustaba la idea de poner en peligro a *Fósforo*. Entre otras cosas, porque Pavesa la desasosegaba un poco y no sabía bien qué pensar de ella; en el fondo, había sido criada por las brujas y había aprendido sus artes. Confiarle a su pequeño amigo plumado la intranquilizaba. Vio al dragoncito irse con la oca y sintió un nudo en la garganta. Pero también sabía que el plan de Sombrío era el único que les daba alguna esperanza.

Se volvió para mirar al claro. Los Espejos de las Hordas despedían reflejos siniestros y había orcos por todas partes. Régulus se le acercó y susurró:

—*Fósforo* es un dragoncito muy listo. ¡Confía en él y verás como todo sale bien!

Ella frunció el cejo, preguntándose si es que en su cara se reflejaba tan claramente lo que pensaba, y murmuró:

—Sí, lo sé...

En ese preciso instante, en el aire oscuro, saltó una chispa. Luego otra, y otra más. Pavesa había empezado con su magia.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó uno de los orcos de guardia.

Su voz animalasca hizo estremecerse a Robinia, que cerró los puños instintivamente.

—¿El qué? —preguntó otro.

—Esa luz, allí —dijo el primero, señalando con el dedo.

Siguió un relámpago y los arbustos se movieron. Durante un largo, interminable instante, se hizo un silencio absoluto y Robinia se preguntó qué habría sido de Pavesa y *Fósforo*. Luego, los arbustos se agitaron de nuevo y una enorme figura oscura se alzó entre las ramas. La ilusión creada por la magia de Pavesa estaba tomando forma.

La chica reconoció la crin plumada de *Fósforo*, que tantas veces había acariciado, y de pronto dos enormes ojos amarillos se abrieron encima de un morro que conocía, pero de tamaño desmesurado.

El dragón abrió de par en par sus fauces, ahora espantosas, y sopló como había hecho tantas veces entre los brazos de Robinia. Pero el pequeño resoplido sonó en ese instante como un rugido monstruoso y el humo que exhalaban sus narices flotó hacia los orcos como una nube amenazadora.



Éstos tardaron un instante en darse cuenta de lo que tenían delante. Y luego fue el caos. Se oyeron gritos de terror, se blandieron mazas. En el campamento, allá a lo lejos, resonaron otras voces.

Sombrío aprovechó el momento en que la planicie estaba más despejada para saltar de los arbustos. Avanzó y cruzó el arroyo parapetándose detrás de algunos peñascos, probablemente puestos allí por los orcos. Hizo una señal a los otros para que lo siguieran, mientras él los precedía hacia los Espejos. Robinia sintió que las manos de Régulus tiraban de ella mientras, trastornada, miraba a *Fósforo*, su pequeño

e indefenso *Fósforo*, atacando y aterrorizando a los orcos.

Aquella misma mañana, muy temprano y a muchos kilómetros de distancia del Reino de los Orcos, el bosque de los Abetos Blancos apareció en toda su majestuosa belleza ante Stellarius, Nevina y el caballero.

—Éste es el verdadero corazón incontaminado de Siemprinvierno —dijo el hada—. O al menos lo era, antes de las lluvias embrujadas.

Se adentraron en la espesura del pequeño bosque, resguardado en mitad de las montañas como en un precioso joyero. Stellarius y el caballero avanzaban silenciosos, siguiendo a Nevina en aquella calma irreal, hasta que oyeron un sonido de cascos y un resoplido. El hada aceleró el paso y los dos viajeros se apresuraron detrás de ella hasta llegar al laguito en medio de los abetos. A orillas de la pequeña superficie de agua descubrieron a dos maravillosos unicornios de pelo claro, con un largo cuerno plateado sobre la frente, que los miraban con ojos tímidos y curiosos. Un relincho resonó en el valle.

Nevina se acercó a las dos espléndidas criaturas y alargó la mano para acariciarlas.



Tras susurrarles unas palabras, los unicornios se volvieron hacia los dos extranjeros e inclinaron su largo cuerno en una especie de reverencia. El hada sonrió.

—Venid —dijo—, os presento a Coletín y Misela. Son los únicos unicornios pieveloz que quedaron en estas montañas después de que la nube lo envenenara todo. Los unicornios protegen el manantial del río Cielazul desde antes de que yo llegara aquí, y de ellos os podéis fiar tanto como os fiáis de vosotros mismos. Les he dicho que necesitáis patas más veloces que el viento para alcanzar tierras lejanas y crueles. Y os conducirán a donde debéis ir. Os ayudarán a llegar al Reino de las Brujas —le dijo al caballero— y al de los Orcos —añadió, dirigiéndose a Stellarius—, tal como pretendéis. En poco más de una jornada de viaje, estaréis en vuestro destino. De todos

modos... —hizo una pausa antes de terminar la frase—, su ayuda acabará ahí. Luego regresarán inmediatamente. No son criaturas hechas para la guerra y aquí tienen grandes responsabilidades.

—Ninguna criatura está hecha para la guerra... —murmuró amargamente el caballero.

El hada esbozó una sonrisa.

—No podrán ayudaros más porque Neblina, su jovencísimo potro, necesita a sus padres. Mientras estén fuera, yo lo cuidaré, pero hay cosas que ni siquiera las hadas pueden hacer. Sólo la naturaleza es buena guía... Por ello, la condición que os ponen es poder volver aquí en cuanto os hayan llevado a donde debéis ir.

—Que así sea. En cuanto lleguemos a nuestro destino, podrán regresar. Ahora vamos, es mejor darse prisa —dijo el caballero.

Stellarius asintió y suspiró.

—Ten cuidado, Nevina, puede que las piedras-esponja mejoren la situación, pero tal vez los devoradores sigan siendo igual de feroces y peligrosos mucho tiempo.

—Lo sé. Te doy las gracias, mago, quizá tu ayuda salve Siemprinvieno, y seguro que me ha salvado a mí al reavivar la esperanza que creía perdida. Confiaré en que todo vuelva a la normalidad. Y esperaré vuestras noticias... —añadió, mirando al caballero.

Éste le tendió la mano y estrechó la suya inclinando la cabeza como despedida.

—Una vez más, gracias.

Ella asintió y les indicó con un gesto que montaran en los unicornios.

—Cuidaos mucho, el Reino de la Fantasía necesita vuestra ayuda —murmuró.

Las dos criaturas sacudieron sus elegantes crines y sus cuernos centellearon a la luz de la mañana. Lanzaron un relincho y partieron al galope.

Stellarius y el caballero rehicieron el camino tortuoso que habían seguido para llegar allí, pero esta vez ningún devorador los atacó y los espantosos aullidos se perdieron a su espalda.

Corrieron veloces como el viento entre los árboles, más allá de la casa de Nevina. Llegaron casi al puente de hielo, pero no lo cruzaron, sino que se dirigieron hacia el nordeste por una empinada subida que los condujo a la cima de una montaña, donde el terreno bajo los cascos de los animales se fue volviendo cada vez más angosto, hasta quedar reducido a una fina lengua de tierra proyectada hacia la nada y que luego se cortaba bruscamente para quedar suspendida en picado sobre las cumbres nevadas.

Pero Coletín y Misela no se detuvieron ni aminoraron el paso, sino que siguieron corriendo veloces hasta llegar al borde del precipicio, desde donde dieron un gran salto. Por un momento, Stellarius y el caballero se vieron cayendo al vacío, pero, luego, los dos unicornios abrieron sus grandes alas blancas y levantaron el vuelo, rápidos pero livianos, más allá de las nubes que rodeaban las cimas nevadas debajo de ellos.

Muy pronto, las montañas de Nevina quedaron a su espalda como un dulce y enigmático recuerdo.

Spica apretaba entre sus dedos la cuerda que ataba la turquesa ennegrecida que activaría el Espejo de las Hordas. Se apresuró a reunirse con Sombrío, que había bajado a la planicie. El enorme *Fósforo* dominaba el cerro, rugiendo y gruñendo como una bestia feroz.

Un orco pasó al lado de los chicos, corriendo con la maza en la mano, y ellos se bajaron los yelmos abollados sobre la cara.

—¡Venga, cobardes! —Gruñó el orco—. ¡Uno de los cachorros de lagarto debe de haberse escapado! ¡Tenemos que capturarlo!

Sombrío le hizo un gesto con la mano y fingió que lo seguía, pero se paró a medio camino y dejó que siguiera corriendo por delante.

Spica llegó enseguida al Espejo. Los crepusculares, los terribles murciélagos que la Reina Negra había puesto de guardia en los Espejos de las Hordas, yacían petrificados al borde de la poza.

Al verlos sintió un escalofrío, pero se dominó y tendió la mano más allá de la orilla, para balancear la piedra colgada de la cuerda por encima del agua.



Como despertadas por la turquesa, largas ondas verdosas se agitaron en la superficie de la poza, esperando el momento del contacto con la turquesa para abrirse. Pero en ese mismo instante, un chillido ensordecedor se alzó en la oscuridad. Un chillido que Spica ya había oído una vez, en el Reino de las Estrellas, y que le heló la sangre en las venas.

Apenas le había dado tiempo a gritar «¡Los crepusculares están vivos!», cuando la oscura nube de murciélagos se le echó encima. Oyó gritar a Sombrío y trató de taparse la cara con las manos en un intento desesperado de protegerse, pero los crepusculares le tironearon del brazo y sintió que ya no era dueña de su mano. Se dio cuenta demasiado tarde de lo que querían. ¡No se trataba de ella, sino de la piedra! Notó que se la arrancaban de los dedos, luego Veneno giró a su alrededor y la nube de murciélagos se elevó en el cielo.

Spica volvió a abrir los ojos, sujetándose el brazo. Régulus y Robinia estaban a su lado con sus armas empuñadas. Sombrío blandía a Veneno e, instintivamente, ella fue

a coger su arco encantado, pero el brazo herido le dio una punzada y el arma cayó al suelo.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—¡La piedra! —gritó Spica presa del pánico—. ¡Lían cogido la piedra!

—¡Mirad, vuelve a cerrarse! —exclamó Robinia, mientras el Espejo de las Hordas ondulaba y la luz de la mañana asomaba reluciente sobre el mar.

—¡Pronto, saltad! —gritó Sombrío.

Los rayos de sol golpearon los acantilados de basalto, y también la llanura y los arbustos, tiñéndolos de rosa. Luego reverberaron a través del cuerpo agigantado de *Fósforo*.

Los orcos no lo comprendieron enseguida, pero al cabo de un instante, la ilusión fluctuó en una niebla humeante y desapareció. En la llanura resonaron entonces gritos enfurecidos y brillaron ojos repletos de rabia. Unas voces roncadas y crueles gritaron:

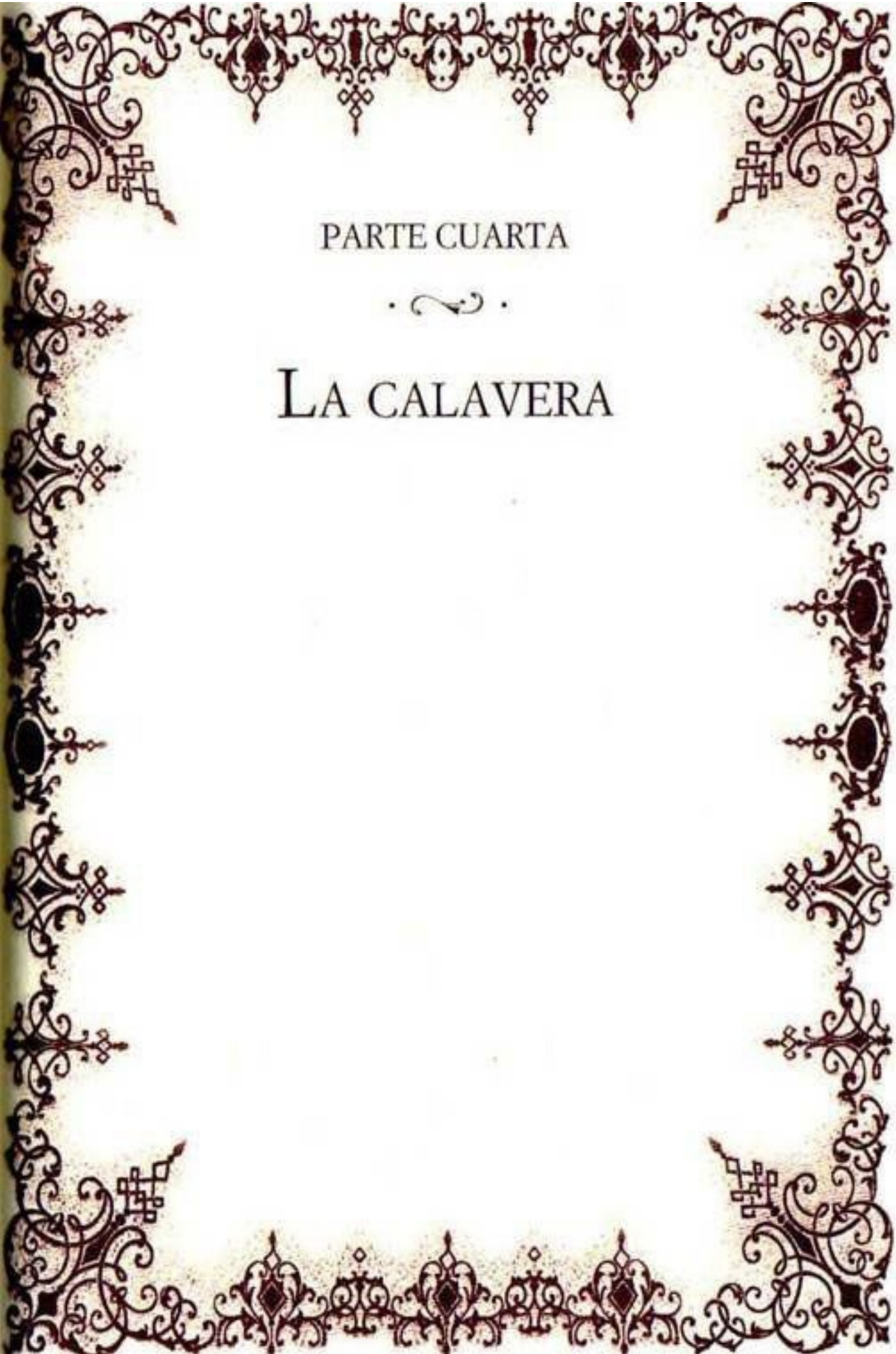
—¡Intrusos!

El Espejo de las Hordas, que sólo se había entreabierto en parte, se había cerrado.

—¡Demasiado tarde! ¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Spica.

Sombrío, con el corazón en la garganta, empuñó la espada.

Como una nube empujada por el viento, los orcos se abatieron sobre ellos.

A decorative border in a dark reddish-brown color frames the page. It features intricate scrollwork, floral motifs, and repeating diamond-shaped patterns along the top and bottom edges, with more complex designs on the sides.

PARTE CUARTA

• ~ •

LA CALAVERA

25. La choza de las cadenas



RA bien entrada la mañana cuando Sombrío oyó que algo se movía en torno a la tienda sucia y fétida a la que él y sus amigos habían sido arrastrados. ¡Estaban prisioneros!

Desde el primer momento, y mucho más entonces, se había preguntado por qué Floridiana le había confiado a él una misión tan importante como la de salvar el Reino de la Fantasía, y por qué él había aceptado.

Había sido tan arrogante como para pensar que de verdad podía hacer algo... En cambio, allí estaba: no había podido hacer nada y con menos fuerza y valor que nunca.

En su cabeza seguía representándose la escena de los orcos abatiéndose sobre ellos como un alud. Listos para hacerlos picadillo. Sus disfraces habían sido reducidos a jirones y habían vuelto a ser solamente cuatro jóvenes elfos, ahora encadenados a postes que los obligaban a permanecer de pie, con los brazos levantados, haciendo compañía a los otros prisioneros que habían muerto allí. Esqueletos de enanos pendían de sólidas cadenas oxidadas, como si los hubieran olvidado.

Sombrío apartó los ojos de una calavera con las órbitas vacías que lo observaba con una mueca y volvió la cabeza, lleno de desprecio hacia sí mismo.

También Stellarius se había equivocado. Había tenido demasiada confianza en él. Había confiado a sus manos muchas cosas, demasiadas. Con su captura, lo habían perdido todo.

Le habían quitado el macuto donde guardaba la brújula de Floridiana y el trino de las hadas.

La piedra que les habría permitido pasar a través de los Espejos de las Hordas se había perdido, arrancada de las manos de Spica por los crepusculares, que incluso la habían herido en un brazo. La chica había dejado de sangrar, pero le costaba mover la mano y tenía la cabeza apoyada contra uno de los postes de la choza.

Todos habían luchado como leones.

¿Y él? ¿Qué había hecho él? Había lanzado mandobles con Veneno, como si una sola espada, por especial que fuera, pudiese mantener a raya a diez, cincuenta, cien orcos feroces que acudían en enjambres, como insectos.

Había abatido a muchos, incluso había perdido la cuenta de a cuántos; sus cuerpos se amontonaban en el suelo, frente a él, provocándole náuseas. Pero luego, alguno le había hecho perder el equilibrio y entonces la ola enemiga lo había sepultado en un instante.

Los orcos habían roto las flechas de Robinia, habían anulado la fuerza de Régulus; habían tumbado a la primera y golpeado violentamente al segundo. Les habían arrancado las falsas armaduras, y aullidos rabiosos y enconados habían agredido sus oídos.

Fue entonces cuando Sombrío, convencido de que todos iban camino de la muerte, se plantó delante de sus amigos y la estrella de su frente brilló con una luz fulgurante.

Los orcos se quedaron impresionados. Por un momento tuvieron miedo de él, lo que los hizo detenerse, y un repentino e inquietante silencio reinó en la planicie de los Espejos.

Pero sólo había sido un instante. Inmediatamente después, se oyó un terrible aullido y sus enemigos los habían arrollado y enterrado como a hormigas. Fueron reducidos y hechos prisioneros, atados con cuerdas que parecían hilos de acero, despojados de sus armas, del precioso macuto, y llevados lejos de los Espejos. Y de cualquier esperanza.

Sin embargo, no los habían matado como pensaba que harían. En vez de eso, los arrastraron al interior de una empalizada hecha con enormes huesos de dragón.

Un único pensamiento daba un poco de esperanza a Sombrío: Pavesa y *Fósforo* aún estaban fuera, libres.

Pavesa no sabía siquiera cómo había logrado impedir que *Fósforo* irrumpiera en medio de la batalla, pero ahora el pequeño dragón plumado estaba con el morro apoyado en las patas anteriores, bajo un arbusto espinoso, con las pequeñas alas flácidas sobre el lomo.

Y ella se hallaba cerca de él, con el cuello escondido bajo el ala de puro miedo. ¿Y ahora qué?

Sombrío, Robinia, Spica y Régulus le habían salvado la vida en el Reino de los Gnomos de Fragua y ahora le tocaba a Pavesa ayudarlos. Aunque, en realidad, le gustaría hacer algo muy distinto: huir y volver con los abedules, y luego seguir huyendo, hasta encontrar un lugar lo bastante lejano de todo lo que significara maldad, dolor y tortura.

Pero ya no era posible.

Sombrío y los demás habían despertado algo en su corazón, y eso no podía olvidarlo. Habían elegido luchar por los demás sin pedir nada a cambio. Ahora también para ella había llegado el momento de elegir.

En realidad, ya lo había hecho el día en que había aceptado acompañarlos. Había elegido cuando había luchado a su lado. Y ahora, mientras estaba allí, preguntándose qué hacer para liberarlos, estaba eligiendo de nuevo.

Levantó la cabeza y, furtivamente, se enjugó las lágrimas entre las plumas. Tenía que reflexionar con calma. Se acercó a *Fósforo* y, con ternura, le pasó el pico por las plumas de la cabeza.

—Basta de tristeza, tenemos que hacer algo —le dijo.

El dragóncito plumado nunca había estado tan abatido. Alzó los ojos hacia ella.

—Todavía estamos vivos y nadie sabe que estamos aquí —explicó Pavesa.

Fósforo levantó la cabeza, gruñendo.

—¿Es que quieres dejar a Robinia en manos de los orcos? —preguntó la oca.

El pequeño dragón volvió a gruñir y en los ojos de Pavesa brilló una sonrisa.

—Pues entonces, ¡tenemos que encontrar la manera de ayudarlos! —exclamó decidida—. Los orcos pueden ser muy obtusos, Brujaxe siempre lo decía. ¡Así que manos a la obra!

Fósforo bufó en señal de aprobación.

Transcurrieron algunas horas, que los chicos pasaron en un apesadumbrado silencio, sólo interrumpido de vez en cuando por los rugidos de los dragones. Estaban demasiado cansados y tristes incluso para asustarse.

Después, de improviso, se oyeron chillidos, y la piel que cerraba la entrada de la choza donde estaban prisioneros se alzó, la luz del sol se coló dentro como una cuchilla y una gigantesca figura se recortó contra la puerta. Un increíble hedor invadió el lugar y Sombrío levantó la cabeza al tiempo que apretaba la mandíbula.

Detrás del coloso entraron otros tres orcos más pequeños, y el mal olor se hizo insoportable, al punto que Régulus no pudo evitar hacer una mueca de disgusto.

—¡Es éste, jefe! —Ladró con voz nasal uno de los más pequeños, señalando a Sombrío—. ¡Éste es el que tenía aquella luz!

El orco gigantesco se acercó y bajó la cabeza para observar mejor al joven elfo. Él observó que uno de los ojos de su gran cara feroz estaba muerto, cegado e inmóvil. Tenía las mejillas rugosas surcadas por unas marcas de ceniza y una larga cicatriz oblicua le atravesaba la frente y volvía su rostro aún más terrorífico. Llevaba el cabello, tupido y pringoso, recogido en lo alto de la cabeza.

—¡Tú! —atronó.

La mano gigantesca levantó rudamente el mechón de pelo que cubría la frente de Sombrío.

—¿A qué pueblo perteneces?

Pese al terror que sentía, él no pudo evitar esbozar una leve sonrisa.

—Creía que incluso un orco tuerto sería capaz de reconocer a un elfo.

El gigante rugió y le tironeó del pelo para hacerle daño. Lo consiguió, pero Sombrío no soltó ni una queja.

—¿Qué clase de elfo eres? —rugió de nuevo, evidentemente poco acostumbrado a que los presos se rieran de él.

—Un elfo es un elfo. A pesar de las distancias, todos somos un único pueblo —contestó Sombrío con voz sibilante.

El gruñido del orco le puso la carne de gallina, y el golpe que recibió fue tan fuerte que le cortó la respiración.

—A los que son como tú, los reconozco porque apestan. Cuidado con lo que dices. ¡Eres lo bastante pequeño como para que te aplaste con una sola mano, insecto! En tu frente antes ha brillado algo... ¡Y ahora contesta!

Sombrío siguió mirándolo a los ojos.

—Vengo de muchos lugares...

El orco gruñó de nuevo; un gruñido bajo y amenazador, pero esta vez el chico no

tuvo miedo.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó el gigante señalando a Veneno; la espada estaba envuelta en un paño sucio en las manos de uno de los orcos que iban con el jefe.

—Me la encontré —contestó él.

—¿Dónde?

—En una montaña.

—¿Qué montaña? —insistió el orco en voz más alta.

—No me acuerdo... Estaba abandonada, la necesitaba y la cogí —dijo Sombrío con indiferencia, echándole apenas un vistazo al arma.

—¡La necesitaba! —se burló de él uno de los orcos más pequeños.

—¡La cogió! —Croó el otro.

El jefe gruñó y los otros se callaron.

—¿Cómo la cogiste? —aulló, estudiándolo.

—¡Con las manos! —contestó él—. ¿Cómo, si no?

La reacción del orco fue aterradora. Lo golpeó en el pecho, vaciándole de aire los pulmones, lo levantó como a una muñeca de trapo, lo aplastó contra el poste de soporte de la choza y le apretó el cuello con su musculoso antebrazo. Sombrío trató de resistirse, pero con las cadenas que le aferraban las muñecas le era imposible.



—¡Quien la toca, muere! —chilló el orco, babeando a un centímetro de su cara, con el ojo vivo ardiendo con una luz salvaje—. ¡Esa hoja está maldita! ¿Es obra tuya

la maldición?

Él trató de hablar, pero le costaba respirar.

—Los e-elfos no lanzan maldiciones...

—Tú ni siquiera sabes lo que es, ¿verdad?

—Una espada —jadeó.

El orco lo dejó y se alejó un paso, resoplando como un jabalí. Luego se rió.

—Elfo tonto... Es una espada, sí, pero de una clase que no veía desde hace años. ¡Una espada como la que me sacó este ojo! ¡Es una espada del destino!

Sombrío lo miró. Aquel monstruo sabía muy bien de lo que estaba hablando.

—¿Y qué? —murmuró, fingiendo no comprenderlo.

—Las espadas del destino mueren cuando lo hacen sus asquerosos caballeros, todo el mundo lo sabe. Yo mismo rompí una decena por lo menos... —Se carcajeó el orco.

Los que estaban a su espalda se apresuraron a reír con él.

—Y entonces, ¿por qué ésta está entera? —Gruñó.

—¿Y yo cómo puedo saberlo? ¡Quizá no sea una espada del destino! —Intentó argumentar Sombrío.

—¡O quizá el caballero que la empuñaba todavía esté vivo! —exclamó con voz nasal uno de los pequeños orcos detrás del jefe.

Éste agarró a su oficial por la pechera y lo empujó violentamente contra el chico para que le enseñara la empuñadura de la espada. Sombrío parpadeó.

—Mira lo que hay grabado justo debajo de la empuñadura. ¡Mira! —rugió el orco.



Y ante sus ojos brilló algo que él no había visto antes. En el puño había grabado un símbolo, pero el metal estaba tan desgastado que nunca se había dado cuenta. Pertenecía al antiguo alfabeto del Reino de la Fantasía: una C con una piedra negra triangular en el centro. Obsidiana.

El corazón le dio un vuelco.

¡Tenía que ser la inicial de su padre, Corazón Tenaz! De todos modos, hizo una mueca de fastidio y volvió a mirar al orco.

—¿Y? —preguntó simulando indiferencia.

El otro lo levantó del suelo de un tirón y le apretó el cuello, haciendo sonar las cadenas.

—Pues que esa inicial significa que él todavía está vivo... Sabes de quién hablo, ¿verdad?

—No, ¿de quién hablas? —preguntó Sombrío casi sin aliento.

—¡Del que me sacó este ojo! ¡Malditos sean él, sus ojos sanos y su alma! Corazón Tenaz era su nombre.

Y ésta era su marca. ¡Maldito caballero! Me persigue..., ¡todavía me persigue!

¿Qué sabes de él, eh, qué sabes?

Sombrío intentó respirar, sin conseguirlo, y el orco aflojó su presa para dejar que contestara. El joven elfo disimuló una sonrisa. Aquel monstruo había conocido a su padre... Por lo visto, todos salvo él lo habían conocido, pensó amargamente. Pero recordó lo que el cazador le había aconsejado antes de partir de Belpenón, que no revelara a nadie quién era, y no dijo nada. El orco apretó con más rabia aún.

—¡Está muerto! —susurró Sombrío.

—¿Muerto...? —Escupió el otro.

—Vi sus huesos junto a la espada. No sé quién era, pero estaba muerto.

Dedos duros como el acero se le clavaron en el cuello. Le faltaba el aire. Se dio cuenta de que el orco lo estaba matando; sintió que se le doblaban las piernas y los brazos sin fuerza. Los pulmones le quemaban.

—Debió de ceder la espada antes de morir —apuntó uno de los secuaces del orco —, ¿verdad, capitán Calaverón, verdad? ¡O la espada se habría roto!

El jefe rugió y se volvió de nuevo a Sombrío.

—¡Te la cedió él! Pero... un momento, ¡ese desgraciado no se la habría entregado a un elfo cualquiera! ¡Tú... eres el hijo de aquel maldito! —aulló, comprendiéndolo por fin todo con claridad.

Sombrío estaba inerte como un monigote bajo la furia de Calaverón. Con la mirada ahora apagada, el chico estaba tratando de resistir cuando una voz rompió el silencio.

—Si estás en lo cierto y lo matas, ¡la espada morirá con él! ¡Lo has dicho tú!

Era Spica.

—¡Lo necesitas vivo! —añadió Régulus, con la cara amoratada por los golpes recibidos.

La enorme, gigantesca mano aflojó su presa lo bastante como para devolver un poco de oxígeno a los pulmones de Sombrío.

—¡Déjalo vivir y te diré todo lo que sé sobre la espada! —propuso Spica.

—¡No! —murmuró Sombrío, en un débil intento de hacer que se callara.

Pero era demasiado tarde, ella ya había empezado.

—Está envenenada con la ponzoña de un escorpión. Nadie aparte de él puede empuñarla sin envenenarse, porque fue él quien mató al escorpión. ¡Ninguno de vosotros podrá usarla nunca!

La boca del orco se abrió y el ojo sano giró en su órbita, pensativo. Por un momento, Sombrío creyó que de todas formas iba a morir; ahora el orco ya sabía lo que quería. En cambio, sorprendentemente, la mano lo dejó caer al suelo y las horrendas facciones del coloso se distendieron en algo que podía ser una sonrisa o, mejor, una mueca sarcástica.

—Pielhuesos, llama a Calambre y a Urtico. —Gruñó finalmente Calaverón.

Un orco que hasta el momento había asistido a la escena con la cabeza metida entre los hombros, retrocedió de un salto rápido y luego desapareció por la puerta de

la choza.

—Y tú, Calloso, llévate la espada. Haz que la coloquen en la explanada grande, y lleva a estos señores para que asistan al espectáculo. Quiero que la señorita tenga claro el poder de los orcos —dijo Calaverón entre risas.

Y sólo cuando éste se fue, Sombrío se dio cuenta de verdad de que aún estaba vivo. Pero ¿por cuánto tiempo?

26. Calambre y Urtico



LOS prisioneros fueron arrastrados fuera de la choza y la luz cegadora del sol, que caía a plomo sobre el campamento de los orcos, los cegó.

Sombrío no acertaba a pensar en un modo de huir. Había demasiados orcos por allí, y ellos estaban desarmados, y sin el precioso macuto que contenía la brújula de Floridiana y el trino de las hadas. Aunque hubieran conseguido escapar, no habrían podido hacer gran cosa.

—Lo siento —le susurró Spica mientras algunos orcos sujetaban sus cadenas a un cepo poco distante del de Sombrío—. No..., no podía dejar que te matara.

Él, con la garganta aún ardiendo, asintió con la cabeza y se dio cuenta de que, pese a las lágrimas, el rostro de la chica tenía una expresión resuelta y obstinada. No le hizo ningún reproche.

Fue Robinia quien lo hizo.

—Sólo era una táctica, no iba a matarlo... Si de verdad quería la espada, ¡no se habría arriesgado a perderla!

—¿Y tú cómo lo sabes? —la reconvino Régulus, entornando los ojos ante la fortísima luz del día.

—Bueno, no estoy segura... Sólo sé que ahora estamos en un buen lío.

—También lo estábamos antes, si a eso vamos —contestó Régulus.

—Pues ¡ahora más que antes! —se empecinó Robinia, señalando la espada apoyada en una piedra, en el centro de la explanada—. ¡Si la perdemos, pobres de nosotros! ¿Es que tengo que recordaros que es la única arma capaz de liquidar a los caballeros sin corazón? Sin esa espada tenemos pocas posibilidades de sobrevivir. Eso en el caso de que logremos soltarnos y huir de aquí...

La frase resonó en la explanada, que de repente había quedado en silencio. El orco de nombre Callosa, vigilante pese a parecer somnoliento y distraído, dijo:

—Así que ése es el secreto que esconde el arma. Gracias por contármelo, pequeños elfos repelentes.

Y, mientras lo decía, corrió a contarles a sus superiores lo que había oído.

—¡Muy, pero que muy hábil! —masculló Régulus.

Spica miró a Sombrío y trató de darse ánimos. Quizá había sido una ingenua, era cierto, pero le pareció que a él no le importaba. Más bien intuía que, como siempre, su amigo iba ya un paso por delante y pensaba, no en lo que había ocurrido, sino en lo que iba a ocurrir. Miraba a Veneno como si supiera algo que a ellos se les escapaba, así que también ella posó su mirada en la espada del destino. Y nunca como en aquel momento le pareció que aquella hoja iba a decidir su suerte.

Los reflejos verdes del arma relucían a la luz del sol y Sombrío seguía mirándolos mientras pensaba, preocupado, qué hacer, pero las ideas que le pasaban por la cabeza se esfumaban todas tan de prisa como relámpagos. Su única esperanza eran Pavesa y

Fósforo.



Pero había algo más, algo que no habían dicho acerca de la espada. Tal vez no todo estuviera perdido.

Suspiró y la garganta le dolió, luego paseó la vista alrededor, por la explanada, y pensó con mucha calma que no, que aún no había acabado todo. No mientras quedara una esperanza.

Pavesa vio pasar a sus amigos, heridos y cansados, arrastrados por los orcos como si fueran sacos, y sintió que se le encogía el corazón. Recordaba bien aquel hedor horrible, recordaba el miedo que había sentido al ser capturada, tiempo atrás, cuando atravesaba aquellas tierras...

Se deslizó hacia adelante con su paso bamboleante de oca, procurando que no la vieran los orcos. *Fósforo* la seguía, silencioso, escabulléndose de una sombra a otra, de la tela de una tienda a la esquina de una choza, hundiéndose de vez en cuando en la suciedad que imperaba por todas partes. Ambos tenían las plumas sucias y polvorientas. Ambos estaban cansados y tenían miedo.

Por los fragmentos de conversación que lograron captar, comprendieron que estaban hablando de una espada.

—Veneno —murmuró Pavesa.

No había sido fácil entrar en el campamento y la oca sabía que salir sería aún más difícil, pero, extrañamente, eso era lo último que la preocupaba. Una sola pregunta llenaba su mente: ¿de qué forma podía ayudar a sus amigos?

Siguió a un grupo de orcos que reían mientras le clavaban el diente a una pierna de jabalí asado que goteaba grasa, y se deslizó sin ser vista hasta detrás de una gran tienda. La rodeó y se halló frente a la explanada.

En el centro resplandecía el brillo verde de Veneno mientras que, alrededor, encadenados bajo el sol ahora alto, estaban Spica, Régulus, Robinia y Sombrío.

Pavesa le hizo un gesto a *Fósforo* para que permaneciera en silencio y el dragoncito plumado se aplastó junto a ella y miró a sus amigos con sus ojos amarillos.

—Ahora observemos. Sólo tenemos que esperar el momento apropiado —murmuró la oca.

La multitud de orcos se abrió y en la explanada hicieron su aparición dos figuras: un orco gordo y bajo, con largos collares y un turbante de color verde ácido y la corta barba recogida con un lazo. Y un segundo orco que no llevaba ningún adorno salvo un turbante similar al del orco que lo precedía.

—¡El gran Calambre ha llegado! ¿Quién ha hecho llamar con urgencia al gran Calambre? —rugió el primer orco.

Desde donde estaba, Pavesa vio adelantarse a Calaverón. Llevaba una especie de corona formada por la calavera de un dragón rojo erizada de puntas óseas que se

abrían en abanico encima de su cráneo. Sus largos cabellos pringosos le caían sobre la cara y los hombros. Todos los orcos mantuvieron un silencio cargado de tensión.

—¡Yo te he hecho llamar! —Gruñó rabioso Calaverón—. Si no hubieras venido, habría hecho que te trajeran aquí a rastras y te despellejaran vivo —añadió en voz más baja.

Las cabezas de los espectadores se volvieron hacia Calambre para observar su reacción. El recién llegado escupió al suelo, como si esas amenazas ni siquiera hubieran sido pronunciadas.

—Una sola palabra mía y mis tesoritos te habrían dejado seco —contestó mientras un pequeño escorpión asomaba del turbante de su ayudante, Urtico.

—Es bueno saberlo, porque entonces, ¡lo primero será arrancarte la lengua! —vociferó Calaverón.

Calambre estalló en una carcajada y, tras un instante, Calaverón hizo otro tanto. Al cabo de unos segundos, también de los espectadores se alzaron risas chabacanas, como si, en vez de atroces amenazas, los dos orcos hubieran intercambiado un saludo amistoso.

—Bueno, ¿qué quieres? —preguntó finalmente Calambre—. ¿Que le diga a mi ayudante que suelte a mis simpáticos bichitos para que diviertan a tus prisioneros?

Pavesa sintió que se le helaba la sangre al oír las risas que siguieron a la pregunta.

—Todavía no. —Gruñó alegremente Calaverón—. Antes, me gustaría que explicaras a nuestros gentiles huéspedes que los orcos no son tan idiotas como creen.

—Con mucho gusto. ¿Cómo?

—Uno de ellos tenía consigo esta espada, ¿lo puedes creer?

—No irás a decirme que un elfo...

—Ese chico ha liquidado a doce de los nuestros antes de que pudiéramos pararlo —murmuró Calaverón adelantándose un paso.

Una voz salió de la muchedumbre que se había reunido en el campamento:

—Así es, señor. ¡Lo he visto con mis propios ojos! ¡Con mis propios ojos!

Sombrío miró a Calaverón y a Calambre con gesto de orgullo. El calor abrasaba el suelo y el hierro que le sujetaba las muñecas.

—Por tanto, debe de ser un... ¿caballero de la rosa? Y ésta, una espada del destino.

—No puede ser de otro modo: ésta es una espada del destino y, para manejarla, a la fuerza él tiene que ser un caballero.

—Cierto, cierto. —Estuvo de acuerdo Calambre.

—¿Y los demás? ¿Qué armas tenían? —graznó Urtico.



—¡Puros trastos! ¡Cosas de principiantes! ¡A mí sólo me interesa ésta! —contestó Calaverón con voz atronadora.

—Bueno, pues ya la tienes, ¿no? —respondió Calambre, indiferente—. ¿Qué quieres de mí?

—¡Mírala atentamente!

—¿Por qué, qué tiene? —preguntó, acercándose.

—¡Es verde! —gritó Urtico.

—Ya veo —murmuró Calambre, estudiándola—. Sí...

—Igual que el veneno de los escorpiones que... —prosiguió Urtico.

Un gesto colérico de su jefe hizo que se callara.

—¿Cómo se ha vuelto de este color?

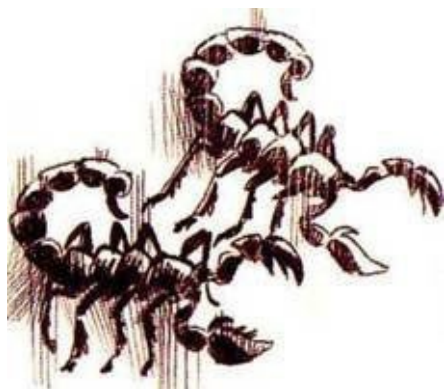
—Por lo que parece, el chico mató a uno de tus animalitos venenosos.

El rostro de Calambre palideció y se volvió, si cabe, aún más horrendo y repugnante. Silbó como una serpiente lista para atacar.

—Bien, ¿qué quieres que haga?

—Dos de mis orcos han muerto entre los dolores más atroces sólo por haber empuñado esta espada. Quiero saber si su veneno es realmente de escorpión y si por eso mata a cualquiera que trate de empuñarla.

—Sólo un veneno potentísimo habría podido impregnar el metal. Y tiene todo el aspecto de ser veneno de uno de mis escorpiones gigantes. Te confirmo también que, si no es su legítimo dueño, quienquiera que la toque morirá —murmuró, mirando a Calaverón a los ojos.



—Cualquiera —respondió el otro— excepto quien sea inmune al veneno de escorpión. Como tú, por ejemplo.

—Así pues, ¿quieres que compruebe tu teoría poniendo mi vida en peligro?

Calaverón sonrió y un hilillo de baba se le escurrió de la boca.

—Tú no eres el único inmune al veneno, ¿o me equivoco?

—Hum, si lo hago tú tendrás la espada. ¿Y yo qué gano?

—Podrás decirle a Brujaxe que has matado al último caballero de la rosa.

Calambre levantó la cabeza y parpadeó a causa del sol ardiente.

—Sí, me gusta la idea... —contestó con una risita. Luego ordenó—. ¡Urtico!

Su ayudante dio un temeroso paso adelante, aterrorizado ante la idea de aquel diabólico plan.

—¡Empuña esa espada! —le dijo Calambre.

—Mi señor, yo...

—Estás a mis órdenes y vas a obedecer.

—Pero podría matarme —gimió.

—Tú crías escorpiones y eres inmune a su veneno, ¿no? Igual que yo. No te pasará nada.

—Pero...

—Sí no lo haces, te mato yo. Y ahora mismo.

Tragando saliva, Urtico obedeció. Se acercó a la espada, la observó entornando los ojos y luego se frotó las manos grasientas, armándose de valor para tocarla. Finalmente, tendió la mano húmeda y temblorosa. El silencio era absoluto.

Sombrío contemplaba la escena mientras oía latir su corazón acelerado. El sol estaba en lo alto. No había sombras. Junto a él, Spica respiraba despacio; al otro lado, Régulus parecía nervioso.

A disgusto, Urtico agarró la empuñadura. Luego levantó el arma y, durante un brevísimo momento, todos contuvieron la respiración.

—No es posible —susurró Régulus.

—¡No! —gimió Robinia.

Sombrío se quedó mudo mirando a aquel orco empuñar a Veneno, su Veneno, y levantándola a media altura.

Urtico la hizo girar un instante y luego se volvió hacia Calambre.

—¡Estoy vivo! ¡Todavía estoy vivo! —celebró.

Los orcos estallaron en un clamor.

27. Nuevas órdenes



ERO la alegría de los orcos duró poco. Urtico apoyó la punta de la hoja en el suelo y Sombrío sintió que la espada le transmitía un débil palpito.

—¡Déjala o morirás! —gritó con voz ronca.

Sintió que mil ojos asustados lo miraban.

—¿De veras? —Gruñó Calambre acercándose a él—. Pequeño, insignificante elfo, estás decepcionado, ¿verdad que sí?

—Dile que la deje —masculló él con los dientes apretados.

—¡Por supuesto! —se rió Calambre malévolo—. Eso te gustaría, ¿eh?

—Os estoy avisando. ¡Ninguno de vosotros conoce el verdadero poder de esa espada! —respondió el joven elfo, preguntándose si él mismo lo conocía realmente.

Los ojos de Calambre brillaron con ferocidad, pero no le dio tiempo a replicar, porque un grito se alzó desde el centro de la explanada. En el rostro de Urtico se dibujó una mueca de horror. También Pavesa contuvo la respiración.

Veneno estaba cambiando de forma. Después de que Sombrío estuviera a punto de convertirse en madera por la herida de la hoja embrujada del Implacable, en el Reino de los Gnomos de Fragua, también su espada, indisolublemente ligada al destino de su dueño, había adquirido el poder de transformarse en madera, madera viva y poderosa.

Y fue lo que hizo.

Ramilletes de raíces verde ácido brotaron de la empuñadura y se retorcieron alrededor de la muñeca de Urtico, mientras otras se clavaban en el suelo, hundiéndose en él.

El orco trató de desenredarse, pero no lo consiguió: la espada lo había apresado ya. Finas raíces se alargaron por su brazo y lo aferraron como cadenas. Mientras Urtico gritaba de terror, su mano se volvió de madera y su piel empezó a hacerse dura como una corteza de árbol bajo la mirada alucinada de los demás orcos, que, paralizados de terror, no hacían nada por ayudarlo.

Fósforo se movió y Pavesa se recobró del susto justo a tiempo para entender que aquél era el momento de actuar. Alargó el cuello, abrió las alas y susurró rápidamente unas palabras antiguas e incomprensibles.

Un temblor sacudió el aire ardiente y llegó hasta Urtico, o al menos a lo que quedaba de él. Una llama azul envolvió la espada. Los orcos gritaron horrorizados mientras Pavesa y *Fósforo* corrían hacia sus amigos.

Sombrío gritó: «¡Las cadenas!», e intentó levantar los brazos.

La oca recurrió a otros hechizos, pero cometió un error, y antes de romperse, el hierro se puso incandescente y quemó la piel de los chicos. En la explanada sonaron más gritos, una mano agarró a Pavesa del cuello y la sacudió, interrumpiendo el encantamiento; *Fósforo* recibió un empujón y acabó tirado sobre un montón de viejas corazas.



Sombrío intentó olvidar el dolor de sus muñecas y se lanzó hacia Veneno en medio de los orcos, que corrían aterrorizados. Casi la había alcanzado cuando la voz de Calaverón lo detuvo.

—¡No lo harás! —atronó.

—¿Y por qué no? —preguntó él.

Pero en cuanto volvió la cabeza lo entendió. Spica estaba entre los brazos de Calambre, inmóvil, con los ojos desencajados y un pequeño escorpión negro en el hombro, cuya cola le rozaba el cuello desnudo, listo para inyectar su veneno.

—¡Coge la espada! —le gritó ella valientemente.

Durante un breve instante, Sombrío trató de pensar en un modo de apoderarse de Veneno y, al mismo tiempo, salvar a Spica.

—Tú eres inmune a la toxina de mis pequeñuelos, pero estoy seguro de que tus amigos no lo son. ¿Acaso no es así? —Gruñó Calambre.

Sombrío no podía sacrificar a nadie, pero sobre todo no podía sacrificar a Spica. Bajó lentamente la mano.

Calaverón se arrojó sobre él como un rayo, lo agarró sin que opusiera resistencia y le dio un puñetazo.

En medio de la barahúnda cada vez más ensordecedora, todo se le volvió negro en un instante.

Separados por kilómetros y kilómetros de mares y tierras, otros pasos se movían con rapidez y avanzaban decididos. Era el galope veloz de los unicornios.

A lomos de Misela, Stellarius casi había llegado al Reino de los Orcos, pero, más raudo aún, el caballero, montando en Coletín, se encontraba ya en la frontera del Reino de las Brujas.

Allí el cielo estaba oscuro y resultaba oprimiente. Ruidos profundos y cavernosos,

lamentos y chirridos resonaban en el aire, llevados por el viento. Coletín resopló y se paró de golpe, para después sacudir sus crines plateadas y mover elegantemente la cabeza, como diciendo que de allí no iba a pasar.

Entonces, el caballero se dio cuenta de que había llegado. Soltó las crines del unicornio y tomó aire.

—Sí, tienes razón, ya has hecho mucho por mí —dijo desmontando y mirando los ojos limpios de Coletín—. Te doy las gracias. Ahora vete, vuelve con tu hijo.

El unicornio relinchó levantando el largo cuerno hacia el cielo y, dando media vuelta, retomó el camino de su casa.

«Yo ya no tengo casa», pensó el caballero. La isla de los Caballeros ya no existía. Y tampoco la tenía en el Reino de los Bosques. Todo, o casi todo, había sido destruido.

Se enfrentaría a las brujas. Él. Aquella misión sólo le correspondía a él.

Un retumbar sordo, semejante a un trueno, subió de las alturas situadas a su espalda, mientras que frente a él se erguía una colina cubierta de arbustos amarillentos y enfermos. Luego, un débil rumor entre éstos atrajo su atención. El rumor se repitió, más cercano.

El caballero esperó con la mano en el puño de la espada. Ya lo habían visto, y esconderse habría sido inútil.

De pronto, una figura encapuchada apareció a su espalda girando un bastón en el aire. El elfo se volvió y paró el golpe con la agilidad propia de alguien con su adiestramiento.

Sus ojos se cruzaron con los de su agresor y ambos se quedaron quietos, perplejos.

—¿Brazofort...? —murmuró el caballero con el cejo fruncido, al reconocer la mirada de su primer maestro de armas.

El bastón cayó al suelo y una débil sonrisa apareció en el rostro del anciano caballero.

—Habría debido imaginar que vendrías —susurró—. Tarde o temprano...

—Me alegra ver que todavía estás vivo —contestó él, bajando la espada y devolviéndole la sonrisa.

—¿Vivo? Sí, lo estoy, aunque no sé si se puede llamar vida a una existencia pasada escondiéndose y luchando... Pero sí —siguió diciendo—, ahora me siento vivo, ahora que te veo llegar. ¡Mi discípulo más hábil y valiente!

El caballero negó con la cabeza.

—Creía que...

—Como todos. Me creen muerto, pero sobreviví. Pues bien, amigo mío, si estás



aquí, tendrás un plan, y quiero conocerlo. Pero antes tienes que contarme dónde has estado y qué has hecho durante estos años. Tenemos muchas cosas que decirnos y poco tiempo para hacerlo: la Reina Negra está reuniendo a sus huestes y está preparada para lanzar el asalto final. Creo que quiere atacar directamente el Reino de las fiadas, y nosotros no podemos permitirlo, ¿verdad? Pero ven, aquí estamos al descubierto. Vamos a mi refugio, donde podremos hablar y estudiarlo bien todo. Quizá tu llegada sea precisamente la señal que esperaba, ¡la señal de que ahora algo va a cambiar! —Luego se rió, le dio una palmada en el hombro y añadió, incrédulo —: Corazón Tenaz, ¡es un verdadero placer volver a verte! Pero ¿qué ha sido de tu espada?

El caballero sonrió con amargura y pensó en su hijo, Sombrío, al que apenas conocía, tan parecido a su madre, pero también a él de joven.

Si quería salvarlo, tenía que derrotar a Brujaxe.

Cuando Sombrío se despertó, los orcos corrían de un lado a otro rápidamente, con prisas. Algo estaba sucediendo. Los sustos por el hechizo de Pavesa y por el fin de Urtico eran cosa del pasado.

Miró a su alrededor y no vio a nadie. Sus amigos habían desaparecido, llevados quién sabía adonde, pero tal vez aún vivos. Pavesa, después de haber provocado la llamarada azul y roto las cadenas, se había esfumado.

La situación no era muy distinta. Pero ahora estaba solo. Se sentó y parpadeó sin dejar de mirar alrededor: lo habían encadenado a un poste exterior de la choza de Calaverón.

—¡Sí, señor! Enseguida, señor, pero Calambre dice que trasladar a sus animales sin su ayudante requerirá mucho tiempo. —Oyó decir a uno de los jóvenes orcos.

La voz de Calaverón, que no se encontraba lejos, resonó dura como el granito:

—¡Que se las apañe! ¡He dicho que tenemos que estar listos esta noche y esta noche estará listo él también! ¿Está claro? La Reina Negra nos ha llamado, tenemos que partir llevándonos con nosotros a todos los dragones. ¡A todos! ¡Como no esté listo, lo trituraré con mis propias manos! ¡Díselo!

El joven orco retrocedió sin mirar, tropezó en las botas de Sombrío, se incorporó de nuevo y echó a correr, farfullando:

—Sí, sí, por supuesto, señor, se lo diré, por supuesto...

Desde el interior de la tienda, la poderosa silueta de Calaverón, tocado aún con la calavera de dragón, se adelantó con expresión siniestra.

—¡Pielhuesos! —gritó desde el umbral.

—¡Sí, señor, aquí estoy, señor! —contestó el orco más delgado, llegando con los brazos balanceándosele a los costados y aire perplejo.

—¿Cómo van con los huevos? —preguntó el jefe, nervioso.

—Casi todas las cajas están llenas, señor...

—¡Bien!

—... pero creo que los adiestradores tienen algún problema con los dragones

rojos, señor.

—¿Qué quieres decir? —rugió Calaverón.

—Unos dragones se han cargado a un par de los nuestros. —Fue la balbuceante respuesta de Pielhuesos.

—Hum. ¿Y los esclavos?

—Están en los carros, cerca de los Espejos, señor, atados y a la espera de órdenes. No les quitamos los ojos de encima, señor.

Calaverón asintió.

—Calloso pregunta por Colamocha, el dragón azul. ¿Qué hacemos con él? —preguntó Pielhuesos.

El pérfido ojo negro de Calaverón se entornó:

—Las órdenes de la Reina Negra son claras. ¡Matadlo!

—Calloso dice que es una lástima, porque no tenemos ningún otro tan feroz.

—¡Calloso es idiota! Estas bestias son ya de por sí bastante peligrosas. ¡Nadie es capaz de controlar a ese dragón! Si Calambre quiere jugarse el pellejo intentando domarlo, que lo haga, ¡yo me quedaré tan contento!



El orco joven tartamudeó:

—En-entonces, ¿qué le digo, señor?

—Que lo envenene, como ha hecho con los demás.

Pielhuesos dio un paso atrás.

—¿Y el prisionero? ¿Lo llevo con los demás, señor?

—No, de él me ocuparé personalmente. Quiero ver si tengo razón.

—¿Razón, señor?

—La espada ya está perdida —observó con una risa maligna—, y algunas de las brujas creen que este elfo podría ser realmente un caballero de

la rosa...

—¿Lo matamos, señor? ¿Quiere que lo lleve a la choza de las torturas?

Calaverón reflexionó un momento.

—Sí... Bueno, no. ¡Se me acaba de ocurrir una espléndida idea!

—¿De verdad, señor?

—Dile a Calloso que su amado dragón se enfrentará con el chico. ¡Así matamos dos pájaros de un tiro! —Luego se inclinó hacia Sombrío y le sonrió de una manera horrible—. ¿Estás listo, caballero?

El chico tembló, pero sólo dijo:

—Pagarás por esto.

Calaverón estalló en horrendas carcajadas.

—¿Ah, sí? ¿Y quién me lo hará pagar? Tus palabras no son más que aire, elfo.

Tus amigos se convertirán en esclavos de mi reina, tu espada está condenada y tú... ¡tú acabarás antes que ella! Sí, quiero disfrutar del espectáculo. Será una muerte larga y dolorosa. Y yo estaré allí viéndote morir. ¡Sí, será todo un placer! —concluyó, echándole el aliento a la cara.

Luego se marchó, riéndose.

Sombrío se revolvió, tratando de liberarse de las cadenas, pero las fuerzas le fallaban. Sus amigos habían sido capturados y pronto se convertirían en esclavos de las brujas. Y él..., él estaba a punto de servir de alimento a aquel dragón feroz. No tenía ninguna esperanza de sobrevivir.

Mientras pensaba en todo esto, sonaron los cuernos y, al poco rato, el cielo se vio oscurecido por bandadas de dragones.

28. Sin escapatoria



L campamento hervía de orcos. Régulus los observaba desde detrás de los barrotes de la jaula en que lo habían encerrado junto con Spica y Robinia. Habían pasado horas y no tenía ni idea de qué le habría ocurrido a Sombrío, y tampoco tenía noticias de Pavesa y *Fósforo*. Robinia seguía llorando sin poder parar, en silencio.

Los orcos habían cargado provisiones en los carros. También la jaula en que los chicos estaban prisioneros. Régulus, encadenado a los barrotes, no podía hacer otra cosa salvo mirar. Su hermana y Robinia estaban detrás de él.

Esperó a que el orco de guardia se alejara y dijo:

Se están preparando para marcharse.

—Pero ¿por qué? ¿Y adónde? —preguntó Robinia.

No lo sé.

Spica añadió:

—Tenemos que conseguir escapar. Debemos ayudar a Sombrío.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

Se callaron mientras el orco de vigilancia, armado con un tridente, pasaba por delante de la jaula con pasos lentos y medidos.

Régulus suspiró.

—Los barrotes son de hierro, y nuestras cadenas también. Mira, hermanita, no creo que podamos liberarnos fácilmente.

—No os servirá de nada revolveros tanto. ¡Jamás conseguiréis huir! —gritó, riéndose el joven orco de guardia, que los había oído—. ¡Y ahora, silencio!

—Solos nunca lo lograremos —susurró Robinia.

—Pero ¡Sombrío necesita ayuda! —replicó Spica, decidida—. Quién sabe adónde lo habrán llevado... ¡Lo matarán!

—Tranquila, ya verás como se las arregla. Ha vencido a adversarios mucho peores, como los caballeros sin corazón.

—Pero entonces tenía a Veneno. Ahora, en cambio, ¡no tiene nada!

—Es más hábil de lo que crees —la atajó Régulus. Y añadió—: Deberías dejar de sentirte responsable...

—Pero ¡es que soy responsable! —replicó Spica.

—Si no te hubieran amenazado, habrían amenazado a otro de nosotros. ¿Crees que Sombrío habría reaccionado de otra manera?

—No, pero...

Fue interrumpida por los atronadores cuernos de batalla de los orcos, mientras las tropas se reunían y un escuadrón pasaba a la carrera.

—Y ahora ¿qué sucede? —dijo Régulus, volviéndose.

Un siniestro estruendo se alzó de la colinas del oeste y unos aullidos le hicieron eco. Los chicos se taparon los oídos con las manos y levantaron los ojos al cielo.

Nunca habían visto un espectáculo como aquél. Sombras oscuras se perfilaban más allá de las colinas y, al sonido de los gigantescos cuernos, enormes siluetas se elevaron en el cielo. Régulus oyó gritar a Spica y a Robinia.



Tuvo la impresión de que el corazón le dejaba de latir de terror. Eran dragones. Bandadas de éstos, pertenecientes a las razas más diversas, los sobrevolaban llevando orcos a cuestas. Alas enormes se abrieron y batieron poderosamente, levantando polvo y tierra.

Tras la partida de los escuadrones volantes, en el campamento se intensificaron los preparativos del resto de las tropas. El carro en que se encontraban los chicos empezó a moverse lentamente en dirección a los Espejos de las Hordas. Los orcos debían de haber recibido orden de abandonar aquel reino, pero ¿por qué?

Pavesa estaba en otro carro, encerrada en una estrecha jaula para gallinas. Por suerte, nadie se había dado cuenta de que era ella quien había hecho el encantamiento con *Fósforo*. Aunque el hechizo no había servido de mucho, pues no había llegado a tiempo de liberar a sus amigos y ahora también ella estaba presa. La oca se preguntaba qué habría sido del dragoncito. No se lo veía por ningún lado.

Se volvió y descubrió a dos orcos jóvenes que preparaban el carro de Calaverón; consiguió oír lo que decían.

—¡Esto no es justo! —se quejaba uno.

¡Muévete o Calaverón nos liquida!

¡Precisamente esta vez que podríamos haber asistido a un bonito espectáculo! ¡Colamocha contra un elfo! ¡Eso es algo que no se ve todos los días!

Bueno, ya sabemos cómo acabará: el dragón azul despellejará al elfo en cuestión de segundos.

A Pavesa se le encogió el corazón. ¡Estaban a punto de arrojar a Sombrío al cerco de piedra para que luchara contra el feroz dragón azul!

Trató desesperadamente de manipular la cerradura de su jaula, pero no le quedaban fuerzas y no acertaba a usar sus poderes. Sólo entonces percibió una pequeña forma oscura que se escabullía furtivamente entre las chozas. «¡Fósforo!», pensó justo cuando el dragoncito plumado alcanzaba el gallinero.

—Pronto, ayúdame a salir. ¡Rápido!

Una bola de llamas verdosas ardió y golpeó la cerradura, reduciéndola a cenizas. Pavesa, por fin libre, corrió a toda velocidad hacia el gran cerco de piedra, esperando llegar a tiempo para advertir a Sombrío y hacer algo para salvarlo.

Stellarius viajaba con rapidez, pero no lo bastante; se dio cuenta en cuanto tuvo a la vista las cimas de los montes Negros, ya en el límite norte del Reino de los Orcos.

De pronto, oyó un estruendo llevado por el viento y a lo lejos vio una nube

ondulante oscurecer por un momento la luz del sol.

El unicornio ralentizó su vuelo y sacudió su hermosa cabeza de crines blancas.

—¡Dragones! —murmuró el mago entre dientes.

Luego espoleó de nuevo al unicornio y, sin titubear, reanudó su vertiginosa carrera hacia los acantilados ventosos del Reino de los Orcos.

29. El destino de Sombrío



CUANDO Calaverón lo hizo caer del carro, Sombrío se encogió de dolor. Las contusiones le dolían, pero trató de olvidarse de ellas y miró a su alrededor. Estaba delante del cerco. El trayecto había sido breve.

En el campamento, los orcos se preparaban para marcharse y por allí no había nadie. Sólo Calaverón con los orcos Calambre y Calloso.

Por las breves conversaciones que había oído aquella tarde, Sombrío había comprendido lo que pasaba. Los orcos se iban del campamento, reclamados por la Reina de las Brujas. Los batallones alados ya habían partido hacia el Reino Oscuro, y el resto del ejército viajaría a través de los Espejos de las Hordas.

Pero había algo que Calaverón quería hacer antes de dejar aquel reino: matar al dragón azul y matar a Sombrío. Así se vengaría por el ojo que Corazón Tenaz le había arrancado en combate, y si a su muerte Veneno se quebraba, tendría la certeza de haber matado a otro caballero de la rosa.

Sombrío sabía que no era el último caballero y, al pensarlo, se sintió menos solo. Pero para él la situación era realmente desesperada. Ya había visto aquel lugar desde el cerro, entre los árboles. Había contemplado el enfrentamiento entre los dos dragones, y no lo había olvidado. Pero esta vez el duelo sería desigual: un dragón azul contra un elfo.

—¿Has hecho lo que te dije? —preguntó Calaverón.

—Claro que sí..., pero no me alegra la idea de matar al último dragón azul —protestó Calloso.

—¡No me importa si te alegra o no! —Gruñó Calaverón.

Sombrío levantó la cabeza y trató de sentarse; luego, miró al otro lado del cerco de piedra que delimitaba el terreno de la lid y, en el centro, distinguió el enorme cuerpo del dragón. Se estremeció. ¿Cómo podría vencer a una bestia tan feroz? ¡No tenía la menor esperanza de salir vivo de aquella lucha!

Como si hubiera captado sus pensamientos, la imponente figura azul se movió con serpenteante elegancia y bajó las alas aprisionadas, haciendo tintinear las cadenas. Sus ojos, de un amarillo intenso, se abrieron y de sus narices se alzó un humito gris.

Sombrío intentó pensar a toda velocidad, pero el miedo y la intranquilidad le impedían seguir un hilo lógico.

No tenía consigo a Veneno. No tenía ninguna arma. Sólo disponía de sus manos, y ni siquiera sabía si se las desatarían antes de arrojarlo como comida para el dragón. Esta vez no sobreviviría.

—Vamos, que tenemos que partir lo antes posible —dijo Calaverón.

Sombrío intentó moverse para recuperar la circulación de los brazos, en los que sentía un hormigueo.

Pensó que Brujaxe tenía prisa porque tenía miedo. Quizá temía al último

caballero de la rosa. Y eso, pese a todo, para él significaba una esperanza. Por tanto, no podía rendirse.

—¡La Reina Negra está reuniendo a sus ejércitos para el ataque final y tiene prisa! —añadió Calaverón.

—Sí, pero... —empezó a decir Calloso—... sí el dragón engulle al muchacho, ¿quién matará al dragón?

—Buena observación. Sin embargo, si el dragón tragara por equivocación un poco de veneno... —añadió Calaverón colgando un saquito del pecho de Sombrío.

Luego estalló en una lúgubre risa, que fue seguida por las carcajadas de los demás orcos.

—¿Qué veneno es? —preguntó Sombrío.

Calaverón le lanzó una mirada siniestra. Acto seguido, escupió en el suelo y respondió entre risotadas:

—Ácido. Ácido de pita roja con alguna pequeña modificación mía. ¿Tantas ganas tienes de descubrir cómo vas a morir, elfo? —Y añadió, sin dejar de reír—: ¿Por qué no? ¡Díselo tú, Calambre! ¡Explícaselo bien, así será más divertido observarlo mientras se retuerce!

—Como quieras —respondió el otro orco, divertido—. Vas a pagar por haber matado a uno de los escorpiones gigantes que crié con tanto amor y que le regalé a Brujaxe. Sucederá más o menos así: el dragón te devorará de un bocado, y; este saquito está hecho de un material que se deshace al contacto con el calor; en la garganta de esa mala bestia hay calor, ¡vaya si lo hay!

Calloso asintió, aplaudiendo y carcajeándose.

—Así pues, cuando el dragón se te trague —prosiguió Calambre—, este saquito se disolverá entre sus dientes y le llenará la boca de ácido. En un solo instante, se matará a sí mismo y te matará a ti, si por desgracia aún estuvieras medio vivo. A un dragón como ése no se lo puede aniquilar con flechas o espadas,

¡sus escamas son demasiado fuertes y lo protegen muy bien! La única solución es destrozarle las entrañas desde dentro. ¿No te parece que ha sido muy amable por mi parte encontrar un modo de hacer que muera de prisa?

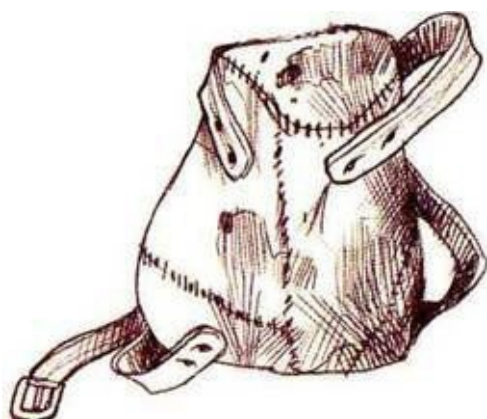
—¿De prisa? —repitió Calaverón, desolado.

—Oh, sí... ¡Por supuesto, pero después de unos instantes de delicioso dolor! —se regodeó Calambre.

Luego, dio un tirón a la cuerda que ataba a Sombrío, haciendo que éste acabara en el suelo boca abajo.

—Y así mataremos dos pájaros de un tiro —concluyó Calaverón.

Rápidamente le soltaron las correas que le aprisionaban las piernas y lo pusieron



en pie.

Mientras, Pavesa había llegado hasta detrás de las rocas del cerco, jadeando por la carrera. Aún no era demasiado tarde, pero ahora se sentía cansada, como si hubiera corrido kilómetros y kilómetros. A su espalda, el campamento ya estaba desmontado y filas de orcos se dirigían aullando a los Espejos de las Hordas, arrastrándose detrás de carros, provisiones, armas, escorpiones, huevos de dragón y... prisioneros. Pero en ese momento ella no tenía tiempo de pensar en los demás chicos.

Antes de nada, tenía que intentar ayudar a Sombrío; después, iría con él a liberar a los demás, que, encerrados en una jaula, por el momento corrían menos peligro. O al menos ésa era su esperanza.

Se desentumeció las alas. *Fósforo* llegó hasta ella y luego, fijando sus ojos amarillos en el enorme dragón, gimió y dio un paso adelante.

—¡Quieto! —le ordenó Pavesa con tono decidido.

El dragoncito se detuvo y se volvió para mirarla con aire inquisitivo.

La oca cogió una piedrecita con el pico y la tiró por encima del círculo de rocas. Se produjo un resplandor, seguido del estallido de un rayo. Pequeñas saetas color púrpura irradiaron desde las piedras irregulares como si fueran una pared invisible; luego, la piedra pasó al otro lado y aterrizó en el suelo de tierra batida. Una barrera de energía protegía el cerco. *Fósforo* resopló, erizando las plumas, y Pavesa asintió.

—¿Por qué crees que ése —dijo, señalando al dragón azul— está aún ahí dentro? Porque no puede huir...

En ese preciso instante, Calloso golpeó una de las rocas puntiagudas con su tridente y saltó una chispa. La barrera zumbó y se apagó.

Agarraron a Sombrío, lo arrojaron al interior del cerco, y Calambre lo siguió con un trotecillo.

La desesperada valentía del chico, que caminaba cansado pero decidido hacia su destino, llenó de angustia el corazón de Pavesa, que seguía preguntándose cómo ayudarlo. No podría hacer más que improvisar.

El dragón azul emitió un gruñido sordo, como si le desagradara que lo molestaran. Evidentemente, se trataba de un nuevo espectáculo. Aunque sin espectadores. Qué raro.

Levantó sus párpados oscuros, que le protegían los ojos del resplandor del sol cuando, durante horas, contemplaba cómo viajaba libre por el cielo, libre como él nunca lo había sido. Se preguntó quién sería aquel ser minúsculo de orejas puntiagudas que acababan de tirar a su jaula. No le gustó y bufó.



Era pequeño, pero como los insectos más pequeños, podía esconder un aguijón venenoso. También los orcos eran pequeños, pero cuando él no obedecía, le pinchaban una pata o la cola con aquellos horribles palos suyos.

Sombrío miró a su vez al enorme dragón, sintiéndose examinado por sus enormes ojos amarillos. Teniendo en cuenta su tamaño, él no era más que un pequeño bocado para la fiera. Un bocado mortal, pero el dragón no podía saber ese detalle.

Se quedó de pie, quieto, incluso cuando el animal levantó la cabeza para observarlo, enviándole su fétido aliento.

No fue por valor ni por aturdimiento, sino porque estaba pensando febrilmente qué hacer. Si hubiera tenido las manos libres...

Después de reactivar la barrera, Calambre se movió a lo largo de la cara interior de la circunferencia hasta alcanzar la cadena que ataba el cuello de la bestia.

—¡Vamos, despedázalo, adelante! —gritó.

El dragón volvió la cabeza lo bastante como para mirar al orco con expresión asesina. Gruñó y tensó el cuello hasta hacer balancearse la cadena. Calambre, lejos de preocuparse por ese comportamiento, se echó a reír y golpeó el perno de hierro con su tridente fulminante.

Rayos purpúreos treparon como serpientes por la cadena y se apagaron a medio camino, pero el terror brilló en los ojos de Colamocha como si lo hubieran alcanzado.

Los rayos habían aflojado la cadena para permitir al dragón moverse con mayor agilidad dentro del cerco.

—¡Adelante, mala bestia! ¡Manos a la obra! ¡Enseña a tu señor de qué están hechos los dragones azules! ¡Abre esa bocaza!

Colamocha emitió uno de aquellos lamentos rabiosos que habían acompañado a Sombrío y a sus amigos desde su llegada a aquel reino, y el sonido retumbó en la arena con el fragor de un terremoto. El chico retrocedió un paso y entornó los ojos, procurando no pensar que aquellos colmillos afilados como navajas podrían ser lo último que viera.

El dragón erizó entonces las escamas azules que le cubrían el cuello, adquiriendo un aspecto aún más temible. Sus colmillos parecían duros como el acero, y sus ojos, de un amarillo intenso, lo miraban fijamente, hambrientos y rabiosos, en señal de desafío. Sombrío retrocedió otro paso.

A la luz púrpura del ocaso, un breve centelleo refulgió sobre las escamas del dragón. Sombrío lo percibió y saltó a un lado, esquivando así el movimiento fulgurante de su adversario. Rodó por el suelo hasta cerca de las rocas.

Calaverón se rió.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¿Es que acaso quieres escapar, caballero?

Cuando se recobró, Colamocha estaba ya escupiendo sus rayos. Sus fauces despidieron dos líneas de fuego que Sombrío consiguió esquivar agazapándose en el suelo, pero sintió cómo el aire se adensaba y crepitaba violentamente a pocos centímetros por encima de su cabeza.



Con un enloquecido lamento, el dragón se abalanzó entonces sobre él, que evitó por un pelo las garras de las patas delanteras y rodó otra vez a un lado mientras el animal giraba sobre sí tratando de golpearlo con la cola.

En ese instante, Sombrío comprendió lo que tenía que hacer. No tenía más remedio.

Se lanzó sobre la cola del dragón y la fiera volvió a intentar golpearlo. Lo logró, arrojándolo con inaudita violencia contra una roca, pero su plan había funcionado: las escamas de la cola, cortantes como filos, habían cortado las correas que le sujetaban los brazos.

Afortunadamente, la cota que llevaba seguía entera y había amortiguado el golpe. El dolor, con todo, fue lacerante.

Aturdido, se movió justo a tiempo de evitar los colmillos de la fiera y, lo más de prisa que pudo, se arrancó la correa que le sujetaba el veneno al pecho y lo tiró lejos. El saquito atravesó la barrera de rayos mágicos y el calor que se liberó por el contacto lo desgarró. Luego cayó al suelo, fuera del cerco.

Una nube rojo púrpura se levantó de él. Callosa, que estaba cerca, recibió los vapores del ácido y, en un segundo, entre gritos atroces, de él no quedó más que un montón de huesos pelados cubiertos de polvo rojo.

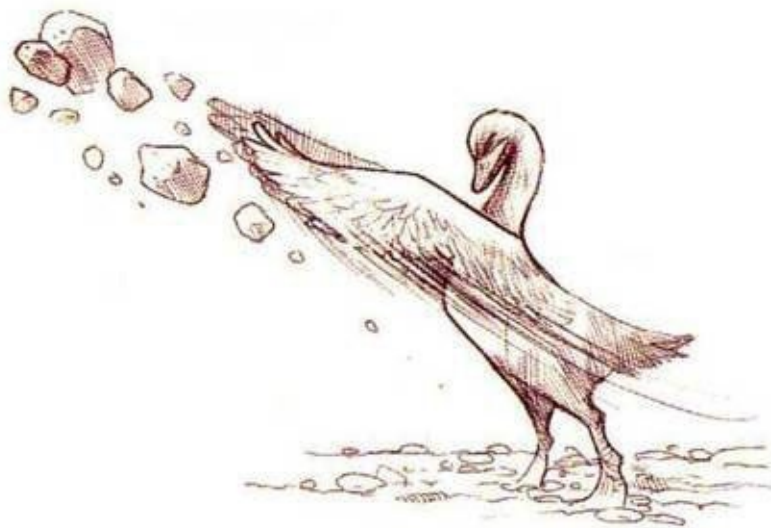
Calaverón gruñó de rabia, pero sabía que el chico no conseguiría evitar por mucho tiempo los ataques del dragón.

Sombrío estaba cansado. Tenía la vista nublada, no comía desde hacía horas, sentía dolores en todo el cuerpo y, cuando la zarpa del dragón le aplastó la mano izquierda, traspasándosela, gritó.

Durante un largo, un interminable instante, el joven miró al dragón y el dragón lo miró a él.

Pavesa, que seguía la escena desde bastante cerca, temblaba de impotencia, no sabiendo de qué forma intervenir.

Fue *Fósforo* el que encontró la solución. Corrió hasta detrás de una piedra y, con la cola, la lanzó dentro del cerco; la piedra golpeó una de las gigantescas patas posteriores de Colamocha. De pronto, también ella comprendió lo que tenía que hacer: distraer al dragón. Y quizá indicarle una presa más apetecible. Se deslizó por el lado exterior del cerco hasta llegar a espaldas de Calambre, que, dentro del mismo, estaba listo para azuzar al dragón con su tridente. Moviendo las alas, Pavesa levantó en el aire dos, tres, cuatro piedras y las arrojó contra el lomo de Colamocha, que, fastidiado, giró por fin su largo cuello escamoso.



Los terroríficos ojos amarillos se posaron en Calambre mientras la oca se escondía detrás de una de las grandes rocas y, por mucho que la asustara el gruñido del dragón, trató de concentrarse en el paso siguiente: arrebatar el tridente de las manos de Calambre, para que éste no pudiera reaccionar ni defenderse de la fiera.

La fuerza que puso en el hechizo fue tal, que el arma resbaló de la mano del orco, giró en el aire y se clavó fuera del cerco.

Entonces, el poderoso cuerpo de Colamocha abandonó a Sombrío y, dándose media vuelta, encaró a su torturador. Calambre soltó una especie de chillido mientras el chico lograba escabullirse.

Todo ocurrió en un segundo. Calambre se volvió para huir, pero el dragón fue más rápido y lo atacó con toda su furia. Pavesa, que estaba muy cerca, oyó un zumbido y entendió que el campo mágico que formaba la barrera invisible se estaba abriendo. El orco corría, pero fue alcanzado por la cola del dragón y rodó por el aire. Decapitado.

Fósforo aprovechó para deslizarse dentro del cerco. Pavesa gritó para detenerlo, pero no lo consiguió. Ahora no sólo Sombrío, sino también el dragoncito estaba en

peligro y a ella ya no le quedaba energía para intentar otros hechizos. Poco antes de perder el sentido, pensó que estaban los dos solos contra la locura de la fiera. Después, su mente vagó en una niebla sin tiempo ni espacio.

El dragoncito plumado corrió desesperado hacia el joven elfo, que cogió el tridente de Calambre e intentó desclavarlo del suelo; pero estaba demasiado débil. Tiró una, dos veces, puso toda su fuerza en el empeño, y lo manchó con la sangre de su mano. Por fin, el arma obedeció sus deseos y sus tres dientes brillaron amenazadores.

Sombrío sintió un bufido y se volvió. El dragón lo miraba con ojos siniestros; él, manteniéndose en pie a duras penas, blandía el tridente, inseguro acerca de cómo usarlo.

Al advertir que la respiración del dragón se hacía más rabiosa, *Fósforo* saltó hacia adelante y se interpuso entre él y el chico, con las plumas erizadas en un intento de atemorizar o, al menos, distraer a Colamocha. Tanto Sombrío como el dragón azul lo miraron, con desesperación el primero, con curiosidad el otro. *Fósforo* amenazaba a Colamocha para defender al joven elfo.

Éste le gritó:

—¡Apártate!

Pero centellas de fuego verde salieron de las narices del pequeño dragón plumado. Y, sorprendentemente, Colamocha dudó. Sus fauces hicieron amago de volver a cerrarse y Sombrío intuyó que, si en ese momento bajaba el tridente, quizá tuviera alguna posibilidad de sobrevivir. Y, con la mano sangrando, en la que sentía unos pinchazos atroces, dejó el arma en el suelo, consciente de que los terribles ojos amarillos seguían hasta el menor de sus movimientos.

—¡No quiero hacerte daño! ¡No quiero luchar contigo! —gritó, con la esperanza de que sus gestos tuviesen mayor poder que sus palabras.

La estrella de su frente brilló bajo su cabello húmedo de sudor. Y la luz se reflejó en los enormes ojos amarillos de Colamocha. De alguna manera, se había tendido un hilo que unía los ojos del joven elfo con los del dragón.

Entretanto, todos parecían haber olvidado a Calaverón, que observaba la escena rojo de rabia.

—¡No te salvarás, maldito elfo! —gritó.

Agarró su tridente y lo arrojó contra la pata del dragón, para azuzarlo. Las puntas metálicas se clavaron entre las escamas de una vieja cicatriz y Colamocha rugió de dolor y furia. Se volvió, arrancó el arma y la partió con los dientes como si fuese un palillo, y luego arremetió de nuevo contra Sombrío.

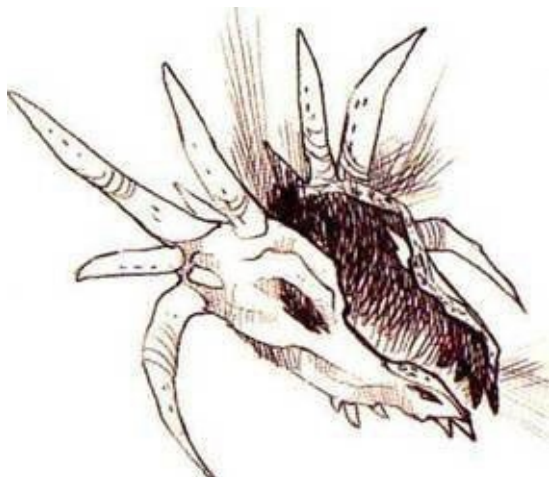
El hilo de entendimiento que se había creado entre los dos se cortó y el chico, instintivamente, hizo algo que ni siquiera él se esperaba. Recogió el tridente que antes había arrojado al suelo y lo levantó antes de que el furioso Colamocha lo embistiera. Luego, lo lanzó fuera con todas las fuerzas que le quedaban en el cuerpo.

La punta describió una larga parábola y finalmente alcanzó su objetivo. Se clavó

en Calaverón.

Éste no se apartó, porque nunca habría imaginado que él fuera el blanco.

El arma lo golpeó violentamente: la calavera de dragón que le cubría la cabeza se quebró en dos mitades perfectas y el cuerpo del orco cayó al suelo ruidosamente.



El instante siguiente pareció interminable. El rugido grave y furibundo de Colamocha subió hasta muy arriba en el cielo. Entonces Sombrío se puso delante de *Fósforo*, protegiéndolo del posible ataque con su propio cuerpo. Estaba demasiado cansado para aprovechar el hueco que se había abierto en el cerco de piedra y huir. Y, además, aunque hubiera tenido fuerzas para hacerlo, no habría podido correr más de prisa que aquel enorme dragón enfurecido. Así que se

limitó a dejarse caer al suelo, sin dejar de proteger a la vez al pequeño amigo que lo había defendido tan valerosamente, y se preparó para lo peor. A continuación cerró los ojos y, por encima del latido desbocado de su corazón, oyó el sonido de las cadenas que se rompían y luego caían pesadamente a tierra.

Colamocha se había soltado.

30. Lucha contra el tiempo



L ciclo se teñía con la tenue luz del crepúsculo. El sol era ahora un disco lejano y las sombras se alargaban como dedos estirados para acariciar la tierra.

En el cerco de piedra, el dragón azul resopló de nuevo, amenazador. Sombrío estaba exhausto. Paseó la vista alrededor y descubrió a Pavesa, desmayada al otro lado del círculo de rocas. Con movimientos cautos, se acercó al perímetro del cerco y la llamó por su nombre. Afortunadamente, la oca se sacudió las plumas y alzó su largo cuello.

—¿Cómo estás? ¿Puedes levantarte? —le preguntó Sombrío.

—¡Estás vivo! —dijo ella estupefacta, jadeando—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el drag...? —Pero se interrumpió, al cruzarse sus ojos con los terribles ojos amarillos. Tragó saliva. Intentó levantarse y, si bien las patas no la sostenían demasiado bien, lo consiguió—. Tenemos que alejarnos —murmuró.

—Sí —asintió el chico, depositando a *Fósforo* en lo alto de las piedras y ayudándolo a salir de allí.

Él, en cambio, permaneció donde estaba; es más, volvió atrás. El dragón azul emitió un extraño sonido y un bufido amenazador mientras lo observaba con su mirada oscura y profunda.

—Ánimo, date prisa, tenemos que reunirnos con los demás —lo apremió Pavesa.

—¡No podemos dejarlo aquí! —objetó él.

—¿A quién? ¡Tienes que alejarte enseguida! ¡Nos devorará!

Sombrío negó con la cabeza.

—No, no lo creo. Al menos no por ahora... Me gustaría soltarle las alas; aprisionado así, está condenado a morir. Ninguna criatura merece semejante trato.

Pavesa se estremeció al recordar su propia esclavitud. Estaba cansada y la fuerza mágica se le había agotado; la vista se le ofuscaba por momentos, pero veía muy bien que el dragón los estaba mirando. El joven elfo parecía el único que no estaba asustado.

—Manteneos lejos —dijo el chico con decisión, y se acercó cautelosamente a la fiera.

Colamocha alzó la cabeza y la sacudió, desconfiado, tratando de adivinar las intenciones de aquella extraña criatura que parecía no tenerle miedo, ni amenazarlo tampoco.

Sombrío avanzó con las manos en alto. Una vez más, la estrella de su frente se encendió con una luz que se reflejó en los ojos amarillos del dragón. Como fascinado por el resplandor, éste retrajo el cuello y dejó que el elfo se le aproximara.

Los cierres de las ligaduras que le bloqueaban las alas eran de un material resistente, pero a Sombrío no le costó mucho abrirlos. Estaban hechos para resistir colmillos, no manos. Rozó con los dedos las escamas azules, casi vítreas, de la pata

posterior del dragón, y Colamocha dio un respingo y gruñó, como recordándole que podía arrancarle la cabeza en cualquier momento. Pero en realidad parecía más aterrorizado que él.

—Deja que te suelte las alas, así podrás irte volando de aquí. ¿No era eso lo que querías? Los dragones azules están hechos para volar... —susurró.

Parecía que su voz tranquilizara a la enorme criatura y la estrella reflejada en sus ojos empezó a brillar con mayor intensidad.

Con movimientos lentos y tratando de refrenar su miedo, Sombrío soltó por fin las cadenas de ambas alas, que cayeron flojamente al suelo. Luego retrocedió un paso.

—Ahora estás libre —dijo con un murmullo.

Colamocha era peligroso, pero no era malo, como él ya había intuido. Había vislumbrado una chispa de conciencia en aquellos ojos. Y mucho horror.

Ello y dragón estaban ambos asustados y atraídos por el otro.

—Ahora puedes marcharte —dijo de nuevo el chico—. Estás libre.

Luego se volvió y, lentamente, se alejó. Fue con Pavesa y *Fósforo*, que lo miraban atónitos, y dijo:

—Y ahora nos toca a nosotros. Tenemos que liberar a los otros.

Rápidamente, con una energía insospechada, echó a correr hacia el campamento de los orcos: tenía que llegar a las tiendas y encontrar a sus amigos. Su angustia crecía a cada paso que daba. ¿Y si a Spica y a los demás les hubiera ocurrido algo? ¿Y si los orcos querían deshacerse de ellos? No, él lo impediría. Costara lo que costase.

Mientras esos pensamientos bullían en su mente, el aire se vio sacudido por un estruendo similar a un trueno; Sombrío comprendió que Colamocha había desplegado las alas y por fin había alzado el vuelo. Libre como jamás lo había estado.

Ante el fragor, las últimas formaciones de orcos, que se habían retrasado esperando el regreso de Calaverón, empezaron a aullar y huyeron rápidamente hacia los Espejos de las Hordas.

—¡Ahora también los orcos saben que el dragón está libre! —gritó Pavesa.

Pero Sombrío no replicó. Corrió a toda velocidad hacia los Espejos. La estrella de su frente refulgía como un pequeño sol e incluso desde muy lejos sus amigos la vieron y reconocieron.



—¡Estamos aquí, Sombrío!

Él los vio agitar los brazos y gritó:

—¡Pavesa! ¿Puedes hacer algo?

—¡No me quedan fuerzas! —chilló la oca.

Probó con un hechizo para detener el carro en que viajaban Spica y los demás, y que estaba a punto de cruzar un Espejo de las Hordas, pero sin lograrlo.

El carro aceleró, traqueteando entre los cantos. Robinia agitó los brazos, gritando, Régulus se agarró a los barrotes y Spica, detrás de él, gritó también algo.

Pero ya era tarde. Sombrío estaba demasiado lejos y ellos demasiado cerca del Espejo...

El carro sobrepasó el borde de la poza. Un cono de luz cegadora se formó en el aire, dibujando siniestros remolinos sobre el cielo ya oscuro, y los Espejos se tragaron a los orcos.

Luego, uno tras otro, los remolinos se apagaron. Todo había sido inútil. Los Espejos se habían vuelto a cerrar. A sellarse.

Sombrío chilló. Tropezó y cayó. Y luego volvió a chillar. A continuación, una sombra cayó sobre sus ojos.

Sintió que algo áspero le lamía la cara. Entreabrió los párpados y vio a *Fósforo*, que lo miraba con sus ojos amarillos. La cabeza le zumbaba, pero distinguió la voz de Pavesa, que decía:

—¡Se ha despertado!

En ese instante, empezó a recordar... Había logrado salir del cerco sin que el dragón azul lo despedazara, había corrido para alcanzar a sus amigos prisioneros, que iban en los carros de los orcos... y no lo había conseguido.

Los orcos, asustados al ver a Colamocha volar libre sobre ellos, se habían precipitado hacia los Espejos de las Hordas y los habían atravesado, arrastrando con ellos su carga de provisiones, armas, huevos de dragón y prisioneros.

A Régulus, a Robinia y a Spica se los habían llevado lejos. Y los ojos de Spica, aquellos ojos azules como un cielo sereno, habían sido lo último que había visto. Ahora también su amiga le había sido arrebatada con violencia.

Luego recordó haber perdido las fuerzas y haberse desvanecido. Sí, lo recordaba todo, y, durante un rato, apretó los párpados para vencer el dolor que le quemaba el pecho como un fuego que no acertaba a apagarse.

—¡No lo he conseguido! —murmuró—. Nunca debería haberlos traído conmigo.

—No los matarán, los mantendrán presos —dijo Pavesa tratando de consolarlo.

Sombrío prosiguió, como si hablara consigo mismo:

—¡Estamos atrapados aquí! No hay más puertas mágicas. Y los Espejos de las Hordas han sido sellados.

—Tú tenías una piedra para abrirlos, ¿no?

—Me la quitaron los orcos.

Pavesa sonrió.

—Bueno, entonces es probable que Calaverón quisiera llevársela personalmente a la Reina Negra. Así que debe de haberla guardado en su macuto.

En los ojos verde oscuro de Sombrío saltó una chispa.

—Es verdad —dijo—. ¡Tenemos que encontrarla!

Tomó en brazos a la oca, se subió a *Fósforo* al hombro y se dirigió de nuevo hacia el cerco.

Se pararon para recuperar a Veneno y la escena que Pavesa contempló se le quedó grabada, por lo extraordinaria que fue. Obedeciendo a la mano de Sombrío, Veneno retrajo las raíces y volvió a ser, en todo, la reluciente espada de reflejos verdes que siempre había sido. Resbaló de la mano de madera de Urtico para volver a las únicas manos que podían empuñarla y, por un instante, brilló con un verde intenso. Sombrío la envainó y reanudó su camino, cansado como nunca antes lo había estado.

Cuando llegaron al cerco ya oscurecía, y decidieron pasar allí la noche. No había ni rastro de Colamocha.

Encontraron el macuto de Calaverón y hurgaron ansiosamente en su interior. ¡El trino de las hadas y la brújula de Floridiana estaban allí! Sombrío miró la aguja de la brújula largo rato, con la esperanza de que le indicara el camino. Pero no se estaba quieta, sino que giraba y giraba sin señalar ninguna dirección.

La piedra para abrir el Espejo de las Hordas, en cambio, no apareció. Encendieron fuego y se sentaron para descansar. Pese al dolor y la angustia, Sombrío estaba tan exhausto que cayó en un sueño profundo.

Un leve sonido de cascos lo despertó antes del alba, cuando la claridad del nuevo día ya empezaba a iluminar los acantilados. Con los ojos hinchados y la boca pastosa, se obligó a espabilarse y se puso de pies, desenvainando a Veneno. Pero la espada no

vibraba y Pavesa y *Fósforo* dormían aún, muy juntos; el fuego se había apagado.

—Stellarius... —murmuró incrédulo.

El mago, a lomos de un unicornio blanco, sonrió y Sombrío se frotó los ojos, convencido de estar soñando.



31. La turquesa

Lectulandia

TELLARIUS les contó lo que había ocurrido en Siemprinvieno, les habló del hada Nevina y de que el caballero y él habían decidido separarse para continuar, el uno hacia el Reino de los Orcos y el otro hacia el Reino de las Brujas.

—Está acostumbrado a batallar, se las arreglará bien —dijo el mago.

Sombrío asintió, estremeciéndose y esperando que aquel misterioso elfo sobreviviera para poder hablar con él al menos una vez más; pese a su desconfianza inicial, había algo en el cazador que lo fascinaba y lo empujaba a tratar de saber quién era. Y a preguntarle por qué lo había ayudado en más de una ocasión.

Luego le tocó al chico referir todo lo que les había sucedido a él, a Régulus, a Spica y a Robinia. Mientras terminaba su relato, el mago miró el campamento desolado. No quedaba ya nada, a no ser las columnas de humo de las hogueras, ahora apagadas, y la empalizada de huesos. También la Olla de los Dragones había sido vaciada de huevos.

Se mostró muy sorprendido al saber que aún existía un dragón azul vivo. A continuación dijo:

—Los dragones son criaturas maravillosas y... ¡maravillosamente complicadas! Existen de muchas clases. Se han adaptado a vivir en cada rincón del Reino de la Fantasía desde los tiempos más remotos. Y los dragones azules, en fin..., en el pasado eran llamados «dragones migratorios». Ninguno de ellos era capaz de cambiar su modo de vivir, cazar o volar según las necesidades. Se dice que al principio no eran azules, sino que adquirieron ese color a fuerza de viajar por el cielo, para confundirse con él. La envergadura de sus alas fue aumentando con el tiempo para que pudieran sostenerlos en sus larguísimos viajes. Captando la energía del aire y las nubes, hicieron de los rayos su arma más poderosa. Eran animales muy solitarios. Según se dice, construían sus nidos en una isla lejanísima que la leyenda llama la isla Errante. En ella ponían huevos una sola vez en el curso de su vida y los pequeños que nacían eran autosuficientes de inmediato. Un dragón azul podía llegar a los quinientos o seiscientos años de vida, y alcanzar una longitud de noventa o cien metros, incluida la cola. Por lo que me decís, el dragón que habéis visto no debe de tener más de quince o veinte años. Nadie sabe cómo, pero hace mucho tiempo, los caballeros de la rosa consiguieron lo imposible, domarlos, y nació entonces la unión que todos conocen... Pero si se los maltrata y humilla, pueden volverse enemigos letales. Ahora sabes por qué me asombra que no te haya carbonizado con sus rayos, muchacho.

Sombrío siguió mirando al mago en silencio.

—En determinado momento, me pareció que algo lo hechizaba. Quizá la luz ardiente que emanaba de su estrella —dijo Pavesa.

«Y con su ardor doblegar la insensible llama...».

De repente, la frase de la profecía de Enebro apareció en la mente de Sombrío. Más clara que nunca.

Stellarius sonrió y le preguntó al chico:

—Y tú, ¿qué crees que ha ocurrido entre vosotros dos?

Sombrío agachó la cabeza, pensando.

—Vi la estrella reflejada en sus ojos. Estaba hechizado por mi luz, pero no sé por qué.

El mago asintió.

—Como sabes, ni tú ni ninguno de los elfos estrellados elegís la estrella que lleváis impresa en la frente, es el cielo el que decide qué astro asignar a cada niño en sus primeros años de vida. Y así fue también en tu caso: Sirio fue la estrella que eligió tu frente para brillar aquí abajo, en la tierra del Reino de la Fantasía. De ese modo, su polvo luminoso quedó fijado en ti como un signo capaz de comunicar mucho de lo que no se puede decir con palabras. ¡Reflexiona! —le dijo, mirándolo a los ojos—. Probablemente, en la estrella de tu frente ese dragón preso y sufriente reconoció la libertad.

El joven elfo frunció el cejo y la estrella parpadeó con fuerza, como si estuviese orgullosa. Pavesa se quedó boquiabierta, mientras que *Fósforo* trataba de esconderse entre las ropas del mago.

—Y es precisamente la libertad lo que tú le has devuelto. Esa criatura lo supo ver, jovencito. La pena es que se haya marchado volando, dejándote aquí solo. Pero creo que, después de todas las torturas que había padecido, no se podía esperar otra cosa. Ahora, sin embargo, volvamos a nosotros, porque el tiempo apremia. Teníais una piedra para abrir los Espejos, una turquesa chamuscada... ¿Dónde está?

—Nos la han arrancado de las manos. Primero los crepusculares y luego los orcos, cuando nos capturaron. Y no la hemos encontrado. La hemos buscado incluso en el macuto de su jefe —explicó Pavesa, señalando el cuerpo de Calaverón—. Pero no está, deben de habérsela llevado con ellos.

—¿Y habéis mirado a ver si el orco la lleva encima? —sugirió Stellarius.

Sombrío puso cara de extrañeza.

—¿Encima?

—Estoy seguro de que sabía lo valiosa que era la piedra y que no se la habría confiado a nadie. Si la llevaba encima, todavía estará ahí...

En efecto, la encontraron colgada de un cordón al cuello de Calaverón.

—Aquí está. ¡Y entera!

—Una vez dijiste que esta turquesa era la piedra catalizador de una de las antiguas Puertas perdidas; ¿de cuál? —preguntó Sombrío.

Stellarius suspiró.

—Hace tiempo que se perdió el recuerdo de esa Puerta y de las tierras a las que conducía...

El mago se quedó unos momentos en silencio, mirando la piedra. Luego susurró palabras arcanas. La turquesa empezó a brillar en su mano y algunas de las estrías negras que la cruzaban, huellas de la magia negra que las brujas habían practicado con ella, desaparecieron.

—Mirad, mirad atentamente y decidme lo que veis —dijo, enseñándoles la turquesa a Sombrío y a Pavesa, que se quedaron boquiabiertos.

Sobre ella se entreveía una figura esquemática, trazada con rasgos sencillos y esenciales, pero era fácil comprender lo que representaba.

—¡Un dragón! —exclamó el chico.

—¡Un dragón azul! —gimió Pavesa con voz débil.

Un instante después, la luz desapareció y la piedra volvió a ser oscura y con estrías negras, como siempre la habían visto. Stellarius les explicó:

—Ésta era la piedra de la Puerta que llevaba a la isla de los Caballeros. La Reina Negra se apoderó de ella cuando conquistó la isla y eliminó todo rastro de los caballeros..., o casi.

—La isla de los Caballeros... —murmuró Sombrío con nostalgia, al recordar que era el lugar del que provenía su padre—. ¿También iremos allí? —le preguntó después a Stellarius.

Éste negó con la cabeza.

—No lo sé. Por ahora, nuestro objetivo es alcanzar el Reino de las Brujas y derrotar a la Reina Negra. Si nuestro camino nos lleva también a la isla de los Caballeros, pues iremos y si no, tendremos que aplazar el viaje —añadió.

—No importa —dijo entonces el chico, más decidido que nunca—. ¡Ahora tenemos que ir a liberar a Spica, a Robinia y a Régulus!

—Sí, tienes razón —asintió el mago—. Pero tenemos que estar muy atentos. Al otro lado, los Espejos estarán vigilados. ¿Estáis listos?

—Yo sí —afirmó Sombrío.

—Yo también —lo secundó Pavesa.

Fósforo gruñó solemnemente.

—Pues entonces ¡adelante! ¡Vamos! —dijo Stellarius.

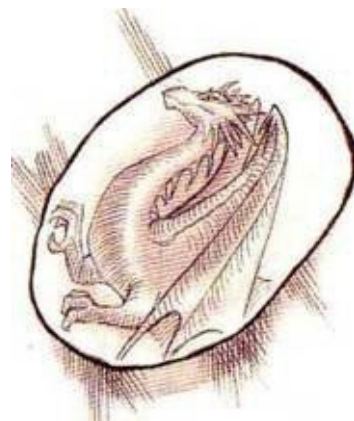
Y se dirigieron hacia los Espejos de las Hordas.

Cuando llegaron allá, con gesto ágil, el mago suspendió la piedra sobre una de las pozas y el prodigio se repitió una vez más. Esquirlas de luz centellearon sobre el Espejo que se había tragado a Spica, a Régulus y a Robinia, y una luz verde traspasó el agua y desencadenó el torbellino.

—¡Adelante! —los animó Stellarius.

Pavesa tragó saliva y avanzó un paso.

Acababa de entrar en el agua cuando Sombrío vio que las plumas de su cabeza se alargaban, las alas se le convertían en brazos, y el pico cedía su sitio a un rostro de



nariz pequeña y ojos intensos de color violeta; al volver al Reino de las Brujas, la magia que había transformado a Pavesa en oca se anulaba, y la enana gris recuperaba su aspecto original.

Entretanto, también el mago había entrado en el remolino y, justo cuando estaba a punto de desaparecer ante los ojos de Sombrío, gritó algo, pero su voz se perdió entre el burbujeo del agua.



El chico percibió un movimiento al borde del Espejo y saltó a un lado. Algo no había funcionado; los crepusculares petrificados estaban reviviendo y los estaban atacando.

Tiró a *Fósforo* al agua, pero cuando quiso seguirlo, los crepusculares se abalanzaron sobre él. Veneno refulgió con brillos verdosos mientras otros murciélagos se despertaban en el otro Espejo.

Destellos de luz mágica fulguraron del otro lado del agua, señal de que también Pavesa y Stellarius estaban luchando.

Sombrío luchó con todas sus fuerzas, pero no tardó en verse sepultado por las horribles criaturas de color amaranto. Se las sacudió de encima, cortando con su espada, y recordó lo que Spica le había contado de cuando fue atacada por los murciélagos en el Reino de las Estrellas. Entonces, sólo Stellarius había podido salvarla, pero ahora el mago estaba al otro lado del Espejo.

La luz verde que despedía el agua reverberó y él trató de lanzarse a la poza, pero los crepusculares lo derribaron al suelo y se le echaron encima, mordiendo y chillando como ratas. La luz verde se apagó...

... y un trueno aterrador sacudió la planicie de los Espejos. Estaba perdido. Tenía murciélagos por todas partes y no podía respirar, ni moverse. Sin embargo, al oír el

estruendo, las garras soltaron su presa y los atacantes se alejaron chillando.

Levantó la mirada y tuvo una visión terrorífica y maravillosa al mismo tiempo: Colamocha, el dragón azul, volaba hacia él en picado. Abrió las fauces y la inmensa luz que surgió de su boca, blanca y azul, lo cegó. El joven elfo se aplastó contra el suelo, ensordecido por el estallido del rayo. El aire crepitó.

El chico sintió que la forma alada le pasaba por encima en vuelo rasante y, cuando alzó de nuevo los ojos, la luz se había apagado. No quedaba ni rastro de los crepusculares, pulverizados por el rayo.

Incrédulo, Sombrío se arrastró hasta el Espejo y miró el agua. El umbral se había cerrado, sellado. Y se había transformado de nuevo en una simple e inútil poza.

Profirió a todo pulmón un grito de dolor y de rabia.

32. Las alas de cristal

OLAMOCHA bufó, observando a la curiosa criatura que le había dado la libertad. Parecía más pequeña y delgada que los orcos, tenía dos brazos y dos piernas, pero no colmillos. Su cara era asimismo pequeña, con extrañas orejas puntiagudas. Había conseguido matar a un orco de un lanzazo.

Pero, sobre todo, una estrella resplandecía en su frente. El sol y las estrellas eran las únicas cosas verdaderamente libres que él había visto en su vida.

Por lo tanto, también aquella criatura debía de ser libre, y capaz de trazar su camino en el mundo contando sólo con sus fuerzas. No tenía cola, tampoco alas, así que no podía ser un dragón. Pero era libre.

Ahora, la criatura estaba agazapada en el suelo y el dragón la miraba con curiosidad. Parecía muerta, pero sus ojos eran capaces de percibir la leve respiración que elevaba su pecho, luego la vida no la había abandonado. Tal vez durmiera.

Colamocha bufó de nuevo y se agachó, alargando luego el cuello sobre el terreno chamuscado y plegando las alas en posición de descanso. Después de ser liberado, con mucho trabajo había conseguido abrirlas y alzar el vuelo. Y la libertad le había colmado el corazón, como el agua colma la garganta de un sediento. Había volado hasta muy arriba, sobre el mar azul y entre las rocas quebradas de los acantilados, probando sus alas. Había hecho acrobacias y había evolucionado, entusiasmado, entre las nubes suaves y húmedas de lluvia tratando de equilibrarse con su cola truncada, y luego había subido más alto aún, hacia las estrellas. Sus luminosas luces se habían reflejado en sus ojos y una estrella en particular había centelleado con un resplandor ardiente.

Así, ebrio de luz y de libertad, había hecho una graciosa cabriola en el aire y luego había vuelto atrás. Una de aquellas estrellas, con dos brazos y dos piernas, caminaba por la meseta y, puesto que lo había liberado, el dragón sentía que estaba indisolublemente ligado a ella.

Con grandes aleteos, había regresado a tiempo para salvar a la criatura de los crepusculares y sellar con sus rayos las aberturas por las que llegaban aquellos seres malignos. Para siempre.

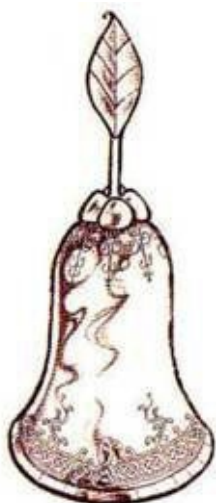
La criatura debería estarle agradecida. En cambio, permanecía agazapada en el suelo.

Sombrío no encontraba una razón lo bastante buena para moverse. Ya no podría alcanzar a sus amigos. Los Espejos de las Hordas habían sido cerrados por los rayos del enorme dragón azul, que había llegado para salvarlo de los crepusculares. Al hacerlo, había evitado que otras malvadas criaturas del Ejército Oscuro salieran por los Espejos, pero, al mismo tiempo, había sellado aquellos pasajes para siempre, impidiéndole seguir al mago y continuar su camino.

Por otra parte, Stellarius había despedido al unicornio, con lo que todas las rutas hacia el Reino de las Brujas se habían perdido.

Todo estaba perdido. Y él había quedado atrapado en aquel reino, donde no podía hacer nada para salvar el Reino de la Fantasía ni para socorrer a sus amigos.

Régulus, Robinia... y también Spica. Al volver a pensar en la chica, Sombrío sintió que se le encogía el corazón; experimentaba la sensación desgarradora de haber perdido algo precioso y no haber tenido ocasión de decirle lo importante que era para él. Apartó esos pensamientos y se obligó a reaccionar. A toda costa tenía que encontrar un medio para reunirse con Stellarius y los demás. Entre otras cosas, porque, por una broma del destino, era él quien tenía el trino de las hadas y la brújula encantada.



El tiempo pareció detenerse hasta que el sol se empezó a poner y notó frío. Sólo entonces se movió. Se sentía torpe. Se miró los brazos y se dio cuenta de que tenía pequeñas quemaduras que le habían infligido los crepusculares, y que en el aire reinaba un olor oprimente a cenizas y muerte.

De pronto, oyó un ruido. Se volvió y vio a Colamocha. El dragón se erguía poderoso ante él, con sus ojos amarillos y penetrantes mirándolo, estudiándolo. Tenía las fuertes garras ancladas al suelo, y las alas, poco antes desplegadas, se estaban cerrando elegantemente sobre su cuerpo macizo. Era evidente que el animal acababa de posarse a espaldas de Sombrío, pero el chico casi ni lo había oído, absorto como estaba en sus pensamientos. Además, pese a su enorme tamaño, el dragón sabía aterrizar con suavidad, casi imperceptiblemente.

No sintió miedo, es más, descubrió en los ojos de la fiera lealtad, orgullo y justicia, cuando antes sólo había visto ferocidad y sufrimiento. Habría podido devorarlo, pues había permanecido en el suelo como muerto durante horas, pero no había ocurrido nada. Una débil llamita de esperanza se encendió en su corazón. Los dragones eran criaturas capaces de volar rápidos como el viento y atravesar reinos enteros en poquísimo tiempo. Sombrío necesitaba viajar. Y ante él tenía un dragón.

Se levantó y la enorme bestia hizo otro tanto sin dejar de mirarlo. Pese a saber que en realidad no tenía ningún motivo, Sombrío estaba enfadado con la criatura: había sido ella que había cerrado para siempre el Espejo, igual como Fulminante, el dragón de su padre, había sellado con sus potentes rayos la puerta del Reino de las Estrellas hacía tanto tiempo. Y, al hacerlo, Colamocha lo había separado de sus amigos y de Stellarius.

Se volvió, recogió a Veneno y se la ató al costado. Luego fue hasta el borde de los acantilados de basalto.

Habría querido hacerlos añicos, tanta era su rabia, pero cuando los vio a la luz del crepúsculo, se quedó admirado. Altos farallones desafiaban el mar agitado de una pequeña bahía, en la que el Riolento caía plácidamente formando una limpia cascada.

La luz del ocaso bañaba las claras rocas pintándolas de rosa. El viento, que había

empezado a soplar de tierra a mar, parecía empujarlo suavemente al borde de los acantilados, como invitándolo a partir. Le pareció oír el lejano chillido de las golondrinas que volvían a su tierra. El antiguo Reino de los Enanos Grises volvía a ser libre.



Quién sabía si entre ellas estaría también Golondrina, el hada que los enanos habían dado por muerta. La llamó, pero nadie respondió. Realmente estaba solo...

Cuando se volvió, detrás de él vio todavía al dragón. Si le estaba ofreciendo su ayuda, él no estaba en condiciones de rechazarla.

Colamocha soltó una especie de rugido. Luego saltó hacia adelante, hacia el acantilado, y se arrojó al vacío. Sombrío tembló, lo vio precipitarse y después, de improviso, abrir las alas y ganar altura con un vuelo magnífico y liberador. Vio sus alas refulgir contra el rojo del cielo como si fuesen de cristal, brillando como el fuego; lo vio zambullirse en el agua y levantar una lluvia de peces frescos y ágiles. Aunque estaba desfallecido y desanimado, en su cara apareció una sonrisa.

El libro de Enebro se había perdido. Por lo que sabía, lo habían robado los orcos o, peor aún, se había destruido. Pero no había olvidado la profecía:

*Y MÁS ALLÁ AÚN EL CABALLERO DEBERÁ ACUDIR,
HASTA LAS AGUAS IMPETUOSAS PROSEGUIR SU VIAJE,
DONDE EL VUELO SOBRE ALAS DE CRISTAL
EMPRENDER DEBERÁ*

Sombrío tuvo que esperar algún tiempo antes de poder partir. Si hubiese viajado en aquellas condiciones, se habría arriesgado a caerse a la primera dificultad.

Primero tenía que curarse las heridas, recobrar fuerzas y aprender a montar en aquel dragón. También éste tenía que descubrir los secretos de volar y recuperarse de su larga prisión. Y aprender a entender al elfo, porque era fundamental que entre ellos dos se creara una unión.

Así, Colamocha lo siguió como un amigo fiel, cuando no de cerca, desde el cielo, como un guardián lejano.

Sombrío aprovechó para pertrecharse lo mejor que pudo en el Bosque Embrujado. Volvió a hablar con los abedules y recibió de ellos consuelo y consejos. Sus amigos podrían contar con la ayuda de Stellarius y Pavesa, no debía olvidarlo, y él tendría tiempo para llegar hasta donde estaban los chicos. Sus amigos eran lo bastante fuertes como para resistir las dificultades.

El Bosque Embrujado le proporcionó también tiras de corteza muy flexibles con que tejer una silla de montar para cabalgar sobre Colamocha.

Y Sombrío por fin lo intentó. Ató la silla al lomo del dragón, se aupó a ella y se agarró bien a las riendas, listo para hacer frente a sacudidas y a brincos imprevistos. Pero no hubo nada de eso. Colamocha abrió sus inmensas alas y, con un movimiento leve y amortiguado, alzó el vuelo.

Así, a los débiles rayos rosados del ocaso, elfo y dragón dejaron atrás los acantilados y planearon en el cielo, siguiendo las corrientes de aire.

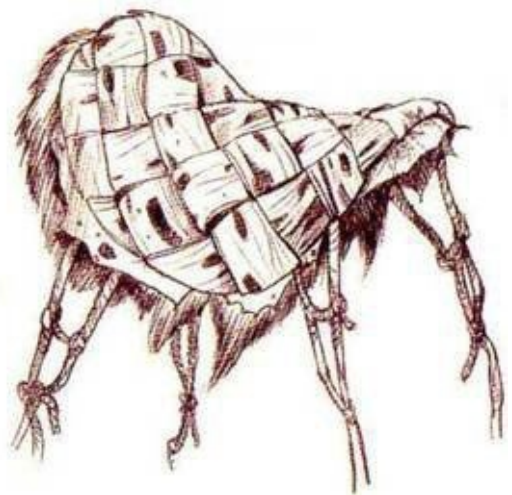
Sombrío sintió que se le cerraba la garganta: era una experiencia espléndida, pero al mismo tiempo tan increíble que sentía vértigo.

Aunque, en poco tiempo, se acostumbró a volar. Trató de usar las riendas para indicarle a Colamocha la dirección que debía seguir, pero casi no necesitó hacerlo, pues el dragón parecía percibir su voluntad incluso antes de que él le diera ninguna orden y, virando ligero, tomaba el rumbo adecuado.

En vuelo, los dos parecían haberse vuelto uno solo.

Cuando bajó del lomo de Colamocha después de aquella primera y alentadora experiencia, Sombrío descubrió que por fin la brújula señalaba una orientación. La aguja dorada indicaba, de hecho, hacia los acantilados de basalto y la extensión infinita del mar, hacia tierras desconocidas, donde nuevos encuentros y quizá nuevos peligros lo aguardaban. Y donde por fin descubriría sus raíces, de eso estaba seguro.

Una mañana, semanas más tarde, con una ligera carga de provisiones, la brújula



de Floridiana y el trino de las hadas a buen recaudo bajo la cota de malla, Sombrío montó en Colamocha, ya ensillado, y pensó que había llegado el momento.

Todo estaba dispuesto. Arco, oca, dragón y espada se reunirían para la batalla final.

—Vamos —susurró amablemente a su montura.

Al oír esa palabra, el dragón, obediente, desplegó las alas a la luz dorada del alba, reluciendo como velas tejidas de cristal. Sombrío se ciñó Veneno al costado, listo para sentir el viento en la cara y entre el cabello.

En ese instante, Colamocha alzó el vuelo y el chico se encontró en mitad del azul del cielo. Luego sintió que planeaban. El dragón volaba rápido, ascendiendo y descendiendo para aprovechar las corrientes de aire, penetrando en las pequeñas nubes blancas que encontraban y desafiando los leves vientos. La tierra, a sus espaldas, se fue alejando hasta desaparecer enseguida.

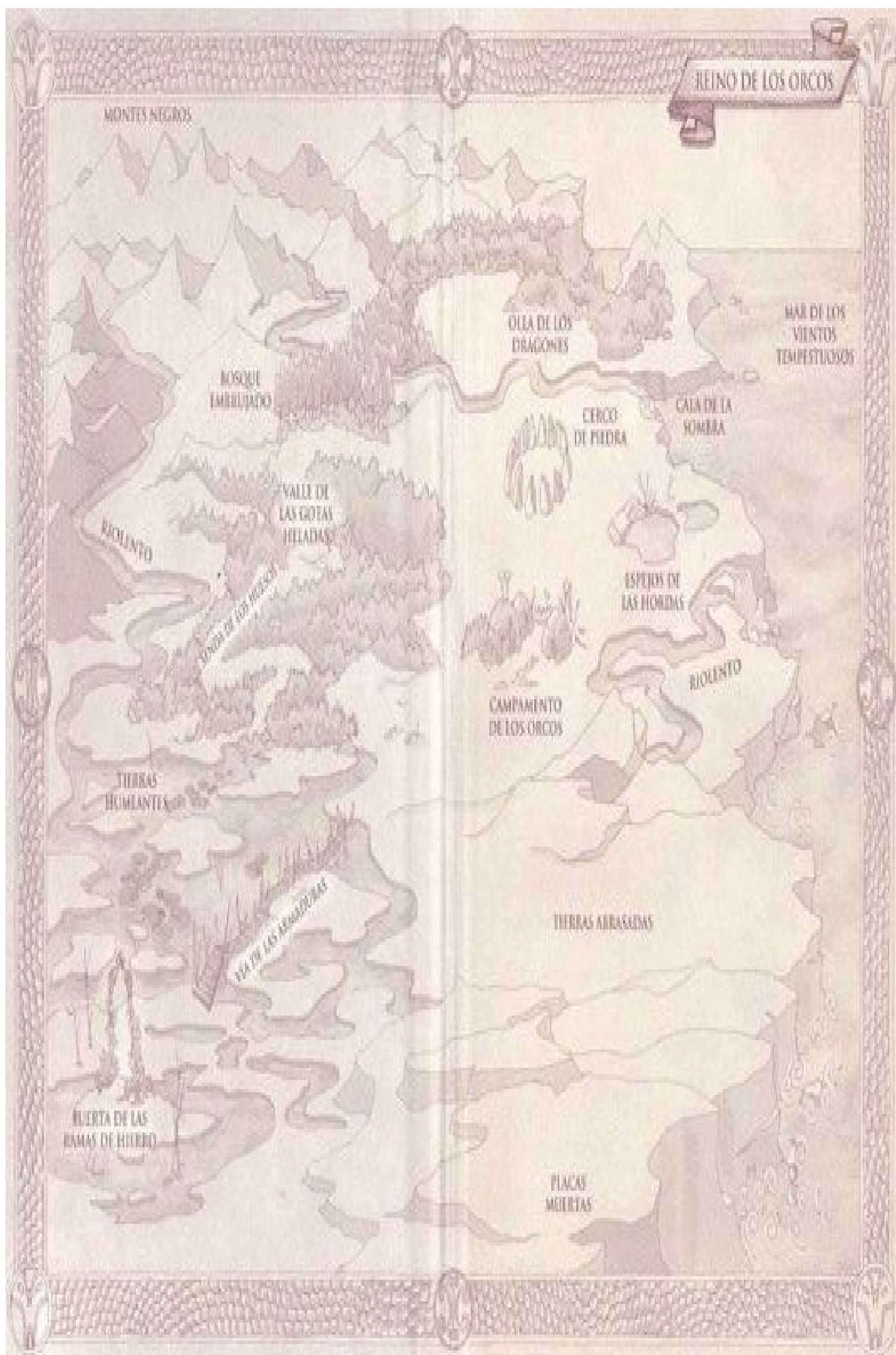
Por debajo de ellos se extendía ahora el azul oscuro del mar, que parecía una inmensa manta ondulante sobre la que se posaba, leve, la sombra sinuosa de Colamocha.

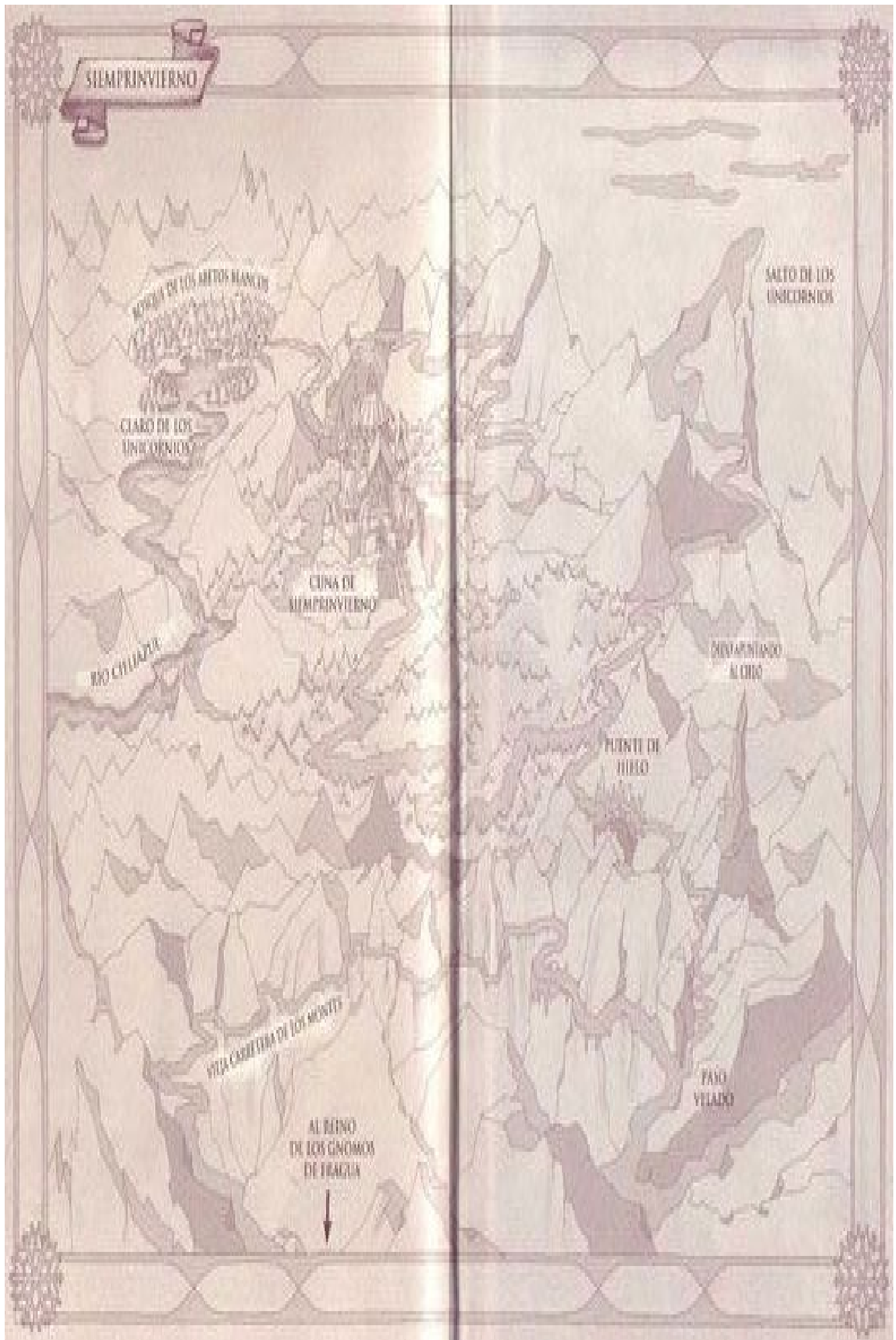
Pero el chico fijó su mirada delante de sí, en el lejano horizonte donde pronto vería aparecer otras tierras, otros reinos y, por último, el Reino Oscuro. Allí lo aguardaba su destino.



*«Y así fue como el audaz Sombrío emprendió el vuelo
y sobre las alas de cristal de un noble dragón migratorio
surcó el mar de los Vientos Tempestuosos.
Llevaba en su frente la estrella de la libertad,
resplandeciente como nunca.
La estrella de la justicia y el valor;
la luz de la amistad y el cariño.
Corría ahora por sus amigos perdidos,
desafiando las tempestades y el sol cegador,
con un dragón por compañero
y la esperanza por aliada.
Nuevos tiempos habían llegado:
una vez más, una unión ligaba a elfos y dragones azules,
¡de nuevo los caballeros de la rosa se alzarían
para derrotar a las brujas
y restituir por doquier la libertad y la justicia!
Estaba próximo el tiempo de la reconquista:
Arco, Oca, Dragón y Espada
pronto se enfrentarían a la Oscura Mesnada».*

*Mago Fábulus, Crónicas del Reino de la Fantasía,
fin del Libro Tercero.*







Todo ocurrió
de repente.

Antes de que nadie pudiera reaccionar,
las brujas ya lo habían petrificado todo.

No había quedado
nada ni nadie.

La isla de los Caballeros
había sucumbido y los pocos
supervivientes no podían nada
contra el poder oscuro de las
brujas. ¿Qué podía cambiar el
curso de la guerra? ¿Un golpe
de suerte? Quizá. ¿La magia?
Pudiera ser. O a lo mejor
bastaría con...

Un regalo del cielo

- EL NACIMIENTO DE UN HÉROE -

Esta leyenda, que los
vientos transmiten
de árbol en árbol,
comienza aquí...



Con una madre que lucha
contra las brujas por su propia
salvación...





... y por la de su pequeño, el último descendiente de los dragones azules, los dragones más nobles que han surcado nunca los cielos del Reino de la Fantasía.



Pero, en aquella época, ni siquiera los dragones podían gran cosa contra las fuerzas del Mal y su hambre de destrucción.





Y sin duda habría sido el fin
de los dragones azules y de
aquel pequeño animal...



... si del cielo no hubiera
bajado un regalo justo
en aquel instante.

El regalo era el dragón Alicante,
padre de aquella criatura indefensa.



Y con él uno de los últimos
caballeros de la rosa, cuyo
nombre se ha perdido hoy
en los recovecos de la
memoria, aunque muchos lo
conocen como «el cazador».





Pero había llegado demasiado tarde.
De la antigua isla de los Caballeros sólo quedaban desechos y ruinas, y los habitantes eran sombras de piedra. Ni un superviviente.



No quedaba más que el dolor por las víctimas caídas defendiendo aquel lugar. El dolor...



... y la rabia.

GRRRRROOOOWWWWL



Pero no estaban solos en la derrota: con ellos estaban también el maestro y el dragón *Fulminante*. Juntos lamentarían no haber llegado antes.



No obstante, las brujas no tenían intención de dejarles tiempo para recuperarse o huir, y se preparaban ya para lanzar nuevos ataques.





Las brujas se acercaban velozmente.



No era la primera vez que los caballeros se encontraban en esa situación.



También el dragón Alicante sabía cómo actuar.



Muchas veces había combatido a las brujas.



Sin fallar jamás.

Sin embargo, esa vez las
brujas eran demasiadas.
Y demasiado aguerridas.



En un instante,
Alicante comprendió
que su tiempo había
acabado...



Su último pensamiento fue
para el pequeño dragón que
confiaba al caballero.



Él lo habría
salvado...



... si el destino no hubiese tenido otros planes para cada uno de los protagonistas.



Porque, a veces, la desgracia de uno de ellos...



... puede convertirse en
una suerte para otros.



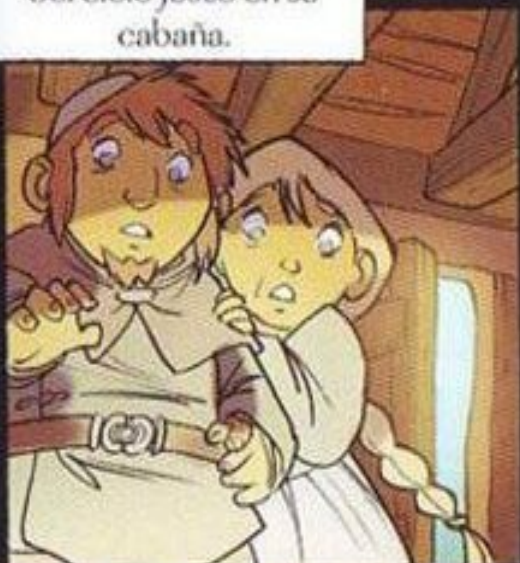
Por ejemplo, para un
joven matrimonio
del Reino de
los Enanos Grises.



Una pareja que se quedó sin palabras ante una criaturita herida, caída del cielo justo en su cabaña.



Un ser frágil y delicado, pero también destructivo y peligroso por naturaleza.



En su corazón, todo estuvo claro en seguida. Estaban destinados a cuidar de aquel ser y guardar el secreto de su existencia.

Con el paso de las semanas, el joven
dragón recuperaba su vigor.



Lo criaban con gran
cuidado y amor.



Pero también con el
sacrificio de no decirle
nada a nadie.





Al menos hasta aquella noche,
la noche en que todo cambió.







La noche en que el Reino de los Enanos Grises fue conquistado por las brujas y los orcos.



El dragón era demasiado pequeño para controlar su poder y atacó sin pensar. Ese gesto dio la alarma a todos los enanos, que tuvieron la posibilidad de salvarse de aquel ataque por sorpresa.



Los orgullosos enanos no se rindieron. Algunos guerreros ofrecieron sus vidas como última barrera frente a los orcos para que otros consiguieran huir.



Y entre aquellos valerosos héroes estaba también la cría de dragón, que habría hecho cualquier cosa para proteger a quienes lo habían criado con tanto amor.



Aquella noche, sólo los más afortunados consiguieron escapar.



Los más desafortunados fueron hechos prisioneros.





Habían pasado muchas semanas desde entonces, brujas y orcos eran los dueños de aquellas tierras.



Sólo un puñado de enanos rebeldes se escondía en los bosques.

Pero a los orcos no les importaban los rebeldes, convencidos como estaban de ser más fuertes que ellos.



Lo que fue una gran ingenuidad.

Pero una noche, llegó para los enanos el momento de reconquistar lo que por derecho era suyo.



De recuperar sus tierras.



Sus casas.



A sus compañeros prisioneros.





Y para ella, la joven enana, había llegado el momento de reencontrarse con quien creía desaparecido para siempre.



Habría detenido el tiempo entonces, pero la guerra no espera a nadie.



Por suerte, él, su amado, siempre estaba listo para protegerla.



Juntos obtuvieron la victoria sobre los orcos.

Pronto, sin embargo, llegarían refuerzos; por tanto, era hora de volver a sus refugios.



A ella le habría gustado quedarse.



Pero él la invitó a seguirlo.



Así que hicieron un pacto: no hablar jamás de aquel dragón. Era una criatura peligrosa y en su refugio del bosque no habrían podido esconderlo.



Decidieron dejar solo al dragón.



Pero el pequeño, confuso y desorientado, los siguió. De lejos, para que no lo vieran.



No podía imaginarse lo que iba a ocurrir.



Es decir, que el jefe de los orcos no estaba muerto en absoluto.



Sino que lo había fingido para sobrevivir y descubrir el refugio secreto de los enanos.





Y siguiendo al dragón,
su tarea sería
más fácil.



Corriendo por el bosque,
el dragón olfateó por fin
el olor de ella...



... y acabó encontrando
el escondite de los
enanos.



Revelando así su posición
al terrible orco.



Sólo podían
huir.



En la huida, él fue arrastrado por sus compañeros
mientras ella se quedaba atrás.



Las brujas le habían
enseñado al orco
algunas hechicerías
para aniquilar de
una vez por todas
a los enanos.



Cuando él lo comprendió,
ya era demasiado tarde.



Ella lo miró, esperando que
su amor la hiciera moverse más
de prisa.



Él la miró esperando
abrazarla antes de
que el orco lanzara
su terrible
hechizo.



Y mientras él sentía que los huesos se le convertían en raíces, seguía corriendo, indiferente al dolor.



Y también ella se movía mientras el rostro se le endurecía como una gruesa corteza.



Así fue como el destino burlón y a veces cruel permite que se rocen apenas con la punta de sus finas ramas cuando el viento sopla en la buena dirección.



El pueblo de los enanos grises desapareció, se convirtió en el que hoy se llama el Bosque Embrujado.





Alguien, sin embargo,
no se había resignado.



El orco había convertido en
árboles a los seres más amables que
había conocido, y se vengaría.



Hervía de rabia y se sentía
terriblemente culpable de lo
sucedido.



Aquel orco
pagaría con
su vida.



Ése gesto le costó caro al dragón, al que los orcos que acudieron le cortaron la cola.

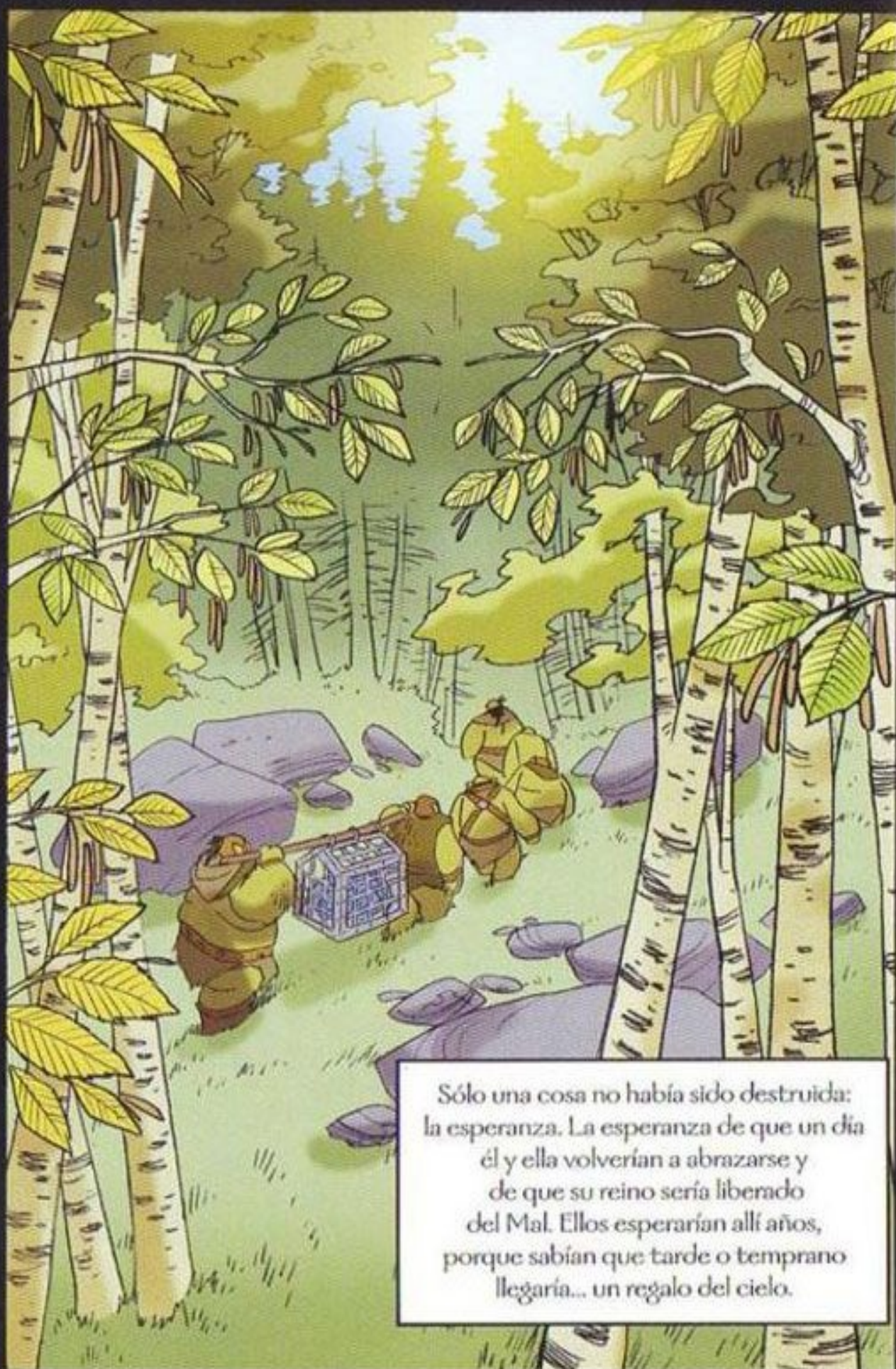


El Mal había llevado las de ganar una vez más.

El pueblo de los enanos grises había sido aprisionado en una cárcel de madera de abedul.



Y mientras dentro de aquella criatura algo moría, nacía la leyenda del dragón Colamocha.



Sólo una cosa no había sido destruida:
la esperanza. La esperanza de que un día
él y ella volverían a abrazarse y
de que su reino sería liberado
del Mal. Ellos esperarían allí años,
porque sabían que tarde o temprano
llegaría... un regalo del cielo.



GERONIMO STILTON. Nacido en Ratonía (Isla de los Ratones), es licenciado en Ratología de la Literatura Ratónica y en Filosofía Arquerrratónica Comparada. Desde hace 20 años dirige El Eco del Roedor, el periódico con más difusión de Ratonía. Ha sido galardonado con el Premio Ratitzer por su reportaje «El misterio del tesoro desaparecido». Geronimo también obtuvo el Premio Andersen 2001 como personaje del año y uno de sus libros ganó el premio eBook Award 2002 como mejor libro electrónico de literatura juvenil. En su tiempo libre, Geronimo colecciona cortezas de pamesano del Renacimiento, juega al golf, pero sobre todo adora contarle cuentos a su sobrino Benjamín.

Geronimo Stilton es un seudónimo utilizado por la escritora italiana Elisabetta Dami.